

# «JESÚS NAZARENO»

El Evangelio según Juan

(Juan 15.12—18.12)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD  
PARA HOY  
UNA ESCUELA DE  
PREDICACIÓN IMPRESA**

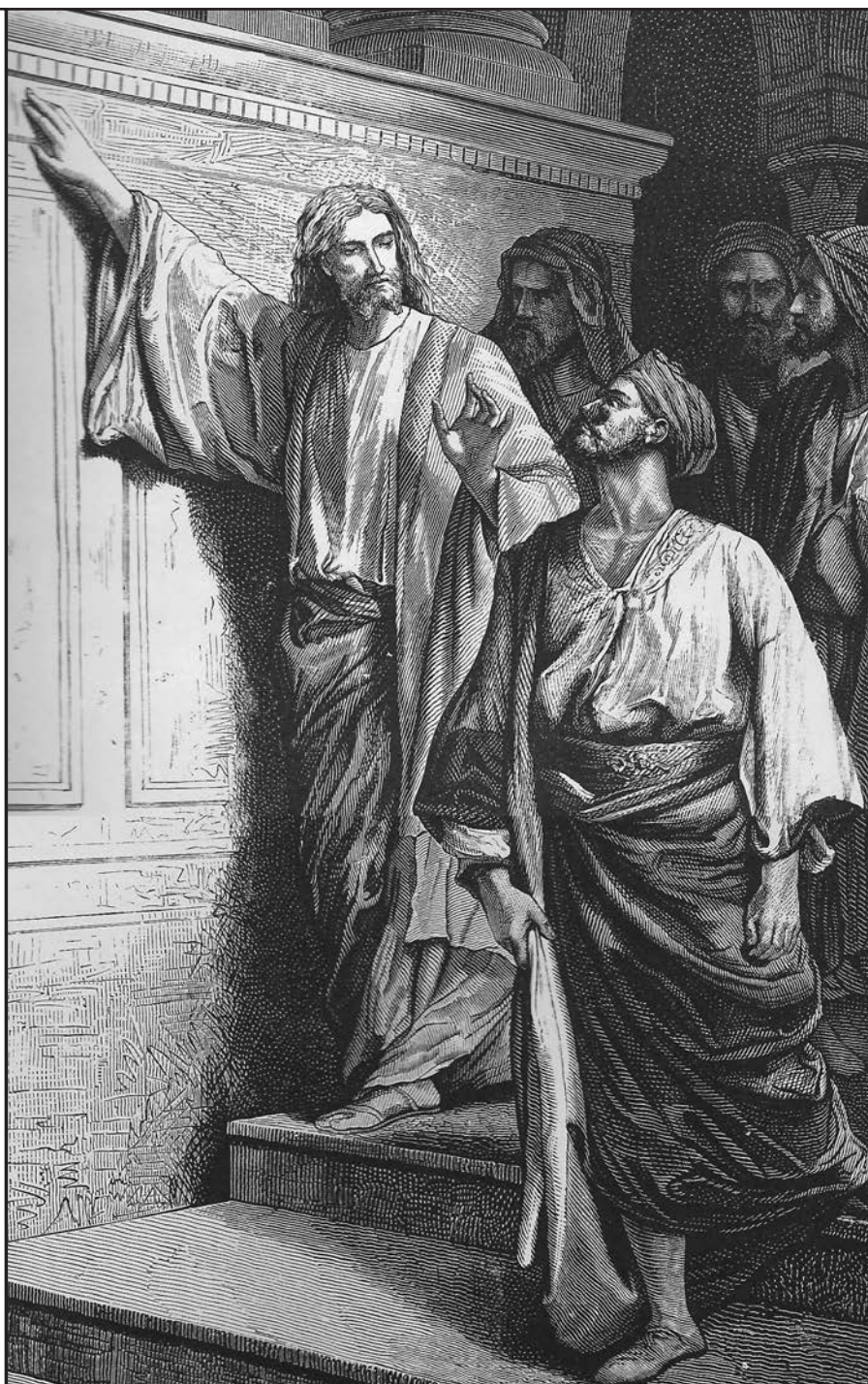
*Tomo 24, N.º 10*

**JUAN 15.12—18.12**

**Autor:  
David Lipe**

Los amigos de Jesús (15.12–27)	3
La venida del Espíritu (16.1–15)	12
La tristeza se convertirá en gozo (16.16–33)	24
La oración del Señor (17.1–26)	31
Jesús es traicionado y arrestado (18.1–12)	45

**EDDIE CLOER, editor**  
2209 Benton Street  
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



# La oración del Señor

En Juan 17, Jesús concluyó Su último discurso registrado con una extensa oración. Hemos llamado a esta oración «La Oración del Señor», ya que el Señor estaba en efecto orando. La otra oración a la que a menudo se hace referencia de esa manera, Mateo 6.9–13 (vea Lc 11.2–4), constituyó un ejemplo o un modelo que Jesús dio a Sus discípulos.

En este contexto, Jesús estaba orando a la sombra misma de la cruz. ¿Qué tenía en mente en este momento? Filipenses 2.5 nos dice que tengamos «la misma mente [...] que estaba en Cristo Jesús» (NRSV). Para tener Su mente, tenemos que preocuparnos por los asuntos que le preocupaban a Él. ¿En qué estaba atento Cristo mientras anticipaba Su muerte?

1. En traer gloria a Dios. Un objetivo principal de Jesús fue glorificar a Dios. «Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti» (17.1). Si bien Jesús deseaba glorificar a Dios, Su primer pedido fue «glorifica a tu Hijo» (17.1; vea 17.5). ¿Por qué Jesús haría tal pedido?

Jesús no solo estaba orando por Sí mismo. Estaba orando para que Dios pudiera glorificarle a Él y así glorificar Él a Dios. ¡Sus pensamientos eran para la gloria de Dios! Anteriormente había dicho que no buscaba Su propia gloria, sino la gloria de Su Padre (7.18; vea 8.50).

Jesús dio dos razones adicionales para que Dios le glorificara. Primero, le pidió a Dios que le glorificara para poder darle a las personas el don de la vida eterna. Dios ya le había dado a Jesús una gran autoridad, por lo que tenía la autoridad de dar vida eterna a aquellos que conocían a Dios (17.2, 3). Segundo, Jesús le pidió al Padre que le glorificara, porque Jesús había llevado a cabo con éxito la obra de Dios en la tierra (17.4, 5). Había manifestado el nombre de Dios a los apóstoles, con el resultado de que habían guardado Su palabra y sabían que las palabras de Jesús eran de Dios (17.6–8).

Dado que el objetivo de Jesús era traer gloria

a Dios, nosotros también deberíamos hacer que nuestro propósito sea glorificar a Dios. ¿Cómo podemos hacer eso?

*Con nuestra adoración y nuestras obras.* Cuando hacemos una práctica regular del adorar a Dios, le damos gloria a Su nombre. Jesús dijo en un contexto diferente: «Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5.16).

*Con nuestra obediencia.* Jesús, cuyo objetivo principal fue glorificar a Su Padre, también dijo que Su objetivo era hacer la voluntad de Su Padre (5.30; 6.38). Por lo tanto, si deseamos traer gloria a Dios, tenemos que, sobre todo, tratar de hacer Su voluntad. ¿Cómo podemos aprender la voluntad de Dios para nosotros? ¡Solo por medio de Su Palabra, la Biblia! La forma cómo podemos darle gloria a Su nombre es hacer lo que Él ha revelado.

2. En ayudar a santificar a los discípulos. La mayor parte de la oración de Jesús en Juan 17 es una petición a Dios específicamente por Sus apóstoles. Estaba dejando a Sus apóstoles, y estaba preocupado por ellos. Por lo tanto, oró principalmente por ellos (17.6–19).

¿Exactamente qué oró Jesús? Hizo una serie de solicitudes por Sus seguidores, pero se pueden resumir bajo el título de «santificación». La mayor parte de lo que dijo en Su oración puede ser aplicado a cada cristiano.

*Los privilegios de los discípulos.* Describió a estas personas de gran privilegio como las que le habían sido entregadas por el Padre (17.6). Sin embargo, haber recibido a Jesús no quiere decir que estos hombres no tenían otra opción. Se les describe además como aquellos a quienes se les habían dado las palabras de Dios y las habían recibido. Entendieron y creyeron que Jesús había venido de Dios y hablaba por Dios (17.7, 8). Jesús había sido «glorificado en ellos» (17.10), y habló de ellos como (Continúa en la página 51)

---

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

---

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

---

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, [www.americanbible.org](http://www.americanbible.org). LA VERDAD PARA HOY © 2021 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. [www.biblecourses.com](http://www.biblecourses.com)



# Los amigos de Jesús

## (15.12-27)

### EL MANDAMIENTO A AMAR (15.12-17)

<sup>12</sup>Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. <sup>13</sup>Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. <sup>14</sup>Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. <sup>15</sup>Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. <sup>16</sup>No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. <sup>17</sup>Esto os mando: Que os améis unos a otros.

**Versículo 12.** Cuando Jesús les dijo a Sus discípulos que si guardaban Sus mandamientos permanecerían en Su amor (15.10), no dio ninguna ley ni detalle por las que habían de conducirse. Los mandamientos de Jesús pueden resumirse en la única directiva dada aquí: **Que os améis unos a otros, como yo os he amado.** El mandamiento de «amarse unos a otros» se repite en 15.17 y constituye un marco de referencia para 15.12-17.

El mandamiento a «amarse unos a otros» fue expresado por primera vez poco después de que Jesús comenzó Su Discurso de Despedida (vea 13.34, 35), en el contexto del debate de los discípulos sobre quién era el más grande del reino. Con esta instrucción en su lugar, no sería necesario ningún otro precepto para la vida. Agustín declaró la importancia del mandamiento de Jesús en la declaración de “Ama, y haz lo que quieras”.<sup>1</sup> El requisito de «amarse unos a otros» no debe verse como una situación aislada. Está subsumido bajo

el mandamiento de amar a Dios (Dt 6.4, 5) y amar al prójimo (Lv 19.18). De hecho, toda la Ley y los Profetas dependían de estos dos mandamientos (Mt 22.37-40; vea Mr 12.29-31). Por lo tanto, los discípulos eran básicamente movidos a amarse unos a otros bajo la premisa de su amor por Dios. El amor genuino para con Dios subsiste solamente en el genuino amor por el Hijo, el amor por el Hijo asegura la obediencia a Él (14.15), y la obediencia a Él es verificada guardando Su mandamiento a «amarnos unos a otros» (vea 1ª Jn 4.11-21).

Las palabras «como yo os he amado» revelan el patrón de amor que debe mantenerse entre los discípulos de Jesús. Solo al llegar a comprender la medida del amor de Jesús, podemos comprender completamente qué quiere decir amar a otro. La frase «como yo os he amado» recuerda la declaración inicial del «nuevo mandamiento» de Jesús en 13.34, 35 y prepara el camino para Sus próximas palabras.

**Versículo 13.** Habiendo declarado que los discípulos habían de amarse unos a otros como Él los había amado, Jesús dijo: **Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.** El patrón o modelo del amor mutuo de los discípulos lo constituía la demostración suprema del amor de Jesús cuando dio Su vida. Raymond E. Brown hizo notar que la muerte de Jesús sirvió no solo como «un modelo de la *intensidad* del amor de ellos», sino también como «un modelo de la *forma de expresar* amor».<sup>2</sup> Encontró apoyo para este último en la declaración de Juan en 1ª Juan 3.16: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos

<sup>1</sup> Agustín *Homilias en la Primera Epístola de Juan* 7.8.

<sup>2</sup> Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii-xxi) (El Evangelio según Juan [xiii-xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 682.

poner nuestras vidas por los hermanos». Este sentimiento se encuentra en la literatura clásica. Platón declaró: «Sólo aquellos que aman desean morir por los demás».<sup>3</sup> El pupilo de Platón, Aristóteles, escribió: «También es cierto del hombre bueno, esto es, que hace muchos actos por el bien de sus amigos y su país, y si es necesario muere por ellos».<sup>4</sup> La declaración de Jesús eventualmente se convertiría en la inspiración para innumerables mártires que estuvieron dispuestos a dar sus vidas por Jesús y por los demás. El amor de Jesús, manifestado al dar Su vida por Sus amigos, no se limitaba a ellos; también fue por los impíos y pecadores, incluso Sus enemigos (Ro 5.6, 8, 10).

**Versículos 14, 15.** Si el mayor amor es dar la vida por los amigos, es natural preguntar: «¿Quiénes eran los amigos de Jesús?». Jesús declaró: **Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.** En 15.10, Jesús dijo que el que guardara Sus mandamientos permanecería en Su amor. Ahora dijo que quien hacía lo que Él decía sería Su amigo. Los amigos de Jesús son aquellos que constantemente le obedecen. La prueba genuina de la amistad, entonces, es la sumisión a la voluntad de Jesús. La amistad de la que habló Jesús no es de naturaleza recíproca. Abraham fue llamado «amigo» de Dios (2° Cr 20.7; Is 41.8; Stg 2.23), y Dios le habló a Moisés como a un amigo (Ex 33.11). Jesús se refirió a Lázaro como «nuestro amigo» (11.11). En ninguna parte de las Escrituras se hace referencia a Dios o Jesús como el «amigo» de alguien; sin embargo, no quiere decir que Dios o Jesús no sean nuestros amigos. Si la amistad se basa en quién ama más, entonces nadie puede tener un amigo más grande que Dios o Jesús. Aún así, la idea de la amistad recíproca no es aplicable aquí. Ese tipo de amistad parecería rebajar a Dios a un nivel humano, y hacerlo denigraría a Dios.

Jesús les declaró a Sus discípulos: **Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor.** Jesús no había tratado a Sus discípulos como siervos, y no había usado explícitamente el término «siervos» (δοῦλοι, *douloi*) para referirse a ellos. Sin embargo, la relación Amo-siervo está implícita para Jesús y Sus discípulos en 13.13, 16. Con la revelación de Jesús a los discípulos de Su inminente muerte y partida al Padre, Jesús estableció una nueva relación con ellos. En vez de llamarles «siervos», los llamó amigos; porque

es solo para los **amigos** que revelamos nuestros detalles más íntimos. Abraham, como amigo de Dios, fue notificado de antemano acerca de la destrucción de Sodoma y Gomorra. «Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?» (Gn 18.17). Cuando Dios reveló Su voluntad a Moisés, lo hizo «cara a cara, como habla cualquiera a su compañero» (Ex 33.11).

Un siervo no sabía por qué su amo le decía que hiciera esto o aquello. No le correspondía a él analizar los propósitos o motivos de su amo; su tarea era simplemente hacer lo que su amo le decía. Era una mera herramienta o instrumento en manos de su amo. En contraste, un amigo recibe información que le permite comprender lo que se le pide. Jesús, por supuesto, tenía todo el derecho de mandar e incluso exigir obediencia; Él es, después de todo, el Señor. Como Amo y Gobernante sobre todo, se puede decir que tiene posesión indiscutible de Sus seguidores. Sin embargo, Jesús se dio a conocer a Sus discípulos y les dio Su confianza. Él dijo: ... **porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer.** Jesús compartió Sus esperanzas, Sus planes, Sus propósitos y Sus motivos con Sus amigos. Como amigo de Jesús, el discípulo (como un siervo) todavía ha de rendirle obediencia; sin embargo, esa obediencia no es un seguimiento ciego de mandamientos. Más bien, es una obediencia privilegiada basada en un entendimiento de lo que el Señor ha revelado (por más limitado que sea el entendimiento; vea 16.12). El contraste de Jesús entre siervos y amigos es como el contraste que hace Pablo entre un esclavo y un hijo (Ga 4.7).

**Versículos 16, 17.** La práctica contemporánea era que los discípulos se asociaran con un rabino en particular. Esto es atestiguado por el rabino Joshua b. Perahyah (aprox. 100 a.C.) quien dijo: «Provéase de un maestro y consiga un compañero discípulo».<sup>5</sup> Aunque los discípulos de Jesús eligieron seguirlo, fue Jesús quien realmente los «eligió» a ellos. Él dijo: **No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros.** Esta declaración no apoya la enseñanza calvinista de que Jesús elige arbitrariamente a las personas para que sean Sus discípulos. En otras partes, las Escrituras aclaran que los discípulos se hacen cuando se les enseña y aprenden acerca de Jesús (vea, por ejemplo, 6.44, 45). Jesús solo estaba diciendo aquí que había llamado a los apóstoles para llevar a cabo Su misión en el mundo.

<sup>3</sup> Platón *Simposio* 179b.

<sup>4</sup> Aristóteles *Ética Nicomáquea* 9.8.1169a.

<sup>5</sup> Mishná *Aboth* 1.6.

Lo anterior se enfatiza en Juan y en los Evangelios Sinópticos (6.70; 13.18; Mt 10.1; Mr 3.14; Lc 6.13). Jesús «eligió» (de ἐκλέγω, *eklegō*) a los discípulos y los hubo **puesto** (de τίθημι, *tithēmi*) **para que [fueran] y [llevaran] fruto**. El verbo *tithēmi* se usó en Juan 15.13 de cuando Jesús «[puso]» Su vida por otros. La versión de la Septuaginta (LXX) de las Escrituras del Antiguo Testamento usa el verbo para cuando Moisés «puso» sus manos sobre Josué, apartándolo para su labor (Nm 27.18). En el Nuevo Testamento, se usa cuando Dios «[puso]» a Pablo en su ministerio (1ª Ti 1.12).

El «fruto» llevado por los discípulos se refiere a las diversas evidencias de su crecimiento espiritual (vea comentarios sobre 15.4–6), que incluían cualidades que deberían ser características de cualquier creyente. El énfasis de Jesús en que había «puesto» a los discípulos para «ir y llevar fruto» probablemente sugiere que el fruto principal en discusión constituía el resultado de los esfuerzos evangelísticos de ellos, es decir, llevar personas a la salvación en Cristo. Jesús les confió cosas muy personales a Sus discípulos, los bendijo con entendimiento y los envió al mundo para dar **fruto que [permanece]**. En su misión de salir al mundo y dar fruto, enfrentarían diversas necesidades. Estas serían suministrados mediante la oración respondida hecha **al Padre en nombre** de Jesús (vea comentarios sobre 14.13, 14; 15.7, 8).

Entonces Jesús dijo: **Esto os mando: Que os améis unos a otros**. No está claro si el mandamiento deba interpretarse como la conclusión de 15.12–17 o el comienzo de una nueva sección. «Esto» (ταῦτα, *tauta*) se escribe en singular en la Reina-Valera (vea RSV; NIV). La palabra se traduce como «estas cosas» en la NKJV (no debe confundirse con la nota anterior sobre esta frase; vea comentarios sobre 15.11). Quizás Jesús estaba señalando todos los mandamientos en Su discurso anterior, incluyendo guardar los mandamientos, permanecer en Su amor, llevar fruto y amarse unos a otros. Algunos comentaristas, como Leon Morris, interpretan la referencia como un mandamiento único, entendiendo que «quiere decir que todos los mandamientos en el discurso tienen un único propósito, que los discípulos puedan participar en el amor mutuo».<sup>6</sup> La mejor opción es ver el párrafo como finalizando de la misma manera que

<sup>6</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed. The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 601.

comenzó: con El mandamiento de «amarse unos a otros». De esta manera, la declaración cerraría las instrucciones de Jesús sobre las relaciones de los creyentes entre sí antes de abordar un nuevo tema. A diferencia de 15.12, la frase de Jesús «como yo os he amado» está ausente aquí.

## EL ABORRECIMIENTO DEL MUNDO (15.18–27)

**<sup>18</sup>Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. <sup>19</sup>Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. <sup>20</sup>Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. <sup>21</sup>Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. <sup>22</sup>Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. <sup>23</sup>El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. <sup>24</sup>Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. <sup>25</sup>Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron. <sup>26</sup>Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. <sup>27</sup>Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.**

**Versículos 18, 19.** Jesús acababa de alentar a Sus discípulos a amarse unos a otros. Luego pasó de recomendar el amor mutuo en el «interior» (dentro de la comunidad de creyentes) a advertirles a los discípulos del repudio desde el «exterior» (el mundo). Mientras que las palabras clave en la sección anterior fueron «amor», «permanecer» y «amigos», en el discurso que comienza con 15.18 los conceptos clave son «aborrecer», «perseguir» y «pecar». Jesús dio dos razones para el aborrecimiento que provenía de afuera. El mundo aborrecería a los discípulos 1) porque estaban asociados con Jesús y 2) porque «no eran del mundo».

Jesús primero les dijo a Sus discípulos: **Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros**. En base a esta reali-

dad, los discípulos no habían de sorprenderse de que, a la partida de Jesús, el aborrecimiento del mundo hacia Él se volviera hacia ellos (vea 1ª Jn 3.13). «Si el mundo os aborrece» es una cláusula condicional de primera clase. Jesús no solo estaba indicando la posibilidad de que el mundo aborreciera a los discípulos, también estaba afirmado que el mundo realmente los aborrecería. El término «mundo» (κόσμος, *kosmos*), que tiene una variedad de significados (vea comentarios sobre 1.9, 10), aquí se refiere a ese dominio sobre el cual reina Satanás y a todo lo que se opone activamente a Dios y a Su pueblo. El verbo «aborrecido» (μемίσηκεν, *memisēken*) está en tiempo perfecto, indicando que el mundo había aborrecido a Jesús y continuaba haciéndole. Durante Su ministerio público, Jesús fue el blanco de la oposición mundial; al día siguiente, sería víctima de su repudio. Entonces los discípulos de Jesús, Sus seguidores más cercanos, inevitablemente se convertirían en los objetos de ese repudio.

Para cuando se escribió el relato del Evangelio de Juan, el repudio del mundo para con Jesús y Sus seguidores había evolucionado hasta el punto de que se estaban formulando muchos cargos contra los cristianos. William Barclay llamó la atención a cinco de esas acusaciones. 1) Fueron acusados de ser insurreccionistas debido a su negativa a quemar incienso y reconocer a César como Señor. 2) Fueron acusados de ser caníbales, según las palabras de Jesús de que habían de comer Su carne y beber Su sangre. 3) Fueron acusados de practicar una inmoralidad flagrante debido a informes falsos de que la fiesta de amor de los cristianos «era una orgía de indulgencia sexual». 4) Se decía que eran defensores de la destrucción por fuego. El apoyo a este cargo se encontró en su afirmación de que el mundo algún día sería quemado (2ª P 3.10). Nerón culpó a los cristianos del incendio que devastó Roma. 5) Los cristianos fueron criticados por dividir a las familias, ya que algunos miembros de la familia responderían al mensaje del evangelio mientras que otros no.<sup>7</sup> Además de estos cargos, Tácito parecía resumir el intenso odio del mundo por los seguidores de Jesús afirmando que «aborrecían la raza humana».<sup>8</sup> Es irónico que el repudio del mundo contra los seguidores de Jesús se justificara sobre la base de un cargo de que los

primeros cristianos eran culpables de repudio.

La segunda razón por la que el mundo aborrecía a los discípulos fue que **no [eran] del mundo**. Jesús dijo: **Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo**. A diferencia de la que está en 15.18, «Si fuerais del mundo» es una cláusula condicional de segunda clase, indicando algo contrario al hecho. La suposición gramatical aquí es que los discípulos no pertenecían al mundo. Como tales, no eran objetos del amor del mundo, porque el mundo solo ama «lo suyo». La tendencia entre los animales y los humanos es que les agrade lo que se ajusta al patrón aceptado y que no les agrade lo que no se ajusta. «Incluso se dice que si se pone una gallina con diferentes características entre las gallinas que son todas iguales, las demás la picotearán hasta la muerte».<sup>9</sup>

Los discípulos no pertenecían al mundo; aunque habían estado «en el mundo» (13.1), Jesús los **[eligió] del mundo**. Habían sido seleccionados por Jesús (vea comentarios sobre 15.16, 17) y habían respondido a Su elección decidiendo dejar el mundo y seguirle. Con la excepción de Judas, los elegidos por Jesús siguieron siendo Sus fieles seguidores. Debido a su decisión de renunciar al mundo, **el mundo [los aborrecía]**. Jesús enfatizó la palabra «mundo», usándola cinco veces en Su declaración en 15.19. Entonces, los discípulos no debían encontrar sorprendente que el mundo los aborreciera, y tampoco deberían hacerlo los discípulos de hoy. La naturaleza del mundo es todo lo contrario de ese reino sobre el cual reina Jesús. Es inevitable que el mundo aborrezca a aquellos que deciden enfrentarse al mundo y representar a Jesús.

**Versículos 20, 21.** Jesús trajo a la memoria Su anterior declaración de 13.16 de que **El siervo no es mayor que su señor**.<sup>10</sup> Luego les advirtió a Sus discípulos que sufrirían persecución (vea Mt 10.16–25; Mc 13.9–13). Tendrían que tenerlo en cuenta en los próximos días. Les había dicho que los consideraba como «amigos» y no como «siervos» (15.15), sin embargo, esto no los eximiría de la persecución. El mensaje de Jesús tenía la forma de dos cláusulas condicionales de primera clase, es decir, declaraciones con el condicional «si» que eran verdaderas: **Si a mí me han perseguido [y muchos lo hicieron], también a vosotros os perseguirán; si**

<sup>7</sup> William Barclay, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)*, vol. 2, rev. ed., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 184.

<sup>8</sup> Tácito *Anales* 15.44.

<sup>9</sup> Barclay, 186.

<sup>10</sup> La misma idea ocurre en Mateo 10.24, en un contexto similar, y otra declaración de este tipo se hace en Lucas 6.40.



**han guardado mi palabra** [y algunos lo hicieron], **también guardarán la vuestra**. La forma en que las personas respondieran al mensaje de los discípulos después de la partida de Jesús dependería de la respuesta que le dieran a Jesús durante Su ministerio personal. En el Antiguo Testamento, la respuesta negativa de los israelitas a los mensajes de los profetas reflejó su respuesta negativa a Dios (vea 1° S 8.7; Ez 3.7). Si bien Juan registra mucha respuesta negativa a Jesús y Su mensaje, el libro también contiene casos de respuesta positiva (vea, por ejemplo, 2.23; 3.1, 2; 8.31; 11.45; 12.11); y fue este tipo de respuesta a la que Jesús se refería aquí.

Las palabras de Jesús, **todo esto os harán...**, aludía a las cosas descritas en 15.18–20. Especificó dos causas para la oposición del mundo: 1) **por causa de mi nombre** y 2) **porque no conocen al que me ha enviado**. La misma advertencia, aunque en un contexto diferente, aparece en los Evangelios Sinópticos (Mt 24.9; Mr 13.13; Lc 21.17). La frase «por causa de mi nombre» («por amor de mi nombre»; Ap 2.3; «por su nombre»; 1ª Jn 2.12) se refiere a Jesús mismo, es decir, Su carácter y Persona revelados. Independientemente de que el mundo respondiera negativa o positivamente al mensaje presentado por los discípulos de Jesús, no sería debido a ellos, sino debido a Jesús. Pedro y Juan dieron «el nombre de Jesucristo» como base para su actuar cuando se les pidió que explicaran su sanidad del cojo a la corte en Hechos 4.10. Después de ser azotados y ordenados a «que no hablasen en el nombre de Jesús», siguieron su camino y se regocijaron «por haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre» (Hch 5.40, 41). Los primeros discípulos salieron a predicar el evangelio «por amor del nombre de Él» (3ª Jn 7).

La frase «al que me ha enviado» se expande en 15.22–24. Jesús dio a entender que si las personas realmente hubieran conocido a Dios, habrían reconocido la revelación del Padre en Él. Anteriormente, Jesús había dicho: «si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais» (8.19; vea 14.9). Aquí dijo que conocer al Padre era conocerle a Él, porque el Padre era quien le había enviado (vea 8.42). Cuando las personas del mundo rechazaran la revelación de Dios en Jesús, estarían rechazando a Dios, ya que la revelación de Jesús era de Dios mismo.

**Versículos 22–24.** Los judíos aborrecían a Jesús y a Sus discípulos porque no conocían a Dios. Lo mismo es cierto para todos los que aborrecen a Jesús y a Sus seguidores. Jesús demostró que tal

ignorancia era inexcusable. La declaración **Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado** (15.22) no quería decir que los judíos no tendrían pecado si Jesús no hubiera venido; más bien, no habrían sido culpables del pecado de rechazar a Dios. Con la venida de Jesús, **no [tenían] excusa para su pecado**. Deberían haber aceptado las *palabras* de Jesús, y deberían haber sido convencidos por Sus *obras*. La gente de los días de Jesús disfrutó del gran privilegio de escuchar Sus palabras y ver Sus obras; como resultado, tenían una mayor responsabilidad que ninguna anterior. Sin embargo, rechazaron Sus palabras y la evidencia de Sus obras. Llamando la atención sobre aquellos a quienes vino Jesús, F. F. Bruce dijo: «Se comparaban desfavorablemente con paganos como la reina de Saba, que le impresionó la sabiduría de Salomón o el pueblo de Nínive que se arrepintió ante la predicación de Jonás [Lc 11.31, 32]». <sup>11</sup> Jesús denunció ciertas ciudades porque habían presenciado Sus obras y aún no se habían arrepentido; en consecuencia, enfrentarían un castigo aún más severo que las ciudades paganas como Tiro, Sidón y la malvada Sodoma (Mt 11.20–24). El mismo principio era cierto aquí. Jesús había **hecho entre ellos obras que ningún otro [había] hecho** (15.24a), «pero [...] no creían en él» (12.37). Escuchar las palabras de Jesús y ser testigo de Sus obras fue el mayor privilegio imaginable.

A lo largo del relato del Evangelio, se ha enfatizado que las palabras que Jesús habló fueron las palabras que el Padre le dio a hablar (5.19–30) y las obras que Jesús hizo fueron las obras que el Padre le dio a hacer (4.34). Basado en esta unidad, Jesús dijo: **El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece** (15.23), tal como había dicho que recibirle a Él era recibir al Padre (13.20). Jesús y el Padre están tan estrechamente relacionados que cualquier actitud o disposición para con uno es igual para con el otro. Los judíos eran culpables porque rechazaron tanto las palabras de Jesús como Sus obras. Su incredulidad constituía la raíz misma del pecado. Si Jesús no hubiera hablado palabras de vida y realizado obras maravillosas, no habrían sido culpables de rechazarle; pero las cosas ahora eran diferentes: Jesús dijo: **... pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi**

<sup>11</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 314.

**Padre** (15.24b). El tiempo perfecto de estos dos verbos indica la persistencia en su repudio. En vista de que las palabras y las obras de Jesús eran las palabras y las obras de Dios, podía decirse que los judíos habían visto a Dios (vea comentarios sobre 1.18); es decir, le habían visto en todo lo que Jesús dijo e hizo. Lamentablemente, su respuesta fue y continuó siendo repudio a Jesús y al Padre.

**Versículo 25.** Con respecto al aborrecimiento de los judíos para con Él, Jesús dijo: **Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron.** La palabra «ley» se refiere a las Escrituras (no solo al Pentateuco). Los judíos reconocían y se les requería someterse a la Ley (vea 12.34). El hecho de que Jesús le llamó «su ley» (de ellos) no debe interpretarse en el sentido de que Él y Sus discípulos no estaban sujetos a ella. Edwyn Clement Hoskyns hizo la siguiente observación:

El escritor, además, le llama a la Ley *su Ley* [8.17; 10.34], no tanto como para disociarse de ella [...], sino más bien para dejar impresas en los judíos aquellas escrituras en las que se jactan tan orgullosamente, y luego probar esas mismas escrituras como proféticas de su apostasía.<sup>12</sup>

En más de una ocasión, Jesús apeló a las mismas Escrituras para apoyar Sus diversas afirmaciones. Aquí, irónicamente, apeló a la Ley de ellos para demostrar que fueron condenados por las Escrituras que tanto respetaban. La cita «Sin causa me aborrecieron» podría ser de Salmos 35.19 o de Salmos 69.4; pero probablemente fue de este último, ya que este salmo fue la fuente de muchas citas mesiánicas. El contexto inmediato de la declaración fue el lamento de David de que había sido aborrecido sin ninguna razón; encontró satisfacción, sin embargo, en Jesús, la descendencia de David. El repudio a Jesús por parte del mundo en general y de los judíos en particular era injustificado; además, se encontraron condenados por las mismas Escrituras que veneraban.

**Versículos 26, 27.** En los versículos anteriores, Jesús había dejado claro que el aborrecimiento del mundo para con Sus discípulos se basaba en el aborrecimiento para con Jesús mismo. Jesús había dado testimonio por medio de Sus palabras y obras de que fue enviado por el Padre al mundo con un propósito específico, a saber, la salvación de la humanidad. Pronto Jesús había de partir y

<sup>12</sup> Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 481.

regresar al Padre; y aunque Su ministerio personal llegaría a su fin en ese momento, Su obra se perpetuaría mediante el testimonio del Espíritu y el de los apóstoles. Como dijo Jesús en 15.18–27, la oposición del mundo contra Él continuaría contra los discípulos; sin embargo, las buenas nuevas de Su propósito y misión en el mundo también continuarían.

El tercero de los «dichos Paráclitos» se encuentra en 15.26. Jesús había dicho anteriormente que, a pedido del Hijo, el Padre enviaría al «Consolador» (14.16) y que el Padre enviaría al Consolador en el nombre de Jesús (14.26); pero ahora Jesús dijo que Él mismo enviaría al **Consolador** de parte del Padre (vea 16.7). Si bien puede parecer que hay conflicto en las declaraciones, no existe ninguno; porque «tan íntimamente relacionados estaban el Padre y el Hijo en todas sus acciones y planes que el acto de uno podría llamarse propiamente el acto del otro, en vista de que todas sus acciones estaban en unísono». <sup>13</sup> Las dos cláusulas relacionadas con **el Espíritu de verdad —a quien yo os enviaré del Padre y el cual procede del Padre—** se establecen en «paralelismo sinónimo, expresando la misma idea en variación». <sup>14</sup>

En la historia de la iglesia primitiva, los padres griegos debatieron la cuestión de si el Espíritu «procede» del Padre o del Padre y del Hijo. El debate se refería a la relación ontológica del Espíritu con el Padre (la naturaleza del Ser de ambos). Sin embargo, dado que las cláusulas son paralelas, la última cláusula («el cual procede del Padre») simplemente debe interpretarse como una referencia a la misión del Espíritu, a saber, Su continua obra relacionada con el ministerio de Jesús.

La tarea del Espíritu era **[dar] testimonio acerca de Jesús**. Esto llevó a George R. Beasley-Murray a rechazar la opinión sostenida por C. H. Dodd de que el testimonio del Espíritu era «el de un defensor, hablando en defensa de *los discípulos*», así como la afirmación de Felix Porsch de que el testimonio del Espíritu era «el de un fiscal que da testimonio *contra* el mundo». <sup>15</sup> En lugar de

<sup>13</sup> Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 335.

<sup>14</sup> Rudolf Schnackenburg, *The Gospel According to St John (El Evangelio según San Juan)*, vol. 3, Herder's Theological Commentary on the New Testament (New York: Crossroad, 1982), 118.

<sup>15</sup> George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987),



ello, Beasley-Murray dijo que el testimonio del Espíritu en relación con los apóstoles fue «sacar a la luz la verdad de la revelación de Jesús en su palabra y obra, y su muerte y resurrección...».<sup>16</sup> El lenguaje de Jesús era el de una sala de juicio en la que los discípulos eran vistos como acusados ante el mundo. Si bien es cierto que el Espíritu debía actuar como un defensor (vea comentarios sobre 14.16), no fue un defensor de los discípulos; Él testificó en nombre de Jesús, en conjunto con los discípulos (**Y vosotros daréis testimonio también**). No es sorprendente que esta obra del Espíritu se describiera en el contexto del aborrecimiento del mundo. Los relatos sinópticos similares señalan que el Espíritu les ayudó a los apóstoles a no preocuparse por lo que habían de decir cuando se les pidiera que testificaran ante las autoridades. Jesús dijo:

Pero mirad por vosotros mismos; porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para testimonio a ellos. Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo (Mr 13.9–11; vea Mt 10.17–20; Lc 21.12–15).

Un claro ejemplo del cumplimiento de la promesa de Jesús ocurrió cuando Pedro y los demás apóstoles, después de haber recibido la orden de no hablar en el nombre de Jesús, fueron llevados ante el sumo sacerdote y el Concilio. Su defensa fue testificar sobre la resurrección de Jesús y Su exaltación. Ellos dijeron: «Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas; y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen» (Hch 5.32). A los apóstoles se les prometió que, en tales horas de prueba, sería «el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros» (Mt 10.20); por lo tanto, es evidente que el testimonio dado por el Espíritu y por los apóstoles era el mismo testimonio. Hubo coordinación de testigos: «Él dará testimonio de

mí, y ustedes también darán testimonio».

Si bien la diferencia de tiempo no es evidente en la Reina-Valera, Jesús habló del testimonio del Espíritu en tiempo futuro, mientras que mencionó el testimonio de los discípulos en tiempo presente. (En este último caso, el tiempo futuro ha sido suministrado en la Reina-Valera.) Además, el verbo relativo al testimonio de los discípulos (*μαρτυρεῖτε*, *martureite*) puede interpretarse como un indicativo o un imperativo. Dado el cambio en el tiempo, el imperativo probablemente se refería, como se refleja en la NIV: «Y también ustedes tienen que dar testimonio». La razón por la que los discípulos tenían que «dar testimonio también» fue que habían estado con Jesús **desde el principio**, es decir, desde el comienzo de Su ministerio. Eran testigos presenciales de las palabras y obras de Jesús (vea Hch 4.20).

El testimonio de los apóstoles no podía comenzar hasta que el Espíritu Santo les diera poder (Lc 24.49; Hch 1.8), y esto tendría lugar cuando el Espíritu fuera derramado sobre ellos en el primer Pentecostés después de la resurrección de Jesús de entre los muertos (Hch 2.1–4). En ese momento, como Jesús prometió, el Espíritu les enseñaría todas las cosas, les recordaría lo que Jesús había dicho, los guiaría a toda la verdad y les revelaría lo que vendría (14.26; 16.13). El Espíritu, trabajando por medio de los apóstoles, aseguraría que se diera un testimonio infalible sobre todo lo que dijo e hizo Jesús.

## APLICACIÓN

### «Vosotros sois mis amigos» (15.14)

Muchas personas viven en una especie de mundo anónimo, un mundo sin amigos. Algunos conocen a pocas personas y sienten que muy pocas personas realmente las conocen. Si así es como usted se siente, si cree que a nadie le importa que existe, ¡tengo buenas noticias para usted! ¡Hay alguien que se preocupa por usted y desea ser su amigo! Él es Jesucristo, y ha dicho: «¡Vosotros sois mis amigos!». ¿Qué significa tener a Jesús como amigo?

Principalmente, tener a Jesús como nuestro Amigo quiere decir que tenemos una relación cercana con Él. La cercanía de Su relación con los apóstoles fue el énfasis de Jesús cuando la noche antes de Su crucifixión les dijo: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas

276–77. La primera referencia es a la declaración de C. H. Dodd de que los discípulos, «después de la partida de Cristo, [estarían] en juicio, y [necesitarían] un abogado» (C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel [La interpretación del cuarto evangelio]* [Cambridge: University Press, 1953], 414). La segunda referencia es a Felix Porsch, *Pneuma und Wort* (Frankfurt: J. Knecht, 1974), 270.

<sup>16</sup> Beasley-Murray, 276–77.

las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer» (15.15).

Jesús estaba diciendo que Su relación con esos discípulos había cambiado. Ellos habían sido Sus siervos; ahora eran más que siervos, porque se habían convertido en Sus amigos. Eran más como compañeros en Su obra. Jesús dijo que los apóstoles eran Sus amigos porque Él les había revelado todo lo que Dios le había revelado. Por lo tanto, ya no eran simplemente siervos. Eran amigos.

Si bien no tenemos las mismas prerrogativas que los apóstoles, también podemos hacer nuestra la amistad de Jesús. Por medio de la Palabra de Dios, también sabemos lo que Dios le reveló a Jesús. Por lo tanto, así como Jesús les dijo a esos discípulos: «Vosotros sois mis amigos» (15.14), nos dice a cada uno de nosotros: «Usted es mi amigo».

El Nuevo Testamento revela la cercanía de la relación entre el cristiano y Cristo de muchas otras maneras. En los versículos justo antes de nuestro texto, Jesús había dicho: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos» (15.5). ¿Qué tan estrechamente están los pámpanos conectados a una vid? Aquellos de nosotros que somos discípulos de Cristo estamos estrechamente conectados con Él. Otros pasajes neotestamentarios enfatizan nuestra estrecha relación con nuestro Señor: Cuando somos bautizados, somos «bautizados en Cristo Jesús», somos «sepultados juntamente con él por el bautismo» y somos «plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte» (Ro 6.3–5). De manera similar, Pablo dijo en Gálatas 3.27, «porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos». Pablo indicó cuán cerca está el cristiano de Cristo cuando escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2.20). También dijo: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Fil 1.21). El cristiano está tan cerca de Cristo que tiene la siguiente actitud: «Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (Ro 14.8). Pablo dijo de aquellos que son cristianos: «Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3.3). También dijo que «las riquezas de la gloria de este misterio» que él predicó a los gentiles «es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Col 1.27).

¿Cuáles es, entonces, nuestra relación con Cristo,

nuestro amigo? Estamos conectados a Él así como los pámpanos crecen de una vid (15.5). Hemos sido bautizados en Él, sepultado con Él en el bautismo y unidos con Él en nuestro bautismo (Ro 6.3, 4; Col 2.12). Nos hemos vestido de Él como una persona se pone una prenda nueva (Ga 3.27). Para usar una figura diferente, podemos decir que nosotros mismos hemos muerto y que ahora vive Él en nosotros (Ga 2.20). De hecho, para nosotros, «el vivir es Cristo» porque vivimos para Cristo (Fil 1.21). Nuestras vidas están «escondidas con Cristo» (Col 3.3). Cristo en nosotros es nuestra «esperanza de gloria» (Col 1.27). No podemos ni debemos tener una relación más estrecha con ningún otro ser vivo.

¿Cuáles son las consecuencias de esa estrecha relación?

1. Bendiciones maravillosas. La estrecha relación que tenemos con nuestro Señor nos permite gozar de maravillosas bendiciones. Así como el amigo de un presidente o un primer ministro podría tener ventajas por la alta posición de esa persona, ser discípulos de Jesús nos otorga grandes privilegios.

*Ser conocido como el amigo de Jesús.* Es un privilegio simplemente ser conocido como el amigo de Jesús. Jesús pretendía que Sus discípulos se sintieran honrados cuando dijo: «Ya no os llamaré siervos, [...] pero os he llamado amigos» (15.15a). Si un rey o una reina le considerara a usted un amigo personal, ¿no se sentiría honrado? Alguien mucho más importante que eso le ha honrado llamándole «amigo»: ¡Jesucristo, el Hijo de Dios! ¿Cómo debería hacerle sentir eso? ¿Cómo debería hacerle actuar? ¿Estamos orgullosos de dar a conocer nuestra amistad con Jesús, o nos sentimos avergonzados de ello?

*Saber lo que sabía Jesús.* Nos honra que Jesús haya compartido con nosotros el plan de Dios, el mensaje que redime a la humanidad. Les dijo a Sus discípulos que les había dado a conocer todo lo que Dios le había dado a conocer a Él (15.15b). Del mismo modo, por la Palabra que luego reveló por medio de los apóstoles y demás hombres inspirados (que ahora se encuentra en el Nuevo Testamento), ha hecho que el plan de Dios esté disponible para que lo estudiemos. Tenemos el privilegio de leer todo lo que estos hombres inspirados registraron acerca de cómo Dios llevó a cabo Su plan para redimir a la humanidad.

*Poder llevar fruto.* Además, somos bendecidos como amigos de Jesús porque Él nos permite llevar fruto. Jesús les dijo a Sus discípulos, a Sus amigos:

«No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca» (15.16a). Jesús desea que Sus discípulos sean fructíferos (15.1-11), de ahí que nos permite «llevar fruto» y promete que nuestro fruto «permanecerá». Esas promesas dadas a los discípulos originales también fueron hechas para nosotros. Jesús desea que llevemos fruto; ¡puesto que somos Sus amigos, Él nos permitirá hacerlo! También podemos esperar que nuestro fruto «permanezca», que continúe hasta el momento de la cosecha final, cuando los salvos entrarán en el reposo eterno en el cielo.

*Recibir lo que pidamos en Su nombre.* Además, Jesús nos bendice como Sus amigos prometiendo darnos lo que pidamos. Él dijo: «... yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé» (15.16b). Si somos amigos de Jesús, podemos esperar que nuestras oraciones sean respondidas.

*Saber que Jesús murió por nosotros.* La mayor bendición de ser amigo de Jesús es que murió por Sus amigos. Leemos: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (15.12, 13). El mensaje de Jesús es que le ha mostrado a Sus discípulos el mayor amor posible: ¡ha muerto por nosotros! Pablo agregó un punto que también debemos recordar: Él murió por nosotros incluso antes de que nos hiciéramos Sus amigos, mientras nosotros todavía éramos Sus enemigos: «... en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5.8). ¡Nadie podría pedirle más a un amigo!

2. Responsabilidades significativas. Somos bendecidos de innumerables maneras por nuestro buen amigo Jesús. Al mismo tiempo, es necesario que reconozcamos que nuestra amistad con Él también nos impone responsabilidades importantes.

No debería sorprendernos que nuestra amistad con Jesús implique tanto obligaciones como privilegios. La verdadera amistad siempre implica recibir y dar. Recibimos favores de nuestros amigos, sin embargo, también se los hacemos a nuestros amigos. Si un amigo da todo y el otro toma todo, es probable que la amistad no perdure.

La amistad de Jesús con nosotros no es realmente comparable a nuestra amistad con otras personas. Jesús ama a todos y desea ser un Amigo para cada persona. Nadie tiene que hacer nada para ganarse la amistad de Jesús. Ama tanto a los

pecadores como a los santos. Jesús siempre inicia las amistades que tiene con los seres humanos. Si alguien demuestra no ser Su amigo, jamás es porque Jesús desea terminar esa amistad.

Si bien nuestra amistad con Jesús no es totalmente comparable a nuestra amistad con los demás, aún podemos decir que, así como la amistad exige esfuerzo de ambas partes, Jesús requiere algo de nosotros. Jesús desea bendecirnos como Sus amigos, sin embargo, no puede hacerlo si rechazamos Sus propuestas no haciendo lo que espera de nosotros. En consecuencia, nuestra amistad con Jesús nos impone ciertas responsabilidades. ¿Cuáles son?

*Aprovechar nuestros privilegios.* Tenemos que aprovechar los privilegios que Jesús brinda. Jesús ha ofrecido Sus bendiciones, sin embargo, no nos hace aceptar Sus dones.

El privilegio de la oración contestada. Él ha ofrecido, por ejemplo, darnos lo que pidamos (15.16b); ¡pero no nos obliga a pedir! Si queremos recibir bendiciones, ¡tenemos que pedirle regularmente a Jesús lo que necesitamos!

El privilegio de dar fruto. Nuevamente, Jesús ha prometido que nos permitirá llevar fruto (15.16a), sin embargo, no nos bendecirá con abundancia de fruto si no nos mantenemos conectados con Él (vea 15.4-8). Nosotros, como pámpanos, tenemos que dar lo mejor de nosotros para traer a otros a Cristo.

El privilegio de ser salvos. Si bien nuestro amigo Jesús murió por nosotros, Su muerte no nos hará ningún bien a menos que aprovechemos la limpieza que provee Su suministro de sangre mediante la obediencia al evangelio. Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera» (6.37). Todos están invitados a volverse a Jesús. Cualquiera puede ser Su amigo. Si usted desea venir a Él, Él no le echará. Sin embargo, ¡tiene que venir a Él obedeciendo el evangelio! Puede entrar en la amistad de Jesús creyendo en Jesús, arrepintiéndose de sus pecados y siendo bautizado en agua para el perdón de esos pecados. Cuando hace estas cosas, estará aprovechando la sangre que Jesús derramó cuando murió por usted.

*Amarnos los unos a los otros.* Todos los que son amigos de Jesús tienen que amarse unos a otros. Al principio y al final de la sección de las Escrituras que estamos estudiando, Jesús les mandó a Sus discípulos a amarse unos a otros. En Juan 15.12 dijo: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado»; y en 15.17 dijo:

(Continúa en la página 23)



# La venida del Espíritu

## (16.1–15)

### ADVERTENCIA CONTRA EL ABORRECIMIENTO DEL MUNDO (16.1–4)

En Su Discurso de Despedida que se encuentra en Juan 13.31–16.33, Jesús les advirtió a Sus discípulos sobre el aborrecimiento del mundo, no tanto por lo que el mundo les haría a los discípulos, sino porque no deseaba que se alejaran. Si Jesús no les hubiera advertido, podrían haber estado tan decepcionados y desilusionados que habrían abandonado su fe. Además de revelar lo que los discípulos enfrentarían, Jesús dijo que les enviaría un Consolador, el Espíritu Santo (vea 15.26). El Espíritu les ayudaría de varias maneras, proporcionándoles lo que necesitaran en las pruebas que enfrentarían.

<sup>1</sup>Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. <sup>2</sup>Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. <sup>3</sup>Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. <sup>4</sup>Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.

Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros.

**Versículos 1, 2.** La cláusula **Estas cosas os he hablado** (ταῦτα λελάληκα, *tauta lelalēka*) aparece por tercera vez en el Discurso de Despedida en 16.1 (vea 14.25; 15.11). Aparece cuatro veces más en este capítulo (16.4, 6, 25, 33), para un total de siete ocurrencias. Algunos de estas también incluyen las declaraciones de Jesús sobre el propósito de Su enseñanza (**para que**; 15.11; 16.1, 4, 33). Aquí la cláusula se refiere a lo que Jesús había estado analizando en 15.18–27, sobre el aborrecimiento del mundo hacia los discípulos y el testimonio combinado del Espíritu y los discípulos.

El propósito de Su declaración «estas cosas» era evitar que los discípulos **[tuvieran] tropiezo**. El verbo σκανδαλίζω (*skandalizō*) quiere decir «hacer que caiga»<sup>1</sup> y ocurre en Juan solo aquí y en 6.61. Se usa en Marcos 14.27, donde Jesús anunció que Sus discípulos se «[escandalizarían]» cuando fuera arrestado en el huerto de Getsemaní. Con respecto a esta redacción, Leon Morris dijo: «La interpretación de Knox, “para que su fe no sea tomada por sorpresa”, saca a relucir el elemento de sorpresa involucrado en soltar el palo de una trampa con cebo, mientras que la frase “para que no sean atrapados” de Berkeley subraya la metáfora».<sup>2</sup> Jesús les había estado diciendo a Sus discípulos los problemas que vendrían, y quería evitar que los tomaran por sorpresa y se apartaran.

Jesús dijo que las dificultades que venían eran dobles: 1) Sus adversarios **[expulsarían]** a los discípulos **de las sinagogas**, y 2) matarían a Sus seguidores, pensando que estaban **[rindiendo] servicio a Dios**. El castigo de ser expulsado de la sinagoga aparentemente se había llevado a cabo en al menos una instancia anteriormente, en el caso del hombre nacido ciego (vea comentarios sobre 9.22, 23, 34). Después de esto, Juan dejó registrado que muchas de las autoridades religiosas creyeron en Jesús, pero se negaron a confesarle por temor a

<sup>1</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 926.

<sup>2</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John* (El Evangelio según Juan), rev. ed. The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 614, n. 1. El teólogo inglés Ronald Knox tradujo de la Vulgata Latina. La versión de Berkeley (1945) ha sido publicada desde 1959 como la Biblia de Lenguaje Moderno.

ser expulsados de la sinagoga (vea 12.42, 43). La oposición a los cristianos se hizo tan fuerte que, cuando se escribió este relato del Evangelio, una oración especial que pronunciaba una maldición sobre los cristianos formó parte del culto de la sinagoga. Conocida como el *birkat ha-minim*, incluía las siguientes palabras:

Para los apóstatas que no haya esperanza. Y que el gobierno arrogante sea rápidamente desarraigado en nuestros días. Que los *nozerim* [nazarenos] y los *minim* sean destruidos en un momento. Y sean borrados del Libro de la Vida y no sean inscritos junto con los justos.<sup>3</sup>

Sin lugar a dudas, la intención de esta declaración era prohibirle a cualquier discípulo de Jesús participar en el servicio de la sinagoga. Para un judío, las consecuencias de esto significaría la exclusión de toda comunidad (vea comentarios sobre 9.22, 23). Después del establecimiento de la iglesia (Hch 2), cuando habría una clara distinción entre el judaísmo y el cristianismo, el efecto sería en esencia cerrar la puerta a las oportunidades para el evangelismo. La sinagoga era el lugar ideal para explicarles a los judíos la forma como Jesús cumplía las Escrituras (vea La costumbre de Pablo en Hechos 17.1–3); alguien que había sido expulsado de la sinagoga no podría hacer esto.

Más grave que la expulsión de la sinagoga fue la segunda forma de persecución que mencionó Jesús. Las palabras de Jesús **viene la hora** aluden a un momento en el futuro en el que aquellos que mataran a Sus seguidores en realidad pensarían que estaban haciendo la voluntad de Dios. C. K. Barrett vio en este otro ejemplo de ironía en Juan: Estos perseguidores pensarían que estaban prestándole un servicio a Dios, mientras que «la muerte de los cristianos en persecución es verdaderamente una ofrenda a Dios». <sup>4</sup> En los Evangelios, la palabra que se traduce como «servicio», *λατρεία* (*latreia*), aparece solo en Juan 16.2. Se usa en otras partes del Nuevo Testamento para referirse a la adoración, así como al servicio general a Dios (Ro 9.4; 12.1; He 9.1, 6).

Se pueden ver ejemplos notables de un celo equivocado entre los judíos en las actividades de Saulo de Tarso antes de su conversión (Hch 8.1; 9.1; 22.3, 4; 26.9). El sufrimiento de Pablo como

<sup>3</sup> Fred Skolnik, “Birkat Ha-Minim,” *Encyclopedia Judaica* (*Enciclopedia Judaica*), 2ª ed., ed. Fred Skolnik (Detroit: Thomson Gale, 2007), 3:711.

<sup>4</sup> C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John* (*El Evangelio según San Juan*), 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 485.

cristiano se resume bien en 2ª Corintios 11.23–28. Además, Santiago, el hermano de Jesús, fue apedreado por instigación del sumo sacerdote.<sup>5</sup> Algunos fanáticos militantes consideraron la muerte de herejes no solo como un servicio aceptable a Dios, sino incluso como un acto de adoración divina. En cuanto a las acciones de Finees en darle muerte al hombre y la mujer israelita moabita que había sido inmoral (Nm 25.13), el Midrash preguntaba: «¿Acaso ofreció él un sacrificio para justificar la expresión “expiación” en este contexto? No, pero sirve para hacernos saber que si un hombre derrama la sangre de un impío es como si hubiese ofrecido un sacrificio».<sup>6</sup>

Aunque las referencias de Jesús a la expulsión de la sinagoga y la violenta persecución (incluido el homicidio) como un deber religioso refleja un trasfondo judío, el mismo tipo de fanatismo se visualizaba entre los gentiles. Por ejemplo, Jacobo fue ejecutado por Herodes (Hch 12.1, 2). El historiador romano Tácito aparentemente creyó que la persecución de los cristianos, incluso hasta la muerte era moralmente justificado.<sup>7</sup> La persecución de los cristianos de parte de los fanáticos religiosos o seculares gentiles —sea en el siglo primero o el siglo veintiuno— podría realizarse con sinceridad, sin embargo, no quiere decir que lo que se hace sea lo correcto, ni excusa a los ofensores.

**Versículos 3, 4.** La inevitabilidad de la persecución futura es evidente en la declaración que dice: **Y harán esto**. En esto Jesús no estaba sugiriendo lo que podría ser posible; estaba declarando una certeza: Los discípulos sufrirían. Básicamente repitió la idea en 15.21 diciendo que la razón de la hostilidad (de los judíos incrédulos, en particular) era **porque no conocen al Padre ni a mí**. Conocer a Jesús como la revelación de Dios es conocer a Dios mismo (14.7). Los judíos habían demostrado que no conocían a Dios; por esta razón no reconocieron a Jesús como Deidad (7.28; 8.19). Su oposición a Jesús y a Sus discípulos no se basaba en la falta de información, porque las Escrituras daban testimonio de Jesús (5.39). Además, deberían haber visto a Dios en las palabras y obras de Jesús, ya que

<sup>5</sup> Josefo *Antigüedades* 20.9.1 [200]; vea Eusebio *Historia Eclesiástica* 2.23.

<sup>6</sup> *Números Rabbah* 21.3. Sobre esta interpretación, F. F. Bruce dijo que «la inferencia no era de ningún modo universalmente admitida entre los rabinos» (F. F. Bruce, *The Gospel of John* [*El Evangelio de Juan*] [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983], 326, n. 3).

<sup>7</sup> Tácito *Anales* 15.44.

Jesús era la revelación de Dios (vea comentarios sobre 1.18; 14.8–14). Habían rechazado de manera pecaminosa y deliberadamente el conocimiento del Padre y de Jesús que les fue ofrecido a ellos; habían elegido caminar en tinieblas en lugar de aceptar la Luz. Por este rechazo deliberado del Padre y de Jesús, eran culpables.

Nuevamente, como en 16.1, Jesús dio la razón de Su explícita advertencia: ... **para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.** Cuando las pruebas y tribulaciones llegaran a sus vidas, recordarían lo que Jesús les había dicho. Su fe se vería fortalecida por la seguridad de que Jesús había sabido lo que ocurriría en el futuro (vea 13.19; 14.29). En 16.2, Jesús dijo que «aun viene la hora», indicando un tiempo en el futuro. Aquí se refirió a «la hora» («la hora de ellos»; NASB), que quiere decir la hora de los discípulos. Así como llegaría la hora de Jesús, también llegaría una hora para cada uno de Sus discípulos.

Jesús **al principio** (de su asociación) no les había dicho a los discípulos acerca de **esto**, los peligros de las pruebas por venir, porque estaba con ellos y podía protegerlos. Él mismo podría soportar los ataques que pudieran ser dirigidos hacia ellos. Funcionó en este papel incluso hasta el momento de Su arresto (vea 18.8, 9). Sin embargo, en el futuro, la situación sería diferente, en vista de que no estaría con ellos. Muy pronto, en lugar de Jesús, ellos serían el objeto de la oposición (vea 15.18–25).

#### LA OBRA DEL ESPÍRITU (16.5–15)

**<sup>5</sup>Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? <sup>6</sup>Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. <sup>7</sup>Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. <sup>8</sup>Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. <sup>9</sup>De pecado, por cuanto no creen en mí; <sup>10</sup>de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; <sup>11</sup>y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.**

**<sup>12</sup>Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. <sup>13</sup>Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. <sup>14</sup>El me**

**glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. <sup>15</sup>Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.**

**Versículos 5, 6.** El versículo 5 está estrechamente relacionado con el versículo 4. Jesús acababa de decir: «yo estaba con vosotros», pero luego dijo: ... **ahora voy al que me envió.** Las circunstancias de Jesús estaban a punto de cambiar; Su partida ocurriría pronto. Mientras Jesús dijo: **ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas?**, Pedro había preguntado: «Señor, ¿a dónde vas?» (13.36). Algunos han visto esta aparente contradicción como base para reorganizar completamente el texto.<sup>8</sup> Otros han pensado que la diferencia se debe al trabajo de un editor.<sup>9</sup> Aún otros niegan que exista alguna contradicción, basados en detalles textuales. La mejor solución parece estar en el uso del tiempo presente por parte de Jesús, “pregunta” (ἔρωτᾷ, *erōta*), queriendo decir lo que Jesús estaba hablando en ese momento. Los discípulos habían preguntado antes; sin embargo, no hicieron preguntas cuando debían haberlo hecho. Barrett hizo la siguiente observación: «La idea de su partida los llena de dolor; pero si tan solo hubieran preguntado a dónde iba, y comprendieran que era al Padre, no se habrían afligido, sino que reconocerían que Su partida era para conveniencia de ellos».<sup>10</sup> Desafortunadamente, los discípulos estaban abrumados por todo lo que Jesús les había estado diciendo. Encontraban difícil entender lo que estaba diciendo.

Debido a las declaraciones de Jesús, la **tristeza** (λύπη, *lupē*; vea 16.20, 21, 22) había **llenado** los **corazones** de los discípulos. En lugar de regocijarse de la gloria inminente con el Padre que gozaría pronto Jesús, los discípulos habían comenzado a preocuparse por ellos mismos y por las dificultades que enfrentarían tras la partida de Jesús. En este triste estado mental, los discípulos pasaron por alto los resultados positivos de la partida de Jesús, tanto para ellos como para el propósito de Jesús en venir a la tierra.

<sup>8</sup> J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 1:xx.

<sup>9</sup> Por ejemplo, esta opinión fue expresada por Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–xxi) (El Evangelio según Juan [xiii–xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 710, y George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 279.

<sup>10</sup> Barrett, 485.



**Versículo 7.** No nos sorprende que los discípulos estuvieran llenos de tristeza por la advertencia de Jesús sobre la persecución que se avecinaba. Sin embargo, les aseguró que era [**conveniente**] para ellos que Él se **fuera**, a pesar de que vendría la persecución. Jesús introdujo Su comentario con la solemne declaración **Pero yo os digo la verdad**. Había usado estas palabras antes en Su disputa con los judíos (8.45, 46). Funcionaban en este contexto como la doble afirmación que a menudo vemos en Juan, «De cierto, de cierto» (vea comentarios sobre 1.50, 51); la frase suponía la importancia de lo que seguía.

Si bien la idea de la partida de Jesús parecía desastrosa para los apóstoles, no solo era mejor para Jesús (14.28), también era mejor para ellos. Se podría inferir que Su partida sería mejor para los discípulos en Su ministerio si dejaban de depender de la presencia física de Jesús. Sin embargo, Jesús dio una razón explícita de que Su partida sería para la «conveniencia» de ellos, pues dijo: **el Consolador no vendría** hasta que Él partiera. Una vez que Jesús se fuera, les enviaría el Espíritu (vea comentarios sobre 14.16, 17, 25, 26; 15.26, 27).

No se asevera *por qué* el Espíritu tenía que ser enviado después de la partida de Jesús. La respuesta no es que era metafísicamente imposible que Jesús y el Espíritu Santo ministraran a los discípulos al mismo tiempo. Juan explicó en 7.39 que «aún no había venido el Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado». La glorificación de Jesús incluía Su sufrimiento, muerte, resurrección y ascensión a la diestra de Dios en el cielo. Esta glorificación era necesaria antes de que Jesús pudiera enviar el Espíritu. Guy N. Woods sugirió al menos cuatro posibles razones para lo anterior.<sup>11</sup>

1) Con la venida del Espíritu, los apóstoles, como embajadores de Jesús en el reino (la iglesia), serían guiados a toda la verdad (16.13); sin embargo, el reino no podía establecerse hasta después de que Jesús ascendiera al cielo y se sentara en el trono de David a la diestra del Padre (Hch 2.29–36). 2) El evangelio en su plenitud solo podía ser predicado después de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús (1ª Co 15.1–4); en consecuencia, la misión de los apóstoles no podía comenzar hasta después de esos eventos (vea Lc 24.46, 47). 3) La misión del Espíritu era continuar la misión de Jesús en

<sup>11</sup> Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 339–40.

la tierra; como resultado, Su obra no podría comenzar hasta que Jesús hubiera dejado la tierra para regresar al Padre. 4) La obra del Espíritu no podía comenzar hasta que se hubiere realizado el sacrificio de Jesús por el pecado. Claramente, les convenía a los apóstoles, y a nosotros, que Jesús regresara al Padre. Hasta que dejara la tierra, la siguiente fase de Su obra no podía comenzar.

**Versículos 8–11.** El cuarto «dicho Paráclito» es introducido en 16.7, y la obra del Consolador se explica con mayor detalle en 16.8–11. El versículo 8 dice que el Consolador [**convencería**] **al mundo**.<sup>12</sup> A partir de los versículos anteriores, que indican que los discípulos de Jesús serían expulsados de la sinagoga y muertos en nombre del servicio religioso, parece claro que el «mundo» (κόσμος, *kosmos*) refleja (pero no está limitado al) trasfondo judío (vea comentarios sobre 1.9, 10; 15.18, 19). Según todos los relatos del Evangelio, el «mundo» acusó a Jesús de blasfemia y lo encontró culpable y digno de muerte. En realidad, el mundo era culpable y Jesús era inocente. La labor del Consolador era «exponer» esta verdad sobre el mundo. Como se ha señalado (vea comentarios sobre 14.16), es difícil capturar el significado de παράκλητος (*paraklētos*) en una sola palabra, ya que tiene una variedad de usos. Si bien el Espíritu Santo había de ayudarles a los apóstoles, aquí se describe su función más clara: la de un fiscal que provocaría el convencimiento del mundo.<sup>13</sup>

El ministerio del Espíritu como fiscal se expresa mediante ἐλέγχω (*elenchō*), comúnmente expresado en la NASB como «exponer», «condenar» o «reprobar». La Reina-Valera tiene «convencer» en 16.8. Incluyendo las instancias en este Evangelio (aquí y en 3.20; 8.46), el verbo aparece diecisiete veces en el Nuevo Testamento. «Podría decirse que, en todos los casos, el verbo tiene que ver con mostrarle a alguien su pecado, generalmente como un llamado al arrepentimiento».<sup>14</sup> El Espíritu «convencería al mundo», es decir, presentaría la

<sup>12</sup> Si bien Morris debatió que «este el único lugar en la Escritura donde del Espíritu se dice que está ejecutando una obra en “el mundo”» (Morris, 618–19), podría debatirse que el caso de Cornelio (Hch 10) constituye una instancia de la obra del Espíritu Santo en el mundo (vea comentarios sobre 14.17).

<sup>13</sup> Bruce escribió que en Juan 14–16 «el Espíritu es presentado sucesivamente como ayudante, interprete, testigo, abogado acusador y revelador» (Bruce, 302).

<sup>14</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 534.

verdad de la situación del mundo en una luz clara (demostrando que el mundo es culpable, sea que la gente reconozca o no su culpa) y requeriría arrepentimiento. El Espíritu haría Su obra por medio de las palabras de los apóstoles, las palabras de aquellos sobre quienes los apóstoles pusieran sus manos, y las palabras de la Escritura misma hasta el final de los tiempos. Un ejemplo de la obra convincente del Espíritu se hace evidente en la predicación de Pedro en Pentecostés. Ese día, las multitudes, al escuchar sus palabras, «se compungieron de corazón» (Hch 2.37; vea 1ª Co 14.24, 25). El convencimiento del mundo mediante la obra del Espíritu está asociado con el **pecado**, la **justicia** y el **juicio**. Estas categorías incluyen todos los elementos que determinan la condición espiritual de una persona.

1. El Espíritu convence al mundo de **pecado**, como lo hizo Jesús durante Su ministerio **por cuanto** [las personas] **no creen en Jesús** (16.9). Jesús acababa de referirse al pecado de la incredulidad en 15.22 (vea 1.11; 8.24); se encuentra en la raíz de todo pecado. El rechazo, condena y ejecución de Jesús por parte del mundo demostró, sin duda, esta incredulidad, que es expuesta en este versículo como «pecado». La fe en Jesús es el requisito fundamental para tener la aprobación de Dios (He 11.6). La incredulidad en Él solo trae condenación (3.18, 36). La obra del Espíritu está diseñada para ayudarlo al mundo a comprender la condición desesperada de estar sin Jesús, para llamar al mundo al arrepentimiento por su incredulidad, y para convertir el mundo a tener fe a Jesús. Sin Él, no hay esperanza.

2. El Espíritu convence al mundo de **justicia** porque Jesús iba **al Padre** (16.10). Puede que lo anterior se refiera a la falta de justicia en el mundo<sup>15</sup> o a la justicia de Jesús.<sup>16</sup>

La pecaminosidad del mundo fue enfatizada por Isaías, quien comparó las «justicias» de las personas de sus días con «trapo de inmundicia» (Is. 64.6). Los judíos (como representante del mundo) se percibían a sí mismos como justos debido a que observaban una cantidad sin número de leyes y reglamentos de fabricación humana. El primer punto de vista, entonces, es que el Espíritu convence al mundo de justicia llamando la atención a todo lo contrario: la injusticia.

De acuerdo al segundo punto de vista, el Es-

píritu convence al mundo sobre la base de la justicia de Jesús. Sus enemigos pretendían que Su condena y muerte en la cruz demostraran al mundo que Él era injusto. Al volver al Padre, Jesús sería declarado justo, mientras que el mundo sería revelado como injusto. El Espíritu, como fiscal, declara al mundo culpable y a Jesús inocente. Al mismo tiempo, el Padre es vindicado como el Padre justo (vea 17.25). Pablo dijo de los judíos, «Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios» (Ro 10.3). Jesús fue justo en un sentido absoluto; solo en Él las personas pueden ser justificadas por Dios. El mundo sería examinado y condenado por adoptar falsas opiniones sobre la justicia.

Jesús era inocente porque fue al Padre: nadie que no sea santo puede estar en la presencia del Padre. Los humanos son declarados santos para estar en la presencia del Padre. Una vez que Jesús hubiera ido al Padre, los discípulos ya no le verían más. Entonces vendría el Espíritu. F. F. Bruce dijo: «La relevancia de la cláusula “y no me veréis más” parece ser que la partida de Jesús es la condición de la presencia del Espíritu».<sup>17</sup> Si la declaración aludía a Su muerte inminente o a Su ascensión, los discípulos ya no verían a Jesús como lo habían hecho en su asociación con Él durante los últimos años. Sin embargo, el Espíritu vendría, y por medio de Él los discípulos continuarían el ministerio de Jesús.

3. El Espíritu condena al mundo de **juicio**, **por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado** (16.11). Así como el Espíritu convencería al mundo de su pecado y su falsa visión de la justicia, también convencería al mundo de su falsa visión del juicio. Esta frase recuerda 12.31, donde Jesús dijo: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera». Si bien parece que el diablo salió victorioso cuando Jesús fue levantado en la cruz, la muerte de Jesús fue en realidad la derrota de Satanás. Él, «el príncipe de este mundo», «ha sido ya juzgado» (κέκριται, *kekritai*), esto es, condenado. La importancia del tiempo perfecto es que ha sido condenado y continúa condenado. El juicio del diablo suponía el juicio del mundo, en vista de que el mundo se sometió al «príncipe de este mundo» y se convirtió en el instrumento para provocar la muerte de Jesús. De este modo, el mundo se equivocó en el juicio que hizo de Jesús como un blasfemo digno

<sup>15</sup> *Ibid.*, 537–38.

<sup>16</sup> Beasley-Murray, 282.

<sup>17</sup> Bruce, 319.

de muerte. El Espíritu Santo condenaría al mundo por haber hecho el juicio equivocado. De hecho, al igual que su príncipe, que está condenado, el mundo ya ha sido condenado (3.36).

**Versículos 12, 13.** El quinto y último «dicho Paráclito» es introducido en 16.12 y se centra en la continuación de la revelación de Jesús. Algunos eruditos han afirmado que este versículo es incompatible con el segundo «dicho Paráclito». Esa declaración en 14.26 describe la obra del Espíritu Santo en el sentido de «recordarles a los discípulos una revelación *finalizada* del Señor en la tierra», mientras que la introducida en 16.12 describe Su obra «en el sentido de comunicar la *revelación aún por recibir* de parte del Señor resucitado en el cielo». <sup>18</sup> Se podría hacer una afirmación similar sobre 15.15, donde Jesús les aseguró a Sus discípulos que había dado a conocer «todas las cosas» que había escuchado de Su Padre. La tarea del Espíritu, como se describe en 14.26, sería «[enseñarles] todas las cosas, y [recordarles] todo lo que yo os he dicho». En este último «dicho Paráclito», Jesús habló del futuro, que estaba más allá de la comprensión de los discípulos en ese momento.

Jesús aludió a **muchas cosas** que **Aún** tenía que decirles a los discípulos, expresándoles: **ahora no las podéis sobrellevar**. El verbo para «sobrellevar» es βασταζῶ (*bastazō*), que quiere decir llevar algo, sugiriendo una carga (vea comentarios sobre 12.6). Jesús sabía que los discípulos no podían recibir más instrucción en este momento; estaban desconcertados y abrumados por el dolor con respecto a Su inminente partida. Por ejemplo, no podían concebir en este momento de qué manera la crucifixión de Jesús sería en realidad una señal de triunfo más que de derrota. Sólo después de recibir el Espíritu iban a llegar a la plena realización de la importancia de este evento. Lo mismo podría decirse para una serie de verdades espirituales que serían reveladas por el Espíritu. A pesar de que Jesús era la revelación final de Dios (He 1.1, 2), Él no aclaró todos los detalles necesarios para el ministerio de los apóstoles. Dios enviaría al Espíritu para satisfacer todas sus necesidades.

Como en 14.17 y 15.26, el Espíritu es llamado **el Espíritu de verdad** en 16.13 —no porque la verdad le define como define a Jesús— sino porque el Espíritu revelaría la verdad sobre Jesús y el Padre

<sup>18</sup> Beasley-Murray, 283; citando Jürgen Becker, *Das Evangelium nach Johannes: Kapitel 11—21*, Ökumenischer Taschenbuchkommentar zum Neuen Testament (Gütersloh, Alemania: G. Mohn, 1981).

a los apóstoles. En los «dichos Paráclitos» que se han analizado, el Espíritu fue presentado como ayudante, intérprete, testigo y fiscal; en 16.13, Jesús aludió a tres funciones del Espíritu como revelador.

1. La obra del Espíritu como revelador constituía guiar a los apóstoles **a toda la verdad**. Se encuentra una variante textual en este versículo, planteando la interrogante en cuanto a si la lectura deba ser «a [εἰς, *eis*] toda la verdad» o «en [ἐν, *en*] toda la verdad». Si se hace una distinción en las frases, la primera sugiere la verdad *aún por revelarse*, mientras que la segunda sugiere la verdad *ya revelada*. Bruce M. Metzger concluyó que la preposición *en* («en») es la mejor lectura y que los copistas introdujeron *eis* («a»). <sup>19</sup> Barrett, quien aceptó la traducción *en*, dijo que el pasaje «sugiere orientación en toda la esfera de la verdad». <sup>20</sup>

Jesús es la verdad, como se afirma en 14.6; Él es la encarnación de la verdad. La verdad que el Espíritu revelaría no era una verdad además de lo que Jesús enseñó; fue una revelación adicional de la verdad ligada a Jesús. Jesús es «toda» verdad; no hay otra. Jesús había dado a conocer la verdad a los discípulos, sin embargo, éstos estaban limitados en su capacidad para comprender.

Por lo tanto, la tarea del Espíritu era guiar a los discípulos al desarrollo de las profundidades de la verdad envueltas en Jesús. El Espíritu los «guiaría» (ὁδηγέω, *hodēgeō*), o conduciría en el «camino» (ὁδός, *hodos*) y la «verdad» (ἀλήθεια, *alētheia*) a los que se hace referencia en 14.6. Jesús mismo es «el camino» y «la verdad». El Espíritu les permitiría a los discípulos tener una comprensión completa de la verdad absoluta, que es Jesús mismo. A lo largo de su ministerio, los discípulos funcionarían bajo la guía divina mientras realizaban la labor que Jesús les había dado. Ellos, así como aquellos a quienes ministraran, estarían seguros de que el mensaje que proclamaban era de Dios. En el Antiguo Testamento, el salmista anhelaba la guía divina (Sal 25.4, 5; 143.10) e Isaías describió cómo Dios guió a Su pueblo por medio de Su Espíritu Santo (Is 63.14). Filón, al comentar sobre Éxodo 16.23, dijo: «La mente [de Moisés] no podría haber tenido un objetivo tan directo si no estuviera también el espíritu divino guiándolo a la verdad misma». <sup>21</sup>

<sup>19</sup> Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 210.

<sup>20</sup> Barrett, 489.

<sup>21</sup> Filón *Sobre la vida de Moisés* 2.48 [265].



2. El Espíritu como revelador **no [hablaría] por su propia cuenta**. Él actuaría como Jesús, quien solo dijo e hizo lo que el Padre le había dado para decir y hacer (vea 5.19, 30; 8.28; 12.49). Jesús dijo del Espíritu: **hablará todo lo que oyere**. El Espíritu no traería ningún mensaje nuevo, sino que solo traería comprensión de la revelación de Dios en Jesucristo. El Espíritu les recordaría a los discípulos las enseñanzas de Jesús durante Su ministerio personal y les aclararía Su mensaje. Lo anterior aclara que la tarea del Espíritu no era *originar* la verdad, sino *revelar* la verdad. Cualquier afirmación de que el Espíritu hoy revela alguna verdad oculta de la que nunca antes se haya oído hablar no está respaldada por las Escrituras; además, tal afirmación niega que la Escritura sea suficiente (vea 2ª Ti 3.16, 17). El hecho de que el Espíritu les hablara a los apóstoles solo lo que había escuchado implicaba necesariamente una comunicación continua en la obra de la Deidad.

3. El Espíritu como revelador **[haría] saber las cosas que habrán de venir**. No se puede entender que esta tarea del Espíritu se refiera al futuro inmediato de los apóstoles, es decir, los eventos que rodeaban la muerte, resurrección y exaltación de Jesús; porque el Espíritu no vendría hasta después de que Jesús hubiere sido glorificado (7.39). La expresión, entonces, tiene que referirse a los eventos posteriores al primer Pentecostés después de la resurrección de Jesús de entre los muertos (vea Hch 2.1–4). Muchos han interpretado la declaración como refiriéndose al ministerio profético de los apóstoles; por esta razón, se le da una importancia escatológica. J. H. Bernard dijo: «Hay un indicio de previsión apocalíptica de las últimas cosas...».<sup>22</sup> El apoyo para lo anterior se encontraría apuntando al Libro de Apocalipsis como un ejemplo notable. La escritura de Apocalipsis por parte de Juan podría parecer apoyar esta idea, sin embargo, tal punto de vista no calza con el contexto de este relato del Evangelio. Más probablemente, «las cosas que habrán de venir» es una referencia al «nuevo orden que resulta de la partida de Jesús».<sup>23</sup> En ese caso, Jesús estaba hablando sobre todo el sistema del cristianismo, que se realizó con el establecimiento de la iglesia. Esto incluiría todo lo que resulta del ministerio y glorificación de Jesús. El Espíritu revelaría toda

la verdad y les dejaría claro a los apóstoles la revelación del Verbo encarnado.

**Versículos 14, 15.** Mientras daba este último «dicho Paráclito», Jesús llamó la atención a la identidad personal del Espíritu mediante el demostrativo **El** (ἐκεῖνος, *ekeinos*) por quinta y última vez (14.26; 15.26; 16.8, 13, 14). Anteriormente, Jesús había dicho que el Espíritu les enseñaría a los discípulos todas las cosas (14.26) y daría testimonio de Él (15.26). Convencería al mundo de pecado, justicia y juicio (16.8) y guiaría a los apóstoles a toda la verdad (16.13). Aquí Jesús declaró que la tarea del Espíritu sería **glorificarle** a Él. La misión del Espíritu es apuntar a las personas a Jesús. La teología que se enfoca exclusivamente en el Espíritu pasa por alto el propósito de Su misión. Merrill C. Tenney dijo:

... Cualquier movimiento que pretenda ser dirigido por el Espíritu, y que centre el interés en sus fenómenos más que en la persona de Cristo, desmiente sus propios reclamos. Al igual que el siervo de Abraham, está promoviendo la causa de otro, no la suya propia.<sup>24</sup>

Así como el Hijo glorificó a Su Padre en Su obra durante Su ministerio personal (vea 7.18; 17.4), también el Espíritu, por medio de Su obra, glorificaría al Hijo. Haría esto en Su labor como revelador; porque Jesús dijo: **... tomará de lo mío, y os lo hará saber**. Lo que había de tomar incluiría todo lo que Jesús había enseñado en palabras y hechos, pero incluía más. El Espíritu les «haría saber» a los apóstoles el significado de las enseñanzas de Jesús. Además, daría a conocer todo sobre la revelación de Jesús, quién era, Su carácter y Su misión. Se ha visto a lo largo de este relato del Evangelio que cada palabra que Jesús habló y cada obra que realizó provino del Padre (vea 13.3); el Padre comisionó todo lo que Jesús había de decir y hacer. La palabra «mío», por tanto, comprende todo lo que el Padre le había dado a Jesús, incluida la revelación del Padre mismo. Jesús dijo: **Todo lo que tiene el Padre es mío**. En desplegar la persona y obra de Jesús, el Espíritu al mismo tiempo daría a conocer al Padre, porque el Hijo fue la revelación del Padre. La colaboración de la Deidad —tres personalidades distintas (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo)— se hace evidente en la obra reveladora. La revelación de Jesús de parte

<sup>22</sup> Bernard, 2:511.

<sup>23</sup> Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 487.

<sup>24</sup> Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: El evangelio del creer)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 239.

del Espíritu de ninguna manera excluía al Padre. Lo que pertenecía al Padre también pertenecía al Hijo; y todo lo que el Hijo tenía, el Espíritu lo [haría] saber a los apóstoles. Al hacerlo, el Espíritu glorificaría a Jesús y al mismo tiempo glorificaría al Padre.

## APLICACIÓN

### La venida del Consolador (16.7)

En Juan 14–16, tenemos el último discurso registrado de Jesús. Fue entregado en la noche en que fue traicionado, después de haber instituido la Cena del Señor. Su audiencia consistía en Sus apóstoles (a excepción de Judas), los hombres que estuvieron más cerca de Él durante Su ministerio personal.

Hay varias cosas que ocupaban la mente de Jesús en esa ocasión, sin embargo, seguía regresando al tema del “Consolador”. La palabra griega para «Consolador» παράκλητος (*paraklētos*), también se traduce como «Ayudante» (NASB), «Consejero» (NIV1984) y «Abogado» (NRSV). Jesús habló de este «Consolador» en Juan 14.16, 17, 26; 15.26; y 16.7–15.

El tema es de gran importancia porque tocaba el corazón de Jesús, porque tenía implicaciones de largo alcance para la religión que Cristo inició, y por lo que significa para nosotros hoy. Por lo tanto, tenemos que entender lo que enseñó Jesús acerca de «La venida del Consolador».

*La promesa del Consolador.* El sustantivo *paraklētos* está relacionado con el verbo παρακαλέω (*parakaleō*, «llamar» o «alentar»), por lo que el Consolador prometido por Jesús sería un motivador.

[*Paraklētos*] era usado en una sala de juicio para referirse a un asistente legal, el abogado de la defensa, un defensor; entonces, generalmente, uno que defiende la causa de otro, un intercesor, abogado, como en 1ª Juan 2.1, del Señor Jesús. En el sentido más amplio, quiere decir «el que da socorro, un consolador».<sup>25</sup>

A un *paraklētos* se le ha definido literalmente como «uno llamado a la ayuda de alguien», es decir, un «mediador», «intercesor», o «ayudante».<sup>26</sup> La implicación era que este «Consolador» tendría

<sup>25</sup> W. E. Vine, Merrill F. Unger y William White, Jr., *Vine's Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words* (Diccionario expositivo completo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento de Vine) (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1996), 111.

<sup>26</sup> Bauer, 766.

como su rol o responsabilidad consolar, animar, aconsejar, o socorrer a los seguidores de Jesús.

El texto mismo revela quién es este «Consolador»: Es el Espíritu Santo. En 14.16, Jesús dijo: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre». Luego, el versículo 17 identifica a ese Consolador como «el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros». Juan 15.26 también habla de Él como «el Espíritu de verdad», y 14.26 explica la palabra «Consolador» al poner las palabras «el Espíritu Santo» en aposición.

*Los hechos sobre la promesa.* Para empezar, Jesús dijo que el Consolador vendría de Dios: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador» (14.16); «Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí» (15.26). Jesús también dijo que enviaría al Consolador. Miremos nuevamente 15.26. Él habló del «Consolador, a quien yo os enviaré del Padre» (énfasis agregado). Según 16.7, Jesús dijo: «Si me fuere, os lo enviaré [al Consolador]».

Luego, Jesús dijo que el Consolador vendría después de que Él hubiere partido, es decir, después de Su ascensión. En 16.7, leemos que Jesús dijo: «Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré». En vista de que Cristo enviaría al Espíritu Santo, la implicación es que Cristo estaría donde estaba el Espíritu Santo: en el cielo. La ocasión para la partida de Cristo en este versículo fue Su partida al cielo después de la resurrección y ascensión; desde allí envió al Espíritu Santo.

¿Durante cuánto tiempo sería enviado este Consolador? La respuesta a esa pregunta es «¡para siempre!». Jesús les dijo a Sus apóstoles que Dios les daría otro Consolador, y que estaría con ellos «para siempre» (14.16). Jesús lo dijo cuando Sus apóstoles se turbaron después de enterarse de que los estaba dejando (14.2, 3). Nunca habían considerado el hecho de que Jesús no estaría con ellos en algún momento. La idea podría haberlos desanimado o haberlos llenado de temor. ¿Qué podría decir Jesús en tales circunstancias para consolarlos? Dijo que Dios enviaría otro Consolador que, a diferencia de Él, estaría con ellos a partir de entonces.

¿Qué haría el Consolador, que sería enviado

por Jesús, por los apóstoles? En general, el Consolador haría lo que Jesús había hecho mientras estaba con los apóstoles. La referencia a Él como «otro Consolador» (14.16) implica que Él sería otro del mismo tipo, haciendo lo mismo. Jesús había brindado orientación y ayuda a los apóstoles durante Su tiempo con ellos, y el Espíritu Santo les proporcionaría tal ayuda después de que Jesús regresara al cielo. Ciertos pasajes en Juan nos dicen de cosas específicas que haría el Espíritu Santo.

1. El Espíritu Santo guiaría a los apóstoles. Él permanecería con los apóstoles (14.16, 17), «[les enseñaría] todas las cosas, y [les recordaría] todo lo que [Jesús les había] dicho» (14.26). Además, el Espíritu Santo los guiaría a toda la verdad. Jesús dijo que tenía cosas que decirles a los apóstoles que no podían soportar escuchar en ese momento (16.12). Él continuó diciendo:

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber (16.13, 14).

Cuando el Espíritu Santo viniera sobre los apóstoles, ellos estarían listos para toda la verdad, y el Espíritu se la haría saber.

2. El Espíritu Santo también testificaría acerca de Jesús, mientras guiaba a los apóstoles a toda la verdad. Entonces los apóstoles también darían testimonio del Cristo. Jesús dijo: «Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio» (15.26, 27). Cuando viniera el Consolador, Jesús dijo: «Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber» (16.14). Debido al testimonio del Espíritu Santo sobre las enseñanzas de Jesús, Jesucristo sería glorificado.

3. El Espíritu Santo convencería al mundo. En 16.8–11, leemos que Jesús dijo:

Y cuando él [el Consolador] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.

La llegada del Consolador daría como resultado que el mundo fuera convencido de su pecado.

¿Cómo se relacionan estas actividades con el

significado de la palabra «Consolador»? Obviamente, el Espíritu Santo tomaría el lugar de Jesús en la guía y dirección de los apóstoles. ¿Había «consuelo» en esta idea? Sí. Los apóstoles, que habían tenido al Señor para enseñarles y responder sus preguntas, ahora tendrían al Espíritu Santo para revelarles la voluntad de Dios. No se quedarían sin dirección. Además de eso, la presencia continua del Espíritu Santo significaba que Él les daría poder divino para cumplir la labor que Jesús les había encomendado hacer. También había consuelo para los apóstoles al saber que, gracias a la obra del Espíritu Santo, Cristo sería glorificado y el mundo sería convencido de pecado. Su labor sería llevar el evangelio al mundo y salvarlo del pecado; sin embargo, las personas no pueden ser salvas hasta que sean convencidas de pecado, y el Consolador sería responsable de lograr este convencimiento.

*El cumplimiento de la promesa.* ¿Cuándo fueron cumplidas estas promesas? ¿En qué ocasión vino el Consolador? Las promesas de Jesús acerca de la venida del Consolador se cumplieron inicialmente el día de Pentecostés, como se registra en Hechos 2. Todo lo que Jesús había dicho que sucedería, de hecho, ocurrió en ese gran día.

Jesús había identificado al Consolador como el Espíritu Santo. En Hechos 1.5, justo antes de haber ascendido, les dijo a los apóstoles que «[serían] bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días». Esta promesa fue cumplida al comienzo de Hechos 2: «Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. [...] Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen» (Hch 2.1–4). Este Espíritu Santo que cayó sobre los apóstoles fue el Consolador prometido. ¿Cómo sabemos que era el Consolador correcto?

Jesús había dicho que tanto Él como el Padre enviarían al Consolador, y que el Espíritu Santo que cayó sobre los apóstoles el día de Pentecostés fue enviado por Dios y Cristo. Jesús había dicho: «He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto» (Lc 24.49). Serían «investidos de poder» cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos (Hch 1.8), así que fue enviado por Cristo de acuerdo con la promesa de Dios. Además, cuando Pedro se levantó para predicar en Pentecostés, dijo que la venida del Espíritu Santo cumplió la promesa hecha por Dios al profeta Joel: «Y en los postreros



días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne» (Hch 2.17). Por lo tanto, de acuerdo con lo que Jesús había dicho acerca de la venida del Consolador, en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo fue enviado por el Padre y el Hijo.

¿Qué hizo el Espíritu Santo después de caer sobre los apóstoles el día de Pentecostés?

1. El Espíritu Santo guió a los apóstoles (vea 14.26; 16.13). Cuando «fueron todos llenos del Espíritu Santo [...] comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen» (Hch 2.4). A partir de ese momento, por el resto de sus vidas, podemos asumir que cuando los apóstoles predicaron o escribieron, fueron guiados por el Espíritu Santo. Creemos que lo que dijo Pedro el día de Pentecostés fue inspirado por el Espíritu Santo y fue tan cierto como si Dios mismo lo hubiera dicho.

2. El Espíritu Santo dio testimonio de Cristo (vea 15.26, 27). Así como Jesús había dicho, cuando vino el Consolador, el Espíritu Santo, dio testimonio de Cristo. Guió la predicación de Pedro el día de Pentecostés, y el apóstol predicó acerca de Cristo. Proclamó que Jesús había hecho milagros, que había sido crucificado por los judíos, que había sido levantado de los muertos, que ahora estaba «exaltado a la diestra de Dios», y que Dios le había hecho «Señor y Cristo». Dijo que los principales hechos acerca de la vida, muerte, resurrección y glorificación de Cristo habían sido anunciados en el Antiguo Testamento (Hch 2.22–36). De esta manera, el Espíritu Santo, el Consolador prometido por Jesús, dio testimonio de Cristo mediante la predicación de Pedro.

3. El Espíritu Santo convenció al mundo de pecado (vea 16.8–11). Además, mediante la predicación de los apóstoles, el Espíritu Santo hizo que las personas tomaran conciencia de su pecado. Cuando Pedro predicó acerca de Cristo, sus oyentes «se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?» (Hch 2.37). En otras palabras, fueron convencidos de sus pecados por las palabras que el Espíritu Santo había inspirado, y querían saber qué hacer para ser salvos.

Pedro les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2.38). El Espíritu Santo no solo los convenció de sus pecados mediante la predicación de los apóstoles, también les reveló lo que tenían que hacer para ser salvos: al creer

en Cristo, habían de arrepentirse y ser bautizados.

*La continuación de la promesa.* Jesús prometió que vendría el Consolador, y el Espíritu Santo vino sobre los apóstoles el día de Pentecostés. Por supuesto, la obra del Espíritu Santo no terminó el día de Pentecostés. Continuó estando con los apóstoles: para guiarlos, dirigirlos y ayudarles en su labor para que no se quedaran sin dirección. Así como habían tenido a Jesús a su lado durante Su ministerio terrenal, desde ese momento tenían al Espíritu Santo para «[guiarlos] a toda la verdad» (16.13). Mientras predicaban y enseñaban, guiaban a las iglesias y escribían los documentos que ahora forman el Nuevo Testamento, fueron guiados por el Espíritu. Saber que estaban recibiendo guía divina en todos sus ministerios tuvo que haberles traído un gran consuelo.

¿Qué de nosotros? ¿Deberíamos esperar recibir al Espíritu Santo, el Consolador, de la misma manera que lo hicieron los apóstoles? ¿Podemos reclamar todas las promesas que se les hicieron? ¿Podemos esperar, por ejemplo, una guía divina y milagrosa? ¿Guía el Espíritu personalmente a las personas a toda la verdad como lo hizo con los apóstoles? ¿Nos recordará todas las cosas como lo hizo por los apóstoles?

Algunos piensan hoy que todas estas promesas iban destinadas a ellos. Los miembros de algunos grupos religiosos creen que el Espíritu Santo provee guía divina milagrosa hoy, así como sucedió con los apóstoles.

Promesas solo para los apóstoles. Sin embargo, tenemos que entender que el discurso en Juan 14–16 fue para los apóstoles y aplicaba específicamente a ellos. Encontramos indicaciones que solo los apóstoles constituyeron la audiencia de Jesús en este momento y que el discurso de Jesús no fue dirigido directamente a nadie más que a estos apóstoles:

En el texto, los diálogos se intercalan a lo largo de este discurso, y siempre los demás oradores fueron apóstoles. Tomás, uno de los apóstoles, tuvo algo que decir en 14.5. Felipe, otro apóstol, hizo una solicitud en 14.8. Judas, no Iscariote, otro de los apóstoles, dijo algo en 14.22. Los discípulos (apóstoles) hablaron entre ellos en 16.17, 18, y le hablaron a Jesús en 16.29, 30.

Jesús dijo: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros...?» en 14.9, por lo que es claro que estaba hablándoles específicamente a

los apóstoles.

La referencia de Jesús en 14.16 a «otro Consolador» revela que Jesús había sido su consolador o ayudante personal hasta ese momento.

Las palabras «os recordará todo lo que yo os he dicho» (14.26) hablan solo de la asociación personal de Jesús con los apóstoles.

Jesús dijo que los había elegido en 15.16. Estas palabras se ajustan a los apóstoles mucho mejor que a todos los cristianos.

Jesús dijo: «Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio» (15.27). Esta declaración aplica a los apóstoles, que fueron comisionados por Cristo.

Jesús dijo: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar» (16.12). Una vez más, las palabras de Jesús se ajustan mejor a los apóstoles.

En Juan 17, Jesús oró por los hombres que Dios le había dado (17.6–19), en contraste con el mundo (17.9, 14) y con aquellos que luego creerían (17.20–24). Por lo tanto, estaba orando por los apóstoles.

Estas promesas relacionadas con la venida del Consolador fueron hechas a los apóstoles. No debemos esperar hoy el mismo tipo de guía milagrosa divina que ellos recibieron.

Una posible objeción a la anterior posición es que si los versículos relacionados con el Consolador aplican sólo a los apóstoles, entonces, otras enseñanzas en el discurso aplicarían únicamente a ellos. Si este fuera el caso, por ejemplo, no podríamos aplicar las palabras de Jesús acerca de partir a prepararnos un lugar para nosotros y recibirnos a Sí mismo (14.1–3) hoy.

En respuesta, diríamos que el contexto tiene que determinar si una enseñanza particular en este discurso aplica directamente a los cristianos hoy o solo aplica a la labor de los apóstoles. Con respecto a Juan 14, podemos concluir que cualquier lugar que Jesús haya preparado para los apóstoles, también lo ha preparado para nosotros.

Promesas que aplican a nosotros. La respuesta a la pregunta «¿Están destinadas a nosotros las promesas que Jesús les hizo a los apóstoles acerca del Consolador?» es a la vez «sí» y «no». Tenemos que decir «no», ya que no podemos esperar recibir el tipo de guía divina milagrosa que ellos recibieron. A los apóstoles se les dio una responsabi-

lidad especial; tuvieron un papel especial en el establecimiento y guía de la iglesia del Señor. Para cumplir su tarea, necesitaban la guía milagrosa del Espíritu Santo. Sin embargo, los apóstoles no tuvieron sucesores. Fueron guiados a toda la verdad (16.13). Después del tiempo de los apóstoles, no quedó ninguna verdad a ser revelada; así que no se necesitaban más apóstoles, y no se requirió ni se dio más guía divina milagrosa.

También podemos responder a la pregunta con un «sí», en el sentido de que el Espíritu Santo todavía está haciendo hoy lo que hizo durante el siglo primero por medio de los apóstoles. Los apóstoles son parte del fundamento de la iglesia (Ef 2.20). Mediante su enseñanza, la iglesia nació y exhibió ciertas características. Además, mediante sus enseñanzas registradas en el Nuevo Testamento, la iglesia continúa haciendo lo que el Señor desea que haga, dando gloria a Dios. Mientras Jesús guió la iglesia del siglo primero por medio de las palabras habladas de los apóstoles, hoy, Él guía a Su iglesia por medio de las palabras que ellos escribieron en el Nuevo Testamento.

Por medio del Nuevo Testamento, el Consolador nos guía a toda verdad religiosa. Todo lo que necesitamos saber para ser salvos, permanecer salvos y agradar a Dios en nuestra adoración se encuentra en la Biblia. Por medio del Nuevo Testamento, el Espíritu sigue dando testimonio con respecto a Cristo. Todo lo que sabemos con certeza acerca de Cristo proviene del Nuevo Testamento. Además, las Escrituras inspiradas por el Espíritu continúan convenciendo a las personas de pecado. Los que leen el Nuevo Testamento con la mente abierta aprenderán que ellos son pecadores necesitados de salvación, así como las personas en el día de Pentecostés aprendieron esta verdad de los apóstoles inspirados por el Espíritu Santo.

Los lectores sinceros del Nuevo Testamento serán convencidos de su pecado y su necesidad de un Salvador. A medida que se les enseña el mensaje del evangelio, el Espíritu Santo les revelará, como lo hizo con aquellos que escucharon la predicación de Pedro el día de Pentecostés, que para ser salvos tienen que creer en Cristo, arrepentirse de sus pecados y ser bautizados para el perdón de los pecados.

Hay consuelo en saber que el Consolador, el Espíritu Santo, todavía está trabajando en el mundo hoy mediante la predicación del evangelio. No tenemos que preguntarnos si podemos recibir una guía desde arriba. Sabemos por la Biblia que a Dios

le importa lo suficiente como para enseñarnos qué hacer para complacerle. Sabemos que las palabras de los apóstoles son verdaderas porque el Consolador, el Espíritu de verdad, los guió a toda la verdad. Tenemos las enseñanzas de los apóstoles en la Palabra de Dios. ¡Tenemos en la Biblia todo lo que necesitamos saber para ser salvos!

*Conclusión.* El Espíritu Santo sigue realizando Sus funciones por medio de la Palabra de Dios. El poder de «convencimiento» o «conversión» del Espíritu Santo continúa incluso hoy. Por lo tanto, podemos tener confianza, mientras enseñamos y predicamos la Palabra de Dios, de que algunas personas que escuchen el mensaje del evangelio serán convencidas y se volverán a Cristo.

Si usted aún no ha sido salvo, entonces necesita escuchar y responder a la predicación de la Palabra. En ella y por medio de ella, aprenderá acerca de Cristo y cómo puede ser salvo. Escuche y obedezca los mandamientos de creer en Cristo como el Hijo de Dios, arrepíntase de sus pecados y bautícese en Cristo para la remisión de sus pecados.

Coy Roper

---

(Viene de la página 11)

«Esto os mando: Que os améis unos a otros» (vea 1ª P 1.22; 1ª Jn 4.11, 20, 21).

En vista de que somos amigos de Jesús, debemos amar a Sus otros discípulos, nuestros hermanos cristianos. Siempre debemos tratarlos bien en nombre de Él. Tenemos que aprender a actuar para con ellos de la manera en que Jesús actuó para con Sus discípulos (vea 13.34, 35).

En 1ª Juan 1.7, leemos: «... pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». Nuestro «[andar] en la luz», o ser discípulos fieles, tendrá dos resultados: uno es que seremos limpios de pecado. La sangre de Cristo nos limpiará continuamente mientras buscamos constantemente hacer la voluntad de Cristo. La otra es que tendremos «comunión unos con otros». Si somos verdaderamente discípulos de Jesús, amigos de Jesús, fomentaremos esa relación amándonos unos a otros.

*Obedecer a Jesús.* Tenemos que obedecer a Jesús, en vista de que somos Sus amigos. Jesús dijo: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (15.14). Ese versículo nos recuerda lo que Jesús dijo en el capítulo anterior: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (14.15; vea

14.21, 23; 15.10; 1ª Jn 5.3). Jesús dijo que aquellos que son Sus amigos hacen Su voluntad u obedecen Sus mandamientos.

Es necesario que recordemos ese hecho. A veces las personas intentan contrastar el amor y la obediencia. Si alguien predica sobre guardar mandamientos, esas personas objetan: «No debería predicar tanto sobre la obediencia. Dios no desea simplemente que obedezcamos Sus mandamientos; Él desea que le amemos».

Cualquier persona que hace tal argumento está estableciendo una falsa dicotomía: Está imaginando una contradicción que no existe. No hay conflicto entre amar y guardar mandamientos. Si usted ama a su país, con gusto obedecerá sus leyes. Una mujer que ama a su marido no se opondrá a seguir su guía. Los hijos que aman a sus padres los obedecerán. Del mismo modo, si realmente amamos a Jesús, felizmente haremos lo que Él dice.

Ser amigo de Cristo es como andar al lado de Él en el camino al cielo. Nos ayuda, nos guía y nos mantiene en marcha. Sin embargo, dos cosas nunca hará: si nos apartamos del camino, Él no se apartará del camino para andar en la dirección equivocada; ni tampoco permitirá que nosotros decidamos qué giros y vueltas tomar en el camino al cielo. Esa es Su prerrogativa, no la nuestra, marcar el rumbo que lleva el camino. En otras palabras, tenemos que seguir Sus requisitos; tenemos que obedecer cuidadosamente lo que Él dice que debemos hacer para llegar al cielo. Él camina firmemente hacia el cielo, y nos permite caminar con Él; ¡sin embargo, solo Él puede determinar la forma de llegar allí!

Jesús es su Amigo, y con gusto le llevará al cielo con Él. Sin embargo, Él puede hacerlo solo si usted le obedece (vea Ro 6.17, 18; He 5.8, 9).

*Conclusión.* En cierto sentido, podemos decir que Jesús es un Amigo de todos, así como podemos decir que Jesús es el Salvador de toda la humanidad. Sin embargo, aunque Jesús es el Salvador de todos, no todos son salvos. ¿Por qué? Debido a que algunos rechazan el ofrecimiento de la salvación que Jesús le ofrece a todos. Igualmente, Jesús ofrece Su amistad a todos, pero algunos se niegan a aceptarla. No son realmente Sus amigos; más bien, son Sus enemigos (vea Stg 4.4).

¡Jesús desea ser su Amigo! Si usted no es Su amigo, no es porque sea elección de Él. Él le aceptará ansiosamente como amigo si se vuelve a Él con fe y obediencia.

Coy Roper



# La tristeza se convertirá en gozo

## (16.16–33)

### «TODAVÍA UN POCO» (16.16–24)

<sup>16</sup>Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre. <sup>17</sup>Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre? <sup>18</sup>Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla. <sup>19</sup>Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis? <sup>20</sup>De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. <sup>21</sup>La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. <sup>22</sup>También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. <sup>23</sup>En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os lo dará. <sup>24</sup>Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.

**Versículo 16.** Con la conclusión de las palabras de Jesús acerca del Espíritu, había llegado el momento de que Sus últimas palabras fueran pronunciadas a los discípulos. Las palabras fueron en respuesta a su triste reacción al anuncio de Jesús de Su partida para ir al Padre (16.4b–6).

En esta sección, 16.16–24, Jesús abordó las

dificultades de comprensión de los discípulos. Les aseguró que su dolor se convertiría en gozo (16.20); a su debido tiempo, después de recibir el Espíritu, las implicaciones de las palabras de Jesús se volverían más claras. Jesús declaró de manera críptica: **Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis.** La frase «un poco» traduce μικρόν (*mikron*), que aparece siete veces en 16.16–19 y recuerda instancias anteriores en 7.33; 12.35; 13.33; y 14.19. El primer uso de «un poco» en este contexto seguramente tiene que referirse al tiempo hasta la muerte inminente de Jesús, después de lo cual Sus apóstoles «no [le verían]». Sin embargo, este «un poco» antes de Su partida fue seguido por el «un poco» que precedió a los discípulos viéndole nuevamente.

¿Se refería la declaración de Jesús «me veréis» después del segundo «un poco» a Sus apariciones de resurrección, a la venida del Espíritu o a Su segunda venida? (Vea comentarios sobre 14.2–4, 18, 19.) En este contexto, Jesús probablemente estaba refiriéndose a Su partida en la muerte y Su regreso después de Su resurrección, cuando ministraría durante unos cuarenta días antes de Su ascensión (Hch 1.1–11). Si ese es el caso, Jesús estaba diciendo que, en unas pocas horas (al día siguiente), Sus seguidores ya no le «verían» (θεωρέω, *theōreō*) porque sería crucificado. Luego, después de un corto tiempo (desde Su muerte hasta Su resurrección), le «verían» (ὁράω, *horaō*) a Él porque regresaría del sepulcro. Algunos estudiosos han observado que el primer verbo fue usado por Juan para la vista corporal (vea 2.23), mientras que el segundo a menudo denota una visión perspicaz que involucra comprensión mental o espiritual (vea 1.51). Dada la forma en que Juan usó algunas palabras indistintamente (por ejemplo ἀγαπάω [*agapaō*] y φιλέω [*phileō*]; vea 11.3, 5), es difícil mantener esta

distinción. Es posible que los verbos no indiquen ningún cambio en el significado, sino que solo reflejen el estilo de escritura de Juan.

**Versículos 17–19.** Las palabras de Jesús fueron desconcertantes para los **discípulos**. (Los judíos habían reaccionado de la misma manera a una expresión similar en 7.33–35.) Por primera vez desde que Judas (no el Iscariote) había expresado confusión sobre lo que Jesús estaba diciendo (14.22), los discípulos hablaron. Esta interrupción terminó el monólogo más extenso de Jesús en el Evangelio (14.23—16.16). Los discípulos expresaron su incomprensión repitiendo las palabras de Jesús en 16.16 y relacionándolas con lo que había dicho en 16.10 acerca de ir **al Padre** (16.17).<sup>1</sup> Parece que su pregunta (16.18) se centró un poco en los diferentes usos de la frase **Todavía un poco**. En 16.17, la palabra **dijeron** es literalmente «estaban diciendo», ya que el verbo ἔλεγον (*elegon*) está en tiempo imperfecto. En otras palabras, los discípulos se mantenían preguntándose unos a otros qué quería decir Jesús. No se puede determinar si los discípulos se susurraban entre ellos o conversaban más abiertamente mientras caminaban a poca distancia de Jesús. En cualquier caso, el lenguaje de Jesús era confuso para ellos.

Los discípulos seguían pensando en un nivel físico y estaban convencidos de que el Mesías establecería un reino terrenal. Frederic Louis Godet dijo: «Las objeciones de los discípulos son naturales, desde su punto de vista. Donde para nosotros todo está claro, para ellos todo era misterioso. Si Jesús desea fundar el reino mesiánico, ¿por qué partir? Si no lo desea, ¿por qué volver?»<sup>2</sup> Si de hecho Jesús era el Mesías, como parecen haber estado convencidos en este momento, entonces Sus declaraciones no coincidían con las nociones materialistas de ellos.

Si bien los discípulos deseaban preguntarle a Jesús acerca de Sus palabras, ninguno de ellos expresó abiertamente ese deseo. Aún así, **Jesús conoció** de la confusión de ellos (16.19). A lo largo de Su ministerio, había sido evidente que el conocimiento de Jesús era sobrenatural (vea 1.47, 48; 2.24, 25; 4.17, 18; 6.61, 64). Sin embargo, Juan

<sup>1</sup> La NKJV tiene una lectura más extensa de 16.16, incluyendo las palabras «porque voy al Padre»; sin embargo, los mejores textos reflejan la interpretación más corta del versículo, como se refleja en la NASB y otras traducciones.

<sup>2</sup> Frederic Louis Godet, *Commentary on John's Gospel (Comentario sobre el Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1978), 875.

probablemente no quería que sus lectores llegaran a la conclusión en este caso de que el conocimiento de Jesús se debía a una habilidad sobrenatural. Como se aseveró anteriormente, los discípulos no estaban lejos de Él. Jesús, al percibir la confusión de ellos debido a sus susurros y conversaciones, sabía lo que estaban pensando y comenzó a responderles repitiendo las palabras de ellos en 16.17.<sup>3</sup>

**Versículo 20.** Como se ha descrito a lo largo de este Evangelio, Jesús no les dio una respuesta directa a los discípulos; los eventos que pronto tendrían lugar les aclararían las cosas. Aunque no usó la frase «un poco» después de 16.19, esta se convirtió en el centro de Su discurso. No pasó por alto la confusión de ellos sobre el significado de Sus palabras «porque yo voy al Padre» (16.17). Se referiría a esto más tarde, en 16.28. Jesús comenzó Su respuesta con la doble afirmación **De cierto, de cierto** (vea comentarios sobre 1.50, 51), enfatizando la importancia de lo que estaba por decir.

Jesús contrastó el dolor de los discípulos, indudablemente por Su muerte, con la alegría del **mundo**. Esta expresión incluía a judíos y a romanos, que pensarían que finalmente se habían librado de Aquel que durante tanto tiempo había sido una amenaza para ellos.

Los discípulos [**llozarían**] (κλαίω, *klaiō*) y [**lamentarían**] (θρηνέω, *threneō*). «Estos son los verbos utilizados de los fuertes lamentos y lamentaciones habituales en el oriente después de una muerte».<sup>4</sup> El primero ocurre en 11.31, 33; 20.11, 13, 15, mientras que el último ocurre solo aquí en Juan e «indica el canto de las endechas fúnebres».<sup>5</sup> El término «lamentaréis» se usa para la acción de las mujeres que siguieron a Jesús hasta Su crucifixión (Lc 23.27). Se dice que María Magdalena estuvo de pie afuera del sepulcro en la mañana de la resurrección, llorando (*klaiō*; 20.11). Jesús usó el enfático **vosotros** (ὁμοίς, *humeis*), indicando un contraste entre los discípulos y el «mundo». La **tristeza** (λύπη, *lupē*) de Sus seguidores, típica de la causada por la muerte, sería breve y se convertiría en **gozo** (χαρά, *chara*). Nuevamente,

<sup>3</sup> La cita de los discípulos no corresponde exactamente a la declaración original de Jesús en 16.16, ya que las palabras de Jesús incluyen οὐκέτι (*ouketi*), que quiere decir «ya no», en lugar de οὐ (*ou*), que quiere decir «no».

<sup>4</sup> J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegetico del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:514.

<sup>5</sup> George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 285.

Jesús enfatizó con *humeis* que eran los apóstoles quienes sufrirían tristeza. Esta tristeza no había de ser simplemente reemplazada con gozo; más bien, la tristeza había de ser transformada en gozo. La razón misma de la tristeza se convertiría en una cuestión de gozo. El mismo evento que causaría su dolor, la muerte de Jesús en la cruz, daría como resultado su gozo.

**Versículos 21, 22.** Para instruir a los discípulos sobre la naturaleza de la transición que experimentarían de la tristeza al gozo, Jesús usó la ilustración de una mujer en labores de parto (vea Is 13.8; 21.2, 3; 26.17, 18; 66.7–14; Jer 13.21; Miq 4.9, 10). Él dijo: **La mujer cuando da a luz, tiene dolor [...] pero después que ha dado a luz un niño [literalmente, “un ser humano”, ἄνθρωπος, *anthrōpos*], ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo.** De manera similar, el dolor que los discípulos pronto experimentarían cuando Jesús fuera arrestado y muerto en la cruz se convertiría en **gozo**, porque Jesús vería a los discípulos nuevamente. La fuente de su tristeza se convertiría en la fuente de su gozo. Aunque Jesús no lo explicó, parece claro que esta es otra referencia a Sus apariciones de resurrección, que serían registradas más adelante (vea 20.20, 27). Los discípulos estaban tristes **ahora** y estarían desconsolados por la muerte del Señor de gloria. Al igual que una madre que olvida el dolor involucrado en el nacimiento de su hijo, los discípulos, después de la resurrección, olvidarían su tristeza. Sería convertido en un gozo tan magnífico que **nadie** podría [quitarles]. Jesús no quiso decir que los discípulos nunca más experimentarían tristeza. Tras Su resurrección, llegarían a comprender lo que Jesús había estado diciendo y haciendo de tal forma que tendrían un gozo diferente a todo lo que podría dar el mundo. Los discípulos experimentarían gozo como resultado de una nueva forma de ver las cosas; incluso afectaría la forma en que veían sus propias vidas.

**Versículos 23, 24.** La frase «aquel día» se usa en Mateo 24.36 para referirse al fin de los tiempos. Sin embargo, en el Evangelio de Juan, **aquel día** se usa en 14.20 y 16.23, 26 para referirse a un tiempo claramente *anterior* a la segunda venida de Cristo. La mayoría de los comentaristas interpretan la frase como en referencia a la resurrección de Jesús, cuando la tristeza de los discípulos se convertiría en gozo (16.20) y pudieran comprender más plenamente lo que Jesús había estado enseñando. Más probablemente, la frase «aquel día»

se refiere aquí al día en que Jesús daría el Espíritu a los apóstoles, y ese día fue el primer Pentecostés después de la resurrección (vea Hch 2.1–4). Según B. F. Westcott, «“Aquel día” comienza con Pentecostés y se consuma en el Regreso».<sup>6</sup> En contraste, J. H. Bernard dijo que, mientras «el día de Pentecostés es descrito en Hechos 2 como un Día en el que se manifestó un don especial de poder espiritual, [...] para [Juan] el Día del Advenimiento del Espíritu es el Día de la Resurrección de Jesús». Bernard continuó diciendo que la frase «significa la nueva Dispensación o Era del Espíritu, que comenzó con la Resurrección».<sup>7</sup> Claramente, la resurrección significó un nuevo comienzo, sin embargo, no debe considerarse como el comienzo de «la nueva Dispensación». Ese comienzo no tendría lugar hasta que los apóstoles fueran empoderados con el descenso del Espíritu Santo (vea Lc 24.49; Hch 1.8; 2.1–4). Quizás sería mejor decir que, cuando Jesús partió y luego regresó de entre los muertos como lo había prometido (vea comentarios sobre 16.16), los apóstoles le verían y en ese momento entenderían muchas cosas que les había estado diciendo. Obviamente, tendrían un gozo y un entendimiento que no habían experimentado antes de la resurrección. Sin embargo, con la venida del Espíritu, toda su confusión se disiparía, en vista de que tendrían un conocimiento aún mayor. Además, tendrían una nueva concepción de la oración y su poder, así como el lugar de Jesús en sus oraciones.

La cláusula **no me preguntaréis nada** está abierta a cualquiera de dos interpretaciones posibles: 1) «No me harán preguntas» o 2) «No pedirán nada de mí». Los discípulos le habían hecho muchas preguntas a Jesús, especialmente en el aposento alto (13.6, 25, 36, 37; 14.5, 22). En este contexto, deseaban preguntarle acerca de Su enigmática declaración que se encuentra en 16.16. Cuando recibieran el Espíritu Santo, este deseo desaparecería porque el Espíritu les enseñaría todas las cosas, les recordaría las enseñanzas de Jesús y los guiaría a toda la verdad (14.26; 16.13). Si bien es cierto, nada en el contexto inmediato sugiere que Jesús estaba hablando de la obra del Espíritu. Además, en el texto griego, «me» (ἐμέ, *eme*) está en la posición enfática, ocurriendo antes

<sup>6</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 233.

<sup>7</sup> Bernard, 2:516.



del negativo y el verbo (literalmente, «A mí, no preguntarán sobre nada»). Esta disposición enfática sugiere un contraste con el Padre en la siguiente cláusula. Por lo tanto, «No pedirán nada de mí» es la interpretación preferida. Los discípulos le habían pedido a Jesús durante Su ministerio personal, sin embargo, después de Su partida ya no podrían acercarse a Él cara a cara. Esto sería una gran ventaja, no una desventaja, para ellos. Jesús prometió con la doble afirmación **De cierto, de cierto** (vea comentarios sobre 1.50, 51), indicando su importancia, que tendrían comunicación directa con **el Padre**. Si pedían algo en el **nombre** de Jesús, les sería dado. El contraste en 16.23, entonces, es entre pedirle a Jesús cara a cara y pedirle al Padre en el nombre de Jesús después de haber ascendido al cielo (vea comentarios sobre 14.13, 14; 15.7, 8).

Algunos podrían objetar que este contraste no era el que Jesús estaba estableciendo, sobre la base de que la palabra para **preguntaréis** (ἐρωτάω, *erōtaō*) en la primera parte del versículo es diferente de la palabra para **pidiereis** (αἰτέω, *aiteō*) en la segunda parte. Sin embargo, no hay una distinción significativa entre las dos. Este hecho queda claro en Hechos 3, donde el versículo 2 dice que el hombre cojo era puesto a la puerta del templo para que «pidiese» (*aiteō*), mientras que el versículo 3 dice que el hombre «rogaba» (*erōtaō*). A lo largo del Evangelio de Juan, se usan palabras griegas con significados similares de manera intercambiable.

Los discípulos habían hecho muchas peticiones a Jesús; pero, **hasta ahora nada [habían] pedido en [el] nombre** de Jesús. Con la llegada de la nueva dispensación, las cosas serían diferentes; tendrían una nueva relación con Jesús y el Padre (vea 14.23). Habiendo recibido el privilegio de la oración en el nombre de Jesús, a los discípulos se les alentó a **[pedir]** para **[recibir]**. La palabra griega para «pedir» es αἰτεῖτε (*aiteite*), un imperativo presente durativo que implica pedir continuamente. Los discípulos habían de «estar pidiendo» o «seguir pidiendo». Jesús declaró que el motivo de este continuo pedir era **para que vuestro gozo sea cumplido**. Jesús deseaba que Sus discípulos inmediatos y todos los discípulos tuvieran un gozo inexpresable. Si bien los discípulos enfrentarían varias pruebas, el gozo que sería de ellos jamás les podría ser quitado. Este gozo estaba íntimamente relacionado con la oración. Jesús exhortó a Sus discípulos a orar para tener gozo en el más alto grado. De ninguna otra manera podría su gozo «ser cumplido».

## LA VICTORIA DE JESÚS SOBRE EL MUNDO (16.25–33)

<sup>25</sup>Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. <sup>26</sup>En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, <sup>27</sup>pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. <sup>28</sup>Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.

<sup>29</sup>Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices. <sup>30</sup>Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios. <sup>31</sup>Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? <sup>32</sup>He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. <sup>33</sup>Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.

**Versículo 25.** Jesús comenzó esta sección con una sexta aparición de la expresión **Estas cosas os he hablado...** (ταῦτα λελάληκα, *tauta lelalēka*). Las palabras aparecen por última vez en 16.33 (vea comentarios sobre 15.11). En cada caso, la referencia es a lo que se había hablado anteriormente. Jesús hizo un contraste entre el lenguaje en **alegorías** (παροιμία, *paroimia*; vea comentarios sobre 10.6) y la instrucción simple. «Estas cosas» se refiere primordialmente a Sus «alegorías», sobre todo el discurso comenzado en 16.16 con Su lenguaje críptico acerca de Su partida y la analogía de la mujer en labores de parto (16.21). Aunque esta fue la referencia inmediata de Jesús, se podría decir fácilmente que el lenguaje en alegorías constituía gran parte de Su discurso. El uso que Jesús hace de este tipo de lenguaje es evidente en Sus parábolas en los Evangelios Sinópticos. Marcos 4.34 dice que Jesús «sin parábolas no les hablaba [a las multitudes]; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo». En el texto que nos ocupa, Jesús había estado hablándoles a Sus discípulos en «alegorías» (*paroimia*), pero dijo que de aquí en adelante les hablaría **claramente** (παρρησία, *parrēsia*). Esta palabra se usó anteriormente en Juan, no solo para indicar la naturaleza pública de algunas de las enseñanzas de Jesús (7.4, 26; 11.54),

sino también para denotar lo que dijo «claramente» en oposición a Sus «alegorías» (vea 10.24; 11.14).

Jesús dijo que **la hora [venía]** cuando todo esto cambiaría y que Él hablaría «claramente» **del Padre**. La expresión «la hora viene» es la misma de 16.2 y aparece nuevamente en 16.32. Probablemente no signifique nada más que «se acerca un momento», como se refleja en la NIV. Se esperaría que esa «hora» sea cuando los apóstoles fueran iluminados por la venida del Espíritu Santo en Pentecostés y recibieran más enseñanza (vea 16.12–15). La frase parece estar relacionada con «aquel día» de 16.23, 26. Sin embargo, según la respuesta de los discípulos (16.29), parece que el mensaje de Jesús que sigue a 16.25 fue expresado en un lenguaje claro y no de alegorías (16.26–28). Quizás los discípulos en ese momento estaban comenzando a comprender las implicaciones de algunas de las enseñanzas de Jesús. Tendrían una mejor comprensión después de la resurrección, en vista de que verían por sí mismos el cumplimiento de algunas de las enseñanzas de Jesús. Tendrían una comprensión completa sobre la recepción del Espíritu Santo en Pentecostés. Solo una mirada superficial al Libro de los Hechos muestra que se produjo un cambio radical en la vida de los apóstoles. Leon Morris habló de «una certeza, una convicción, que no podría tener lugar hasta después de los eventos narrados en los Evangelios».<sup>8</sup>

**Versículos 26, 27.** Con la venida del Espíritu Santo en **aquel día** (vea comentarios sobre 16.23, 24), ya no sería necesario que el Hijo le pidiera al Padre en nombre de los discípulos. Tendrían una comprensión más completa sobre el Padre, infundiéndoles confianza en su acercamiento a Él en oración. El hecho de que ellos harían sus peticiones al Padre en el **nombre** de Jesús no quiere decir que los discípulos carecían de acceso directo **al Padre** o que ese pedido había de hacerse a Jesús, como si Éste fuera más misericordioso que el Padre. La unidad total del Padre y el Hijo es enseñada aquí, así como en el siguiente versículo. Las Escrituras enseñan en otra parte que Jesús fue un intercesor para Sus discípulos en general (Ro 8.34; He 7.25; 1ª Jn 2.1), y ciertamente fue así para los apóstoles. Pedir en el nombre de Jesús es pedir sobre la base de la Persona y la obra de Jesús, reconociendo que Él es el único camino al Padre (vea comentarios

<sup>8</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed. The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 629.

sobre 14.13, 14). Debido a la obra redentora terminada de Jesús que culminó con Su sacrificio en la cruz, los discípulos podrían tener acceso directo a Dios mediante la oración.

Jesús luego dio la razón por la que no tenía necesidad de persuadir al Padre para estar atento a las oraciones de los discípulos: **pues el Padre mismo os ama**. Según C. K. Barrett, Jesús estaba diciendo: «El Padre mismo, por su propia voluntad, los ama y no necesita de mi persuasión».<sup>9</sup> Barrett hizo notar además que la enseñanza de Jesús en 16.26, 27 fue una elaboración de 15.13–15, «donde los discípulos son llamados φίλοι [*philoí*, “amigos”] de Jesús, ya que con él forman un círculo único de amor. En el presente pasaje, el punto es que el Padre mismo se encuentra dentro de este círculo».<sup>10</sup> Los discípulos tenían una relación apropiada con el Padre porque [**amaban**] y [**creían**] en el Hijo. Por lo tanto, Jesús no tendría que persuadir al Padre para que aceptara las oraciones de ellos como válidas. El Padre las recibía.

**Versículo 28.** Considerado por muchos eruditos como una declaración de la misión de Jesús, George R. Beasley-Murray identificó este versículo como «el corazón de este Evangelio».<sup>11</sup> «Resume toda la verdad sobre Jesús, a saber, Su origen divino, Su encarnación, muerte y exaltación».<sup>12</sup> El versículo refleja todo lo siguiente:

Su misión como representante del Padre (**Salí del Padre**; vea 3.16, 17);

Su encarnación (... y **he venido al mundo**; vea 1.10, 14);

Su partida del mundo en Su muerte (**otra vez dejo el mundo**; vea 14.19);

Su regreso al Padre y Su exaltación (... y **voy al Padre**; vea 16.10, 17).

Los verbos para «salí» (ἐξῆλθον, *exēlthon*) y «he venido» (ἐλήλυθα, *elēlutha*) dan un significado especial a la declaración de Jesús. «El primer tiempo [un aoristo] reconoce que la encarnación tuvo lugar en un momento particular en el tiempo; el segundo [un perfecto] reconoce su efecto duradero».<sup>13</sup> La

<sup>9</sup> C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 496.

<sup>10</sup> *Ibíd.*

<sup>11</sup> Beasley-Murray, 287.

<sup>12</sup> Owen E. Evans, *The Gospel According to St John (El Evangelio según San Juan)*, Epworth Preacher's Commentaries (London: Epworth Press, 1965), 173.

<sup>13</sup> Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–*

venida de Jesús al mundo fue importante, porque no podría haber sido el Salvador del mundo sin haber venido. Su ir «al Padre» (14.12, 28; 16.10, 17, 28) fue importante porque significaba el cumplimiento de Su misión y la aprobación del Hijo de parte del Padre.

**Versículos 29, 30.** Jesús dijo en 16.25 que vendría un tiempo en el que usaría un lenguaje claro (vea comentarios sobre 16.25). Mientras Jesús continuaba hablando con los **discípulos**, el desconcierto que habían experimentado anteriormente comenzó a dar paso a la comprensión. Luego proclamaron que Jesús estaba **[hablando] claramente, y ninguna alegoría [decía]**. Pensaban que su confusión sobre la partida de Jesús se había aclarado en sus mentes, pero los lectores astutos dudan de que realmente fuera así. Es poco probable que la comprensión de los discípulos fuera mejor que antes. Su reclamo era prematuro, ya que el cumplimiento de la promesa de iluminación de parte de Jesús aún estaba en el futuro. Al parecer, pensaron que las promesas de 16.23, 24 y 26 se habían cumplido; sin embargo, el cumplimiento no tendría lugar hasta «aquel día» (vea comentarios sobre 16.23, 24, 26, 27).

La confianza de los discípulos es evidente en la repetición de la palabra **ahora** en 16.29, 30. Sentían confianza incluso antes de la muerte, resurrección y exaltación de Jesús y la venida del Espíritu. En 16.30, dijeron: **Ahora entendemos que sabes todas las cosas**. Jesús vio la perplejidad de ellos con respecto a Su partida y Su regreso al Padre (16.17, 19). Su declaración de que Jesús sabía todas las cosas probablemente no era una afirmación de que era omnisciente, sino un reconocimiento de la capacidad de Jesús para discernir los pensamientos de ellos. Es por eso que no **[necesitaba] que nadie [le] [preguntara]** nada. Los discípulos estaban tan impresionados de que Jesús sabía y atendió sus preocupaciones que no se atrevieron a hacerle ninguna pregunta. Una vez más, la penetrante visión de Jesús fue obvia. Él conocía sus pensamientos y había respondido sus preguntas. Él conocía los pensamientos e intenciones del corazón (vea 2.25). Tener plena confianza en que Jesús sabía todas las cosas les dio a los discípulos la seguridad de que Él había venido de Dios: **por esto creemos que has salido de Dios**. En vista de 16.32, probablemente se deba llegar a la conclusión

xxi) (*El Evangelio según Juan [xiii-xxi]*), The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 725.

de que su proclamación de fe fue inadecuada; aun así, expresaron seguridad y confianza en Jesús.

**Versículos 31, 32.** La respuesta de Jesús a los discípulos en 16.31 fue muy parecida a la que le dio a Pedro en 13.38: Repitió la aseveración de ellos y la siguió con una advertencia. En el caso de Pedro, Jesús repitió la afirmación de Pedro en forma de pregunta, que es la forma en que la mayoría de las traducciones dan la respuesta de Jesús a los discípulos. (La Reina-Valera tiene **¿Ahora creéis?**) Sin embargo, las palabras de Jesús deben interpretarse como una declaración. Algunos leen la declaración como una exclamación, como se refleja en la NIV: «¡Por fin creen!». D. A. Carson la presentó de esta manera en su traducción literal: «¡Ahora creen!». <sup>14</sup> Parece más razonable leerlo como una declaración. El énfasis en las palabras de Jesús estaba en ἄρτι (*arti*), que se traduce como «ahora». A diferencia de νῦν (*nun*), que quiere decir «ahora» en 16.29, 30, *arti* quiere decir «más que un simple punto en el tiempo [...] Sugiere un estado en particular, una crisis [16.12; vea 13.7, 33; Ap 12.10]». <sup>15</sup> Jesús estaba esencialmente diciendo: «En este momento creen».

En lo que respecta al momento, Jesús no negó que los discípulos tuvieran un grado de fe; reconoció la fe de ellos en 16.27. Aunque su fe era inadecuada, eran (como Pedro en 13.37) sinceros y genuinos en su convicción. Sin cuestionar que creían, Jesús les dio una advertencia, como había advertido a Pedro en 13.38. Incluso con el amor que tenían por Jesús, la fe de ellos no era lo suficientemente fuerte. Jesús dijo, en efecto, «Es cierto que en este momento creen, pero **“He aquí la hora viene, y ha venido ya”** cuando me abandonarán». El hecho de que la hora «ha venido ya» enfatizaba la cercanía de su deserción de Jesús. Le abandonarían esa misma noche. Aunque tenían fe, esa fe no los sostendría; serían **esparcidos cada uno por su lado**. El lenguaje de Jesús recuerda Su declaración en Marcos 14.27, donde citó Zacarías 13.7: «Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas».

Si bien los discípulos abandonarían a Jesús y le

<sup>14</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 548. Morris dijo: «Posiblemente hay algo de énfasis en “ahora” (NIV, “por fin”). En este momento han profesado creer (v. 30), sin embargo, como muestran las siguientes palabras de Jesús, en realidad aún no han llegado a conocer algunas de las consecuencias importantes de la fe en él» (Morris, 632).

<sup>15</sup> Westcott, 236.



dejarían, **no** estaba **solo**, **porque el Padre** estaba con Él. Jesús había dicho previamente que el Padre no le había dejado solo, porque Él siempre hacía las cosas que le agradaban (8.29). Si Jesús no podía contar con el apoyo de los discípulos, podría estar seguro de la presencia y el apoyo del Padre.

**Versículo 33.** Sabiendo que Sus discípulos le abandonarían, Jesús miró más allá de esto a la restauración de ellos y los tranquilizó. Las palabras finales de Jesús para ellos comenzaron con la última aparición de la cláusula **Estas cosas os he hablado** (vea comentarios sobre 15.11). La frase podría referirse solo a la declaración anterior sobre la dispersión de los discípulos sobre el arresto de Jesús. Jesús estaba diciendo que sabía que lo abandonarían, y que no quería que fueran vencidos por la ansiedad, sino que tuvieran paz. Sin embargo, probablemente se refiere a todo el discurso, cuyo propósito era que los discípulos pudieran tener paz.

F. F. Bruce llamó la atención a dos esferas diferentes de existencia: 1) «en mí» y 2) «en el mundo».<sup>16</sup> Todos los discípulos viven en ambas esferas. Jesús les aseguró a los discípulos: **para que en mí tengáis paz**. La frase «en mí», recuerda la alegoría de Jesús sobre la vid y los pámpanos, donde Jesús hizo hincapié en la importancia de permanecer en Él (15.5–7). Aquellos que permanecen en Jesús, manteniendo una relación cercana con Él, pueden tener paz (εἰρήνη, *eirēnē*). Además, podrían «seguir teniendo paz», como se refleja en el verbo que se traduce como «tengáis», un presente subjuntivo activo. La «paz» que tiene el discípulo al permanecer en Jesús se experimenta más a lo interno que a lo externo (vea comentarios sobre 14.27). Es una paz mental y tranquilidad del alma que solo el creyente puede gozar. Es «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» y una paz que «guardará vuestros corazones y vuestros

<sup>16</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 326.

pensamientos en Cristo Jesús» (Fil 4.7).

La paz que bendijo las vidas de los discípulos no los eximía de las pruebas y tribulaciones. Por el contrario, Jesús dijo: **En el mundo tendréis aflicción** (θλίψις, *thlipsis*), refiriéndose al inevitable sufrimiento que soportarían Sus discípulos. La mención de la aflicción para los discípulos en el mundo recuerda las enseñanzas de Jesús sobre el aborrecimiento del mundo para con Sus discípulos (15.18–16.4). A lo largo del Nuevo Testamento, la palabra *thlipsis* se refiere a los sufrimientos de los primeros cristianos (vea Hch 14.22; 20.23; 1ª Ts 3.2–4). Sus experiencias incluyeron «problemas que infligen angustia, opresión, aflicción [y] tribulación».<sup>17</sup>

A pesar de la tribulación que viene del mundo, Jesús exhortó a Sus discípulos a confiar porque dijo: **yo he vencido al mundo**. La frase «he vencido» traduce νενίκηκα (*nenikēka*), un verbo en tiempo presente que quiere decir acción completada con resultados continuos. Jesús había ganado la victoria sobre el mundo, así como había vencido a Satanás, el príncipe de este mundo. La victoria de Jesús es un tema recurrente en 1ª Juan 2.13, 14; 4.4; 5.4, 5. Si bien el mundo podría continuar su ataque, Jesús es victorioso; y los que permanecen en Él son partícipes de esa victoria. Para el mundo, la cruz parecía la derrota de Aquel que les había causado tantos problemas; en realidad, fue una victoria. «Lo venció tanto con debilidad como con fuerza; Él mató a la muerte muriendo; Él conquistó a Satanás, el dios de este mundo, permitiendo que Satanás aparentemente le conquistara».<sup>18</sup> Jesús tenía una misión específica al venir al mundo, y esta misión estaba casi cumplida. Ya Jesús podía hablar de ella como que se había cumplido.

<sup>17</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 457.

<sup>18</sup> Horatius Bonar, *Studies in the Gospel of John (Estudios en el Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1972), 96.

# La oración del Señor

## (17.1-26)

El capítulo 17 sirve como punto culminante del Discurso de Despedida, durante el cual Jesús había estado alentando a Sus discípulos en vista de las dificultades que enfrentarían debido a Su partida. Si bien la inclusión de oraciones en los discursos de despedida era común en la literatura judía y helenística,<sup>1</sup> la oración de Jesús en Juan 17 es única debido a quién era el que estaba ofreciendo la oración y debido al escenario de la oración.<sup>2</sup> El que ofreció la oración fue Jesús, el Hijo de Dios, quien vino en la carne para sufrir y morir para que el mundo pudiera ser salvo. Estaba a punto de experimentar este sufrimiento y muerte y luego resucitar para partir hacia Su Padre. En este contexto, Jesús oró para que el propósito por el cual había sido enviado se cumpliera en Su muerte y mediante Sus seguidores, dando gloria a Dios.

Los Evangelios Sinópticos frecuentemente mencionan las oraciones de Jesús.<sup>3</sup> Aparte de Su oración en Getsemaní y las de la cruz, rara vez se registra el contenido de Sus oraciones. Además de la oración de Juan 17, el Evangelio de Juan registra otras dos oraciones de Jesús: una en la resurrección de Lázaro (11.41, 42) y la otra cuando había llegado la hora de Jesús (12.27, 28). En la tumba de Lázaro, la oración de Jesús fue en beneficio de los que estaban cerca, como lo reflejan Sus palabras (11.42). También podría decirse de 12.27, 28 y de la oración en Juan 17. En esta, la oración más extensa de Jesús en cualquier relato del Evange-

lio, es evidente que las palabras de Jesús fueron pronunciadas en voz alta (17.1; vea Mt 11.25-27). Aunque Jesús estaba hablando con Su Padre, los discípulos podrían haber escuchado Sus palabras y haber sido iluminados acerca de la misión de Jesús y, por lo tanto, su propia misión. Al hablar del alcance general de la oración, B. F. Westcott dijo que fue «a la vez una oración y una profesión y una revelación».<sup>4</sup>

El registro que hace Juan de la oración de Jesús es similar a los relatos sinópticos de Su oración en Getsemaní, pero no son idénticos. Los relatos de las oraciones de Jesús enfatizan Su obediencia («... pero no sea como yo, sino como tú»; Mt 26.39) y especialmente Su agonía (como en la declaración descriptiva «era su sudor como grandes gotas de sangre»; Lc 22.44). Juan 17 es similar en enfatizar la obediencia de Jesús al Padre. Por ejemplo, Él dijo: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (17.4). Sin embargo, este texto no menciona nada sobre Su sufrimiento.

Se pueden ver similitudes entre Juan 17 y «la oración del Señor» en Mateo 6.9-13 y Lucas 11.2-4.<sup>5</sup> 1) «Santificado sea tu nombre» (Mt 6.9; Lc 11.2) es similar a las referencias de Jesús a «tu nombre» en Juan 17.6, 11, 12, 26. 2) La petición «Venga tu reino» (Mt 6.10; Lc. 11.2) puede ser otra forma de expresar Su petición «Padre [...] glorifica a tu Hijo» (17.1). 3) La idea de «no nos metas en tentación» (Mt 6.13; vea Lc 11.4) se refleja en «yo los guardaba»

<sup>1</sup> Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 483.

<sup>2</sup> George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 293.

<sup>3</sup> Vea Mt 11.25-27; 14.23; 19.13; 26.36-44; 27.46; Mr 1.35; 6.46; 14.32-39; 15.34; Lc 3.21; 5.16; 6.12; 9.18, 28, 29; 10.21, 22; 11.1; 22.41-45; 23.34, 46.

<sup>4</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimpr., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 237.

<sup>5</sup> El título «la Oración del Señor» es un nombre inapropiado, ya que Jesús en realidad no pronunció esta oración a Dios; más bien, la dio como modelo por el cual Sus discípulos habían de orar. Por esta razón, a veces se le conoce como «la Oración Modelo».

y «yo los guardé» (17.12). 4) La frase «líbranos del mal» (Mt 6.13) es casi idéntica a «que los guarde del mal» (17.15).

A pesar de las similitudes, hay algunas diferencias. 1) En Juan 17, Jesús no les mandó a Sus discípulos, diciendo: «oraréis así» (Mt 6.9; vea Lc 11.2). 2) Las palabras de Jesús en Juan 17.5 enfatizan que Él es uno de los miembros de la Deidad, el Hijo encarnado de Dios. 3) El trato «Padre» (17.1, 5, 11, 21, 24, 25) describe la relación única entre el Hijo y el Padre, mientras que los hijos de Dios se dirigen a Él como «Padre nuestro» (Mt 6.9). 4) La confesión de pecado, como en Lucas 11.4, está notablemente ausente en el texto de Juan, ya que Jesús demostró Su perfecta obediencia a la voluntad de Su Padre (17.4).

Se han sugerido varios títulos en un intento por capturar la esencia de la oración de Jesús en Juan 17. Se ha sugerido que esta oración «podría designarse más apropiadamente “La Oración del Señor”»<sup>6</sup> que la de Mateo 6.9–13 y Lucas 11.2–4. Desde los días de David Chytraeus (1530–1600), la oración de Jesús ha sido comúnmente llamada la «oración sumosacerdotal»,<sup>7</sup> aunque Cirilo de Alejandría (aprox. 376–444) insinuó tal designación en su comentario sobre Juan.<sup>8</sup> Es una descripción adecuada para esta oración, ya que Jesús funciona en Su papel de mediador como nuestro Sumo Sacerdote; oró por los demás y por Sí mismo. Aun así, D. A. Carson señaló que «el lenguaje sacrificial no es fuerte» y que el papel de Jesús como Sumo Sacerdote se ve más «en términos de su intercesión posterior a la ascensión [vea Ro 8.34; He 7.25; 1ª Jn 2.1]».<sup>9</sup> Otros comentaristas favorecen un título como «La oración de Consagración».<sup>10</sup> C. K. Barrett concluyó que ni este título ni el anterior hacen «justicia a toda la gama del material contenido en ella».<sup>11</sup> Carson optó por el título «ciertamente más

genérico» «La oración de Jesús».<sup>12</sup>

Si bien el papel de intercesión de Jesús como Sumo Sacerdote es más evidente después de Su ascensión, estaba funcionando claramente en esta oración como un intercesor (sea que estuviera funcionando o no en Su papel como Sumo Sacerdote). Jesús pronunció la oración en el camino a la cruz; y, como intercesor, se centró en el sacrificio que ofrecería: Él mismo. Aun cuando oró por Sí mismo, Su oración fue lograr algo por los demás. Jesús se consagró a Sí mismo para el sacrificio por el cual fue glorificado y al mismo tiempo consagró a aquellos por quienes Su sacrificio fue hecho.

Esta oración de intercesión no fue solo por los discípulos inmediatos de Jesús, sino también por toda la comunidad de creyentes. Su oración era que Sus discípulos actuales pudieran ser consagrados para su misión en el mundo y que los futuros discípulos fueran dedicados al servicio de Dios. Oró para que Sus seguidores pudieran eventualmente estar con Él, contemplar Su gloria y morar en el mismo amor que el Padre tiene por el Hijo. Dado que el énfasis general de la oración está en lo que Jesús estaba a punto de lograr por los demás, parece razonable titular el capítulo 17 «Jesús, el Intercesor».

Ninguna evidencia indica dónde se pronunció la oración. Con base en la declaración de Jesús al final de 14.31, podemos decir que Él y los discípulos habían dejado el aposento alto y las instrucciones en los capítulos 15 al 17 se dieron antes de cruzar el torrente de Cedrón en el camino a Getsemaní. Parece poco probable que las solemnes palabras de la oración de Jesús fueran pronunciadas mientras el grupo caminaba por las calles de la ciudad. Westcott sostuvo que solo un lugar parece ser adecuado para la oración, y ese es «los Atrios del Templo». Él hizo notar lo siguiente:

En ninguna parte, como parece, podrían marcarse los contornos de la futura Iglesia espiritual como en el santuario de la antigua Iglesia. En ninguna parte, está claro, podría nuestro Sumo Sacerdote ofrecer más adecuadamente Su obra y a Sí mismo y a los creyentes al Padre, que en el único lugar en el que Dios había elegido establecer Su Nombre.<sup>13</sup>

Si bien no es posible conocer la ubicación con certeza, podemos estar seguros de que 14.31 indica una partida de Jesús y los discípulos a algún lugar nuevo. Es razonable suponer que pronunció Su

<sup>6</sup> V. Wayne Barton, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1960), 78.

<sup>7</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 328.

<sup>8</sup> Cirilo de Alejandría *Comentario sobre Juan* 11.8.

<sup>9</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, *The Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 553.

<sup>10</sup> Westcott, 236; Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 494; Bruce, 328.

<sup>11</sup> C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 500.

<sup>12</sup> Carson, 550, 553.

<sup>13</sup> Westcott, 237.



oración en los atrios del templo.

Los eruditos han tenido mucho que decir sobre la estructura de la oración. Desde una perspectiva general, Andreas J. Köstenberger hizo notar lo siguiente: «Estructuralmente, la oración cierra el discurso de despedida, formando el sobre exterior correspondiente al preámbulo de 13.1–30 en el otro extremo».<sup>14</sup> Con respecto a los detalles de la oración, Guy N. Woods sugirió el siguiente bosquejo. Jesús oró pidiendo que...

Dios y su Hijo fueran glorificados (17.1, 2);  
Sus discípulos tuvieran vida eterna (17.3–5);  
puedan saber y creer la verdad (17.6–12);  
puedan tener gozo de cara al mundo antagónico  
(17.13, 14);  
sean guardados del mal (17.15, 16);  
sean santificados y cumplan con su misión  
(17.17–19);  
todos sea uno (17.20–23);  
sean partícipes de Su gloria (17.24–26).<sup>15</sup>

El bosquejo más ampliamente adoptado es el propuesto por Westcott,<sup>16</sup> en el que dividió la oración en tres secciones principales: 1) el Hijo y el Padre (17.1–5); 2) el Hijo y Sus discípulos inmediatos (17.6–19); y 3) el Hijo y la iglesia (17.20–26). Si bien este comentario obedece a las mismas divisiones principales de Westcott, los títulos de las respectivas divisiones serán los siguientes: 1) La oración de Jesús pidiendo ser glorificado (17.1–5); 2) La oración de Jesús por Sus discípulos inmediatos (17.6–19); y 3) La oración de Jesús por Sus futuros discípulos (17.20–26).

### LA ORACIÓN DE JESÚS PIDIENDO SER GLORIFICADO (17.1–5)

**<sup>1</sup>Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; <sup>2</sup>como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. <sup>3</sup>Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. <sup>4</sup>Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese.**

<sup>14</sup> Köstenberger, 483.

<sup>15</sup> Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 352.

<sup>16</sup> Westcott, 237.

**<sup>5</sup>Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.**

**Versículo 1.** Con las palabras **Estas cosas** (refiriéndose a todo el Discurso de Despedida en los capítulos 14 al 16), Juan enfatizó que la instrucción de **Jesús** a los discípulos había terminado. Luego, Jesús volvió a referirse a la comunión con Su Padre. Esta transición fue hecha mediante un gesto observable, es decir, **levantando los ojos al cielo**. Era la postura característica para la oración (11.41; vea Sal 123.1, 2; Mt 14.19; Mr 6.41; 7.34; Lc 9.16). No solo fue practicado por Jesús, también fue una postura aceptada entre otros judíos. (Sin embargo, el publicano «no quería ni aun alzar los ojos al cielo» en Lucas 18.13.) Jesús se dirigió a Dios como **Padre**, una palabra que aparece seis veces en la oración (vea 17.1, 5, 11, 21, 24, 25). Esta forma de trato indica de inmediato la base sobre la cual descansaba la oración, a saber: la relación íntima del Padre y el Hijo.

Antes de este tiempo, como se dijo por primera vez en 2.4, la hora de Jesús aún no había llegado (vea 7.6, 8, 30; 8.20). En esta ocasión, Jesús, reconociendo la soberanía de Dios, declaró que **la hora [había] llegado**. Desde la llegada de los griegos, Jesús había anticipado la hora inminente (12.23; 13.1). Esta «hora» (ὥρα, *hōra*) era el momento señalado para la muerte, resurrección y ascensión de Jesús al cielo, el momento de Su glorificación (vea 12.23, 27, 28, 31, 32). Había llegado el momento de que el Hijo del Hombre fuera glorificado, por lo que Jesús oró para que Su glorificación pudiera tener lugar. Aunque Su oración fue por Sí mismo, no se parece en nada a una oración que alguien haría para su propio beneficio. La petición de Jesús constituía un singular llamado: **glorifica a tu Hijo**.

Cuando Jesús oró para que Dios lo glorificara, estaba diciendo, en efecto, «Hágase tu voluntad» porque «toda obra con la cual se cumple su voluntad es para su gloria».<sup>17</sup> No le pidió a Dios que lo «[salvara] de esta hora» (12.27); por el contrario, Jesús oró para que se cumpliera el propósito de Dios de asignar la hora de Su muerte y exaltación. El motivo de Jesús para Su glorificación no era de interés propio; porque no buscaba Su propia gloria (vea 8.50), sino **que también [el] Hijo [glorificara]** al Padre. A diferencia de la mayoría de

<sup>17</sup> Clinton D. Morrison, «Mission and Ethic: An Interpretation of John 17» («Misión y ética: una interpretación de Juan 17»), *Interpretation (Interpretación)* 19 (July 1965): 261.

las personas, Jesús solo buscó «La gloria que viene del Dios único» (5.44). F. F. Bruce acertadamente comentó: «La cruz, como él sabe muy bien, ha de ser el vehículo de esa gloria, y ora para que la acepte y así traer gloria a su Padre».<sup>18</sup>

**Versículo 2.** La palabra **como** continúa el pensamiento de gloria del versículo 1. El hecho de que el Padre **le [ha] dado** [ἔδωκεν, *edōkas*, tiempo aoristo] **potestad** supone una acción pasada durante Su ministerio terrenal. Esta autoridad dada por Dios es **sobre toda carne**, es decir, sobre toda la raza humana con el propósito de otorgar **vida eterna** a aquellos que el Padre ha dado al Hijo. La frase «vida eterna» se usa con frecuencia en el Libro de Señales y culmina en el Libro de Gloria, que ocurre solo aquí y en el versículo 3.

**A todos** (πάν ὃ, *pan ho*; un plural neutro, literalmente, «todos los cuales») que el Padre **le [dio]** denota la suma total de las personas, mientras que el pronombre αὐτοῖς (*autois*; literalmente, «a ellos»<sup>19</sup>) se refiere a los miembros individuales de ese número (vea comentarios sobre 6.36–40). El Padre le dio a Jesús autoridad sobre toda carne con el propósito de otorgar vida eterna a las personas que el Padre le había dado. Sin embargo, esta autoridad para otorgar vida eterna no podría ejercerse hasta la glorificación de Jesús. Por lo tanto, era ventajoso que Jesús partiera; porque sin Su partida no podría conceder vida eterna a los que le dio el Padre. (Con respecto a «vida eterna», vea comentarios sobre 5.24.)

Surge una posible dificultad teológica con la afirmación de Jesús de que se había de dar «vida eterna» a todos **los que le diste**. Leon Morris dijo, «Una vez más tenemos la idea de la predestinación divina».<sup>20</sup> La noción es que Dios, en Su soberanía divina, elige quién será salvo y luego le da esos individuos a Jesús, para que la salvación sea determinada por Dios por completo, aparte de la voluntad humana. Si bien es cierto que Dios conoce desde toda la eternidad lo que harán los individuos, no quiere decir que los subyuga y los obliga a creer en Jesús. La verdad es clara en 17.6,

<sup>18</sup> Bruce, 329.

<sup>19</sup> La palabra griega *autois* («a ellos») no se traduce en la NASB o en la mayoría de las traducciones al inglés; después de *pan ho* («todos los que»), se considera redundante. La NLT parece capturar la idea de *autois* consignando «a cada uno».

<sup>20</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed. The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 636.

donde Jesús identificó a los que le fueron dados como aquellos que «han guardado tu palabra» (vea 17.12). En otra parte, Jesús había hablado de dar Su carne «por la vida del mundo» (6.51), y agregó que venir a Él con fe era el requisito previo para esa vida (6.40; vea comentarios sobre 6.35–47).

**Versículo 3.** Si bien muchos estudiosos ven este versículo como un comentario teórico en paréntesis, en realidad es el desarrollo natural de las ideas de glorificar a Dios en 17.1 y el ofrecimiento de la vida eterna en 17.2. Dios es glorificado por todos los que saben lo que Él logró en Jesús por medio de la cruz: **Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero**. La «vida eterna» consiste en el conocimiento del «único Dios verdadero», sin embargo, en vista de que Dios se reveló mediante Su Hijo, el conocimiento de Dios solo puede lograrse mediante el conocimiento de **Jesucristo**. Este conocimiento no es un mero desarrollo cognitivo (aunque se incluye una comprensión intelectual). Implica una relación personal. Esta implicación está en consonancia con el sentido hebraico de la palabra «saber», que implica una relación íntima con una persona y no solo una aprehensión intelectual. El Padre y el Hijo gozan de una relación íntima; y, mediante el conocimiento de Dios, los creyentes pueden gozar de la intimidad de tener al Padre y al Hijo morando en ellos (vea 14.23).

A lo largo de este Evangelio, se ha puesto gran énfasis en creer; ahora el énfasis está en conocer. La palabra γινώσκω (*ginōskō*, «conocer») se usa siete veces en este capítulo, mientras que «creer» (πιστεύω, *pisteuō*) se usa solo tres veces y, como se ha observado, ocurre un total de noventa y ocho veces en el libro. Aquí, la forma del verbo (γινώσκωσιν, *ginōskōsin*, «conozcan») es un subjuntivo presente, queriendo decir que para obtener la vida eterna se tiene que «seguir conociendo». Este conocimiento es más que simplemente aprender acerca de Dios y Sus caminos. «“Conocer” a Dios en este Evangelio [...] quiere decir conocerle viviendo en una relación reverente, creyente y fiel con Él, de modo que en la vida real uno le conoce como Padre y conoce al Hijo como Salvador y Señor».<sup>21</sup> «Quiere decir más que conocer el camino a la vida. Es la vida».<sup>22</sup>

**Versículos 4, 5.** El objetivo de Jesús a lo largo de

<sup>21</sup> Floyd V. Filson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Layman's Bible Commentary, vol. 19 (Richmond, Va.: John Knox Press, 1963), 127.

<sup>22</sup> Morris, 637.

Su permanencia en la tierra era traer gloria a Dios. Aquí dijo que había completado la misión para la cual Dios le había enviado: **Yo te he glorificado en la tierra.** Más que nunca antes, el hecho de que Jesús se hiciera carne reveló la naturaleza misma de Dios. Este fue Su propósito para venir a la tierra. Anunció en 4.34 que había venido a hacer la voluntad de Aquel que le había enviado y a cumplir Su obra (vea 5.36). La obra que el Padre le había encomendado tenía como foco la cruz, como dijo Jesús en la primera ocasión cuando anunció que había llegado Su hora (12.23). Aunque Jesús habló como si Su obra en la tierra ya hubiera **acabado**, morir en la cruz fue el único acto de obediencia que le quedaba por realizar. El día antes de hacer Su sacrificio, mientras se consagraba para ello en Su oración, anticipó la finalización de la obra de la cruz. Su hablar de ello como si se hubiera completado mostró Su compromiso total con la obra más grande que Dios le había encomendado hacer.

**Ahora** (literalmente, «Y ahora») que Su ministerio terrenal estaba llegando a su fin, Jesús oró para que el Padre le [glorificara] con aquella gloria que había gozado con el Padre antes que el mundo fuese (vea 1.1, 2). Como en 17.1, Jesús oró para que el Padre le glorificara; sin embargo, la glorificación por la que oró esta vez superaba aquella por la que previamente había orado. Si bien Jesús había orado previamente para que Su muerte señalada diera como resultado Su glorificación y la glorificación suprema del Padre, esta oración fue para que Él fuera regresado a la gloria eterna (vea 13.32) que había compartido con el Padre antes de la creación. Esta es otra forma de expresar la exaltación final de Jesús a la diestra del trono del Padre (vea Hch 2.33; 7.55; He 12.2). J. H. Bernard dijo: «La gloria del Verbo Eterno se distingue de la gloria del Verbo Encarnado».<sup>23</sup>

La oración de Jesús da testimonio de Su preexistencia (vea 1.1; 8.58; 16.28). Además, supone que Su encarnación, aunque no le exigió que dejara de lado Su deidad, implicaba perder la gloria que alguna vez tuvo. Jesús renunció voluntariamente a la gloria que había compartido con el Padre antes de la creación y antes de Su venida en la carne para ser el sacrificio por los pecados del mundo. Con su obra casi acabada, oró para poder retomar la gloria que había gozado antes de ser

«hecho semejante a los hombres» (vea Fil 2.5–11). Por medio de la cruz, Jesús sería glorificado. Una vez cumplida Su obra en esta tierra, regresaría a la gloria que había sido Suya cuando estuvo con el Padre antes de que fuera el mundo.

## LA ORACIÓN DE JESÚS POR SUS DISCÍPULOS INMEDIATOS (17.6–19)

### Razones para orar por ellos (17.6–11a)

**<sup>6</sup>He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. <sup>7</sup>Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; <sup>8</sup>porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. <sup>9</sup>Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, <sup>10</sup>y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. <sup>11</sup>Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti.**

Hasta ahora, Jesús había estado orando por Sí mismo y había hecho una petición: para Su glorificación. Aquí dirigió Su atención a Sus discípulos. Antes de hacer Sus peticiones específicamente por ellos (17.11b – 19), dio varias razones para Sus peticiones y dijo por qué el Padre debía honrar Sus peticiones.

**Versículo 6.** Primero, Jesús hizo Su petición por los discípulos porque fue a ellos a quienes Él había **manifestado el nombre** del Padre. Aunque algunos estudiosos piensan que el «nombre» del Padre es un nombre literal, la palabra en este contexto representa Su naturaleza o Su carácter. «Me he manifestado» traduce literalmente el aoristo ἐφανερώσα (*ephanerōsa*). El nombre de Dios encarna Su carácter; y Jesús había revelado el nombre de Dios, permitiéndoles a las personas conocer al Padre a un nivel personal. Todo el ministerio de Jesús, incluyendo Su muerte inminente, podría resumirse como Su revelación del Padre. Esto hace eco de la declaración de Juan en el Prólogo en cuanto a que Jesús «ha dado a conocer» al Padre; es decir, él mostró de una manera autoritativa y visible que realmente es Dios en toda Su persona (vea comentarios sobre 1.18). Jesús manifestó al Padre en Sus palabras y hechos. Si bien los discípulos no entendían mucho de Sus enseñanzas ni apreciaban muchas de Sus obras, aprendieron

<sup>23</sup> J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:563.



más sobre la naturaleza de Dios que cualquier judío antes que ellos.

Segundo, Jesús oró por los discípulos porque eran del Padre y Éste se **los [dio]** a Jesús. El hecho de que los discípulos fueron dados por el Padre se asume en 17.2 y se aseveró en 17.6. El Padre podía darles los discípulos a Jesús porque ellos, al igual que el resto de la humanidad, pertenecían al Padre. Como se vio en 6.37, los que Dios le dio a Jesús fueron los que habían venido a Él (vea comentarios sobre 6.36, 37). En la última parte de 17.6, Jesús dejó claro que los que le había dado el Padre eran personas que habían guardado la palabra de Dios. La declaración en cuanto a que el Padre le dio a Jesús los discípulos **del mundo** recuerda la acción de Jesús de elegirlos del mundo (vea comentarios sobre 15.18, 19). Los discípulos habían sido seleccionados por Jesús y habían respondido a Su invitación a «dejar el mundo» y seguirle. Del mismo modo, Dios le había dado los discípulos a Jesús «del mundo». Anteriormente, Juan dijo que el mundo no «conocía» a Jesús (1.10). A pesar de las muchas señales hechas por Jesús (siete de las cuales registró Juan), la mayor parte del mundo no reconocía a Jesús como la revelación del Padre (vea 12.37). Sin embargo, unos pocos **hombres** (ἄνθρωποι, *anthrōpoi*) creyeron en Él, reconociendo que Él y Sus enseñanzas eran de Dios. De estos individuos, Jesús dijo que habían pertenecido al Padre y que le habían sido entregados.

Tercero, Jesús oró por los discípulos porque **[habían] guardado la palabra** del Padre. Jesús les había mandado a Sus discípulos que cumplieran Su palabra (vea los comentarios en 14.15, 22–24); y aquí se dice que han guardado la «palabra» de Dios (λόγος, *logos*), que en singular se refiere a Su revelación en general. Jesús, el Verbo (vea comentarios sobre 1.1), fue la encarnación de esa revelación, en todo lo que Él fue, dijo e hizo. Si los discípulos guardaban la palabra, entonces estaban dispuestos a recibir al Hijo. Como hombres de carne, carecían de perfecta obediencia; sin embargo, estaban dispuestos a comprometerse con Jesús, el que reveló el verdadero carácter de Dios.

**Versículos 7, 8.** Cuarto, Jesús oró por los discípulos porque **[habían] conocido que todas las cosas** que el Padre le había **dado** a Jesús habían venido del Padre. En 16.30, los discípulos afirmaron saber que Jesús sabía todas las cosas, a pesar de que su propia comprensión no era tan segura como suponían. **Ahora** habían «conocido» por experiencia real que todo lo dado a Jesús era en realidad

del Padre. A lo largo del ministerio de Jesús, los discípulos habían escuchado las palabras de Jesús, habían visto Sus muchas obras maravillosas y habían crecido en su percepción espiritual. Ellos comprendían más claramente la persona de Jesús, el don de salvación que Él trajo, la importancia de Su mensaje y Su labor, y la relación entre Él y el Padre. Puede que no hayan entendido completamente por qué su Mesías tenía que morir o la naturaleza del reino que pretendía establecer, sin embargo, habían llegado a creer que Jesús era el mensajero enviado por el Padre y que Sus palabras eran del Padre. Una vez más, la dependencia de Jesús en el Padre se expresa en 17.7 (vea 5.19–30).

Quinto, Jesús oró por Sus discípulos porque habían **recibido Sus palabras** y las reconocieron como autoritarias. Jesús explicó que Sus dones que provenían de Dios (17.7) eran «las palabras» que el Padre le había dado. La frase «las palabras» (τὰ ῥήματα, *ta rhēmata*) no se refiere a la totalidad de la enseñanza de Jesús, como se refleja en el término *logos* (17.6; vea comentarios sobre 15.2, 3, 7, 8), sino a las declaraciones individuales que componían Sus enseñanzas. Estas enseñanzas fueron dadas a Jesús por Dios, y Jesús se las dio a Sus discípulos. Los discípulos, siendo muy pocos y muy diferentes de los líderes religiosos judíos, «recibieron» estas palabras. Frederic Louis Godet llamó la atención al resultado del ministerio de Jesús: «La cosecha parece escasa, sin duda: ¡once artesanos galileos después de tres años de labor! Sin embargo, es suficiente para Jesús: porque en estos once Él contempla la promesa de la continuación de la obra divina en la tierra».<sup>24</sup> Aunque tal vez no hayan entendido todas las palabras de Jesús, su confianza en Él los llevaron a aceptar Sus palabras. Consideraron estas palabras como una guía autoritativa para la vida y, por lo tanto, fueron dignos de la intercesión de Jesús.

Sexto, Jesús oró por Sus discípulos porque **[habían] conocido verdaderamente** que Jesús **[salió] del Padre** y **[creyeron]** que el Padre le había **[enviado]**. Basados en lo que los discípulos habían escuchado y visto, ellos «[habían] conocido», o llegaron a conocer «verdaderamente» (ἀληθῶς, *alēthōs*), que Jesús «salió» del Padre. Si bien los discípulos todavía tenían conceptos erróneos acerca de Jesús y manifestaron una fe superficial,

<sup>24</sup> Frederic Louis Godet, *Commentary on John's Gospel (Comentario sobre el Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1978), 891.

Jesús reconoció que el conocimiento fundamental acerca de Él era correcto. Conocían que Jesús había venido de Dios. Además, ellos «creyeron» que el Padre le había enviado. Hay poca distinción entre este punto y el anterior. La relación entre fe y conocimiento es muy estrecha mas no idéntica. Morris dijo que el reclamo de conocimiento se enfoca en el origen divino del Hijo, mientras que el reclamo de fe se enfoca en Su misión.<sup>25</sup> Jesús fue enviado por el Padre para realizar una tarea en particular. La conexión entre creer y conocer fue hecha anteriormente en el Evangelio de Juan (vea comentarios sobre 6.68, 69).

**Versículos 9–11a.** Jesús continuó orando por Sus discípulos. En lugar de usar la palabra «orar» (vea NIV; ESV), la Reina-Valera traduce literalmente ἐρωτάω (*erōtaō*) como **ruego** (17.9; vea comentarios sobre 16.23, 24). Jesús hizo una clara distinción entre Sus discípulos y el mundo. Su pedido no fue **por el mundo**, sin embargo, no quiere decir que no le preocupara el mundo. El Padre amaba al mundo de tal manera que envió a Su Hijo al mundo (3.16); de hecho, Jesús es «el Salvador del mundo» (4.42; vea 3.17; 12.47). Como se ve en los Evangelios Sinópticos, Jesús enseñó que se debe orar por los enemigos (Mt 5.44); Él mismo oró por Sus enemigos (Lc 23.34). En el contexto de esta oración, más adelante pidió que los apóstoles fueran uno «para que el mundo crea que tú me enviaste» (17.21, 22) y «conozca que tú me enviaste» (17.23). De estos versículos queda claro que la salvación del mundo depende de aquellos que el Padre le da a Jesús «del mundo». G. Campbell Morgan escribió: «Estaba orando por el instrumento que estaba creando, mediante el cual llegaría al mundo».<sup>26</sup>

Jesús no podía orar por el mundo, porque hacerlo sería orar para que el mundo continuara en su mundanidad y rechazo a Dios. La única oración que Jesús podía ofrecer por el mundo era que las personas del mundo dejaran de oponerse a Dios y a Su Hijo, en resumen, dejaran de ser «el mundo» y creyeran en el mensaje de Sus discípulos. En la medida en que Jesús deseaba que el mundo dejara de ser «el mundo» y respondiera favorablemente al mensaje de los discípulos, la oración de Jesús por Sus discípulos era una oración indirecta por el mundo. Jesús había sido enviado al mundo en una

misión; ahora enviaba a Sus discípulos al mundo para continuar Su misión (17.18). Estos discípulos eran los que más necesitaban Sus oraciones.

Jesús expresó la comunidad del Padre y del Hijo cuando dijo: **todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío** (17.10). Los discípulos pertenecían al Padre porque Jesús dijo que «tuyos eran» (17.6). En vista de que el Padre se los dio a Jesús (17.2, 6, 9), pertenecían a Jesús. Morris dijo: «Lo que pertenece a Uno pertenece al Otro».<sup>27</sup> Cualquier persona incluiría la primera parte de la declaración, «todo lo mío es tuyo»; pero la segunda mitad, «y lo tuyo mío», es única y destaca una relación especial que solo goza el Hijo en virtud de Su deidad.

Séptimo, en la última parte de 17.10, Jesús oró por Sus discípulos porque había sido **glorificado** por medio de ellos. El verbo δεδόξασμαι (*dedoxasmai*, «he sido glorificado») está en tiempo perfecto, señalando algo que había sucedido en el pasado con un efecto continuo. Jesús ya había sido glorificado, en Su ministerio, por los discípulos. Glorificar a Jesús (o al Padre) era reconocerlo por quién y qué era, sin embargo, ¿habían hecho esto realmente los discípulos? Justo antes de Su oración, Jesús había advertido que se dispersarían y le abandonarían (16.32).

A lo largo del Discurso de Despedida, los discípulos habían interrumpido a Jesús con preguntas que parecían demostrar poca comprensión de Su propósito y misión. Jesús reconoció la fe de los discípulos en el hecho de que estaban dispuestos a confesar quién era Él (vea 6.69) y aceptar la verdad de que había sido enviado de Dios (16.30). La fe de ellos, aunque superficial en este momento, era mejor que ninguna fe, lo cual es característico del mundo. En comparación con el mundo, los discípulos habían recorrido un largo camino en su fe. Jesús miró a este pequeño grupo como hombres que creían en Él y llevarían a cabo la misión que se les había encomendado. Incluso hoy, la fe que tenían en Jesús continúa glorificándole.

Octavo, Jesús oró por Sus discípulos porque pronto los abandonaría. La obra de Jesús en la tierra casi había acabado. Estaba tan cerca que podía hablar en tiempo presente cuando dijo: **Y ya no estoy [εἰμί, *eimi*] en el mundo** (17.11a). Aunque Jesús pronto dejaría de estar en la tierra, Sus discípulos permanecerían **en el mundo**. En vista de que estaba orando directamente al Padre, podía decir: **yo voy a ti**. Así como era tarea de Jesús

<sup>25</sup> Morris, 641–42.

<sup>26</sup> G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John (El Evangelio según John)* (New York: Fleming H. Revell Co., s.f.), 273.

<sup>27</sup> Morris, 642.

abandonar el mundo, era tarea de Sus discípulos quedarse en el mundo. Aunque los Doce ya no gozarían de la presencia física y protección de Jesús, tendrían el Espíritu Santo prometido para ayudarles mientras enfrentaban al mundo con todo su repudio (15.18—16.4).

### Peticiones específicas de la oración de Jesús (17.11b–19)

<sup>11b</sup>Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. <sup>12</sup>Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. <sup>13</sup>Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. <sup>14</sup>Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. <sup>15</sup>No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. <sup>16</sup>No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. <sup>17</sup>Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. <sup>18</sup>Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. <sup>19</sup>Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

Después de presentarle a Su Padre las razones para orar por Sus discípulos, Jesús hizo dos peticiones específicas con respecto a ellos. Oró para que Sus discípulos pudieran estar protegidos (17.11b–16) y que se consagraran (17.17–19).

**Versículos 11b, 12.** Jesús introdujo Su solicitud de protección para Sus discípulos con la frase **Padre santo**, que ocurre solo aquí en el Evangelio de Juan. George R. Beasley-Murray hizo notar que la frase «combina las dos nociones de trascendencia e intimidad características de la actitud personal de Jesús ante Dios y de Su enseñanza sobre Dios». <sup>28</sup> Jesús comenzó Su oración en Mateo 11.25 de manera similar: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra». El trato «Padre santo» es apropiado para los siguientes versículos en Juan 17.17–19, donde Jesús oró por la consagración de Sus discípulos. La santidad del Padre es lo que les permitió consagrarse a Jesús y a los discípulos. El énfasis en «Padre santo» fue la forma en que Juan dijo: «seréis santos, porque yo soy santo» (Lv 11.44).

<sup>28</sup> Beasley-Murray, 298–99.

La santidad de Dios en el Antiguo Testamento hacía hincapié en Su trascendencia, Su completa separación del pecado y Su esplendor, mientras que en el Nuevo Testamento se hace hincapié en Su amor y cuidado como se revela en Jesucristo.

La petición **guárdalos en tu nombre** podría interpretarse como tener fuerza instrumental («por Tu nombre» o «poder») o una fuerza locativa («para Ti», «en Tu carácter»). La fuerza instrumental se refleja en la NIV donde se consigna «protégelos con el poder de tu nombre». Bruce señaló: «El nombre de Dios en el [Antiguo Testamento] denota no solo su carácter [...] sino también su poder». <sup>29</sup> Puede que se vea un paralelismo en Salmos 54.1: «Oh Dios, sálvame, por tu nombre, Y con tu poder defiéndeme». La Reina-Valera, como se ve al comienzo de este párrafo, enfatiza la fuerza locativa de la expresión. «Guárdalos en tu nombre» podría interpretarse, «Guárdalos en lealtad a ti» o «Guárdelos en total adherencia a tu carácter». <sup>30</sup> Puede que ambas opiniones estén implícitas, como lo sostiene Raymond E. Brown. <sup>31</sup> Según Carson y Beasley-Murray, el contexto favorece el último punto de vista, que corresponde mejor con la siguiente cláusula, que aparece en la NASB, mas no en la Reina-Valera, «el nombre que Tú me has dado». <sup>32</sup> Carson dijo que el «nombre» de Dios se refiere a todo el carácter revelado de Dios, «y el nombre que me diste asume que Dios se ha revelado absolutamente en Jesús». <sup>33</sup> Luego dio el siguiente extracto: «En resumen, Jesús ora para que Dios mantenga a sus seguidores en firme fidelidad a la revelación que Jesús mismo les ha mediado». <sup>34</sup>

Jesús aseveró que el propósito para que los discípulos sean guardados es **que sean uno, así como nosotros** (vea 17.21–23). A primera vista, podría parecer que los discípulos no eran uno y que Jesús estaba orando para que fueran uno; sin embargo, Su oración fue que *permanecieran* como uno, así como el Padre y el Hijo son uno. Esta es una unidad en amor, objetivo, voluntad, propósito, trabajo y compañerismo íntimo, basada en la unidad del Padre y del Hijo. Esta oración y súplica por la unidad fue por los discípulos de

<sup>29</sup> Bruce, 332.

<sup>30</sup> Carson, 562; vea Beasley-Murray, 299.

<sup>31</sup> Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–xxi) (El Evangelio según Juan [xiii–xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 759.

<sup>32</sup> Carson, 562; Beasley-Murray, 299.

<sup>33</sup> Carson, 562.

<sup>34</sup> *Ibíd.*



Jesús (vea 1<sup>a</sup> Co 1.10) y no por el mundo religioso en general. Sin embargo, si a Jesús le preocupaba que Sus discípulos fueran uno, ¡cuánto más tenía que preocuparle la división religiosa en general!

Al hablar con el Padre acerca de los discípulos, Jesús dijo que, durante Su ministerio, Él **los guardaba en [Su] nombre**. Este nombre era el que el Padre le había **[dado]** (vea comentarios sobre 17.11), es decir, la revelación del Padre. Jesús había protegido a Sus discípulos y los había mantenido a salvo; sin embargo, con Su inminente partida, tendrían una necesidad especial del cuidado del Padre. Ninguno de los entregados al cuidado de Jesús se había perdido, excepto Judas, cuyos planes eran bien conocidos por Jesús (6.64, 70; 13.10, 11, 18, 21, 22).

No fue culpa de Jesús que Judas se hubiera perdido. La culpa se aclara de dos maneras: Judas era **el hijo de perdición**, y su apostasía fue anunciada por la **Escritura**. La frase «el hijo de perdición» podría referirse al *carácter* de Judas, a su *destino* o a ambos.<sup>35</sup> La misma expresión en griego, aparece en la Reina-Valera también como «el hijo de la perdición» al final de 2<sup>a</sup> Tesalonicenses 2.3, en paralelo al «hombre de pecado». Estas frases descriptivas aparentemente indican su carácter maligno, sin embargo, también sugieren su destrucción final (2<sup>a</sup> Ts 2.8). Un significado dual similar parece existir en el pasaje bajo consideración. Judas era el hijo de perdición; es decir, poseía el carácter descrito por la palabra «perdición» (ἀπώλεια, *apōleia*), literalmente, «destrucción». Por su propia elección, debido al mal en su corazón, trató de destruir los propósitos de Dios. Su destino, como el de todos los hacedores de mal, es la destrucción final. Jesús fue fiel a la tarea que le fue encomendada de cuidar a los discípulos, sin embargo, Judas tomó la decisión de hacer algo diferente a lo que Jesús deseaba de él.

El hecho de que Jesús no tuvo culpa con respecto a la pérdida de Judas también es obvio en que la apostasía de Judas fue prevista por la «Escritura». La referencia es probablemente a Salmos 41.9 (vea comentarios sobre 13.18) y no a Salmos 109.8 (vea Hch 1.20). El texto no quiere decir que Judas traicionó a Jesús para que la Escritura pudiera cumplirse, como si Dios hubiera predestinado desde la eternidad que Judas traicionaría a Jesús. John Calvin hizo notar que «sería un error que

<sup>35</sup> La LXX se refiere a «personas de perdición» (Is 34.5) e «hijos de perdición» (Is 57.4).

cualquiera infiera de esto que la apostasía de Judas deba ser imputada a Dios más que a sí mismo, ya que la profecía le impuso esa necesidad».<sup>36</sup> Woods dijo: «... cuando apostató, resultó ser el acto que la escritura había anticipado. Judas realizó voluntariamente el acto que cumplió el anuncio».<sup>37</sup> Judas, de su propio libre albedrío, y no por decreto divino, eligió hacer lo que hizo. Debido a esta traición, estaba destinado a la destrucción. Como todos los discípulos, Judas había sido seleccionado, instruido, protegido y advertido; sin embargo, a diferencia de los Once, él eligió traicionar a Jesús. Su caso es un claro ejemplo de lo que se enseña en otras partes de las Escrituras: Es posible apartarse de la fe (vea 2<sup>a</sup> P 2.20–22).

**Versículo 13.** Jesús anticipó Su inminente partida para ir al Padre cuando dijo: **Pero ahora voy a ti**. Aunque se dirigía a Su Padre, seguía **en el mundo**; y, estando en el mundo, habló **esto** para beneficio de los discípulos. La palabra «esto» podría referirse a la primera parte de la oración o, más probablemente, a todo el Discurso de Despedida. En cualquier caso, Jesús oró **para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos**. Les había dicho a Sus discípulos: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (15.11; vea 16.22, 24). Para experimentar todo el gozo de Jesús, los discípulos tenían que permanecer en el amor del Padre continuando en obediencia a Él (vea 15.10, 11). La oración de Jesús estaba siendo expresada en voz alta (vea 11.42), para que los discípulos pudieran escuchar Sus intercesiones por ellos. Más adelante, cuando estaban enfrentando varias pruebas en sus propios ministerios, la certeza que Jesús les estaba dando sería confirmada en sus mentes cuando recordaran Sus palabras. Pocas horas antes de que Jesús sufriera humillación y muerte, estaba hablando de gozo. Podía hablarles con confianza de gozo porque conocía Su misión y se daba cuenta de que Su sacrificio traería gozo, no sólo a los apóstoles, sino a todos los que creyeran en Él.

**Versículos 14–16.** Jesús continuó orando, diciendo: **Yo les he dado tu palabra** (17.14). El tiempo perfecto de δέδωκα (*dedōka*) refleja que Él

<sup>36</sup> John Calvin, *The Gospel according to St John 11—21 and The First Epistle of John (El Evangelio según San Juan 11—21 y la Primera Epístola de Juan)*, trad. T. H. L. Parker, ed. David W. Torrance y Thomas F. Torrance, Calvin's Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1959), 143.

<sup>37</sup> Woods, 359.

había dado y todavía estaba dándoles la palabra de Dios a los discípulos. Esta «palabra» es nada menos que la revelación de Dios. El término «palabra» en singular (vea 17.6) se refiere al mensaje completo que fue revelado y es la suma total de todas las «palabras» de 17.8. Los discípulos de Jesús creyeron y obedecieron esta palabra (17.6). Por lo tanto, **no eran del mundo** como tampoco Jesús era **del mundo**. Jesús nunca fue del mundo; era el que provenía de Dios que entró al mundo (1.10, 14). Dijo que Sus discípulos no eran del mundo. Durante su tiempo con Jesús, habían llegado a saber quién era Jesús y habían puesto su fe en Él y en el Padre que le había enviado. Porque se opusieron al mundo **el mundo los aborreció**. Si hubieran sido del mundo, el mundo los habría amado, ya que el mundo ama a los suyos. Sin embargo, los discípulos de Jesús no eran del mundo y como resultado eran aborrecidos (vea 15.18, 19). La revelación en la que creían y obedecían los discípulos condenaba al mundo; si la gente del mundo se oponía al mensaje de Dios, entonces era natural que condenaran a los mensajeros.

La petición de Jesús al Padre no fue que los **[quitara] del mundo**, ya que Jesús mismo estaba a punto de dejar el mundo, **sino que los [guardara] del mal** (17.15). Si bien los discípulos no eran del mundo, su lugar por un período de tiempo era en el mundo. Así como Jesús había sido enviado al mundo en una misión, enviaría a Sus discípulos al mundo para continuar Su obra en la tierra (17.18). Moisés (Nm 11.15), Elías (1° R 19.4) y Jonás (Jon 4.3, 8) oraron para ser sacados del mundo, pero Dios no honró sus pedidos. El papel de cada uno de estos hombres de Dios era permanecer en el mundo y llevar a cabo la tarea que Dios le asignó. Del mismo modo, los discípulos tenían una misión que cumplir; y era solo por contacto cercano con el mundo que podían lograr la meta que les dio Jesús. No estaba en el plan de Dios que los Doce fueran quitados del mundo. Como representantes de Jesús, habían de continuar Su obra después de haber partido para estar con el Padre.

En vista de que los discípulos habían de permanecer en el mundo, y dado que el mundo los aborrecería a ellos y al mensaje que proclamarían, Jesús renovó la oración de 17.11 para pedir por la protección de ellos. Esta vez oró específicamente para que fueran guardados «del mal» (ἐκ τοῦ πονηροῦ, *ek tou ponērou*). Este adjetivo podría referirse al «mal» en un sentido abstracto, o podría usarse concretamente como un sustantivo para

referirse al «maligno», el diablo. Es casi seguro que la referencia aquí es a lo último. Juan dijo en 1ª Juan 5.19 que «el mundo entero está bajo el maligno» (vea 1ª Jn 2.13, 14; 3.12; 5.18). Jesús le pidió al Padre que los discípulos fueran guardados de Satanás, tal como les había enseñado a orar pidiendo ser librados (Mt 6.13). Anteriormente en el Evangelio de Juan, Jesús había mencionado «el príncipe de este mundo» (12.31; 14.30; 16.11). Satanás es el príncipe de este mundo y es el maligno de quien Jesús oró pidiendo que Sus discípulos fueran guardados. Esto muestra que Jesús reconocía el poder de Satanás y por lo tanto oró por la protección de Sus discípulos después de Su partida. Éstos tenían una tarea que podría lograrse solamente permaneciendo en el mundo y no siendo «del mundo». En vista de este hecho, 17.16 repite la declaración de 17.14, diciendo: **No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo**.

**Versículos 17, 18.** La primera petición que Jesús hizo por Sus discípulos fue que fueran protegidos (17.11b–16). Su segunda petición fue que fueran consagrados (17.17–19). Él oró: **Santifícalos en tu verdad**. La palabra «santifícalos» (ἀγιάζω, *hagiazō*) quiere decir «consagrar», «apartar» o «reservar algo para propósitos sagrados». El verbo «se usa constantemente en la Septuaginta para expresar toda la dedicación y consagración de las personas y las cosas a Dios».<sup>38</sup> Fue aplicada a Jeremías con respecto a la obra que Dios lo apartó para actuar como profeta (Jer 1.5) y también a Aarón y sus hijos con respecto a su labor como sacerdotes (Ex 29.1). Más allá de la oración de Jesús (17.17, 19), *hagiazō* ocurre solo una vez más en este Evangelio. En Juan 10.36, Jesús era Aquel «al que el Padre santificó y envió al mundo», es decir, Jesús fue apartado por el Padre para Su misión en el mundo (vea comentarios sobre 10.34–36). Él oró para que Su Padre también «santificara» a Sus discípulos. «Santificación [o consagración] es más que la separación de la pecaminosidad del mundo, esto ya se supone (v. 16). Quiere decir dedicación y equipamiento para su servicio a Dios».<sup>39</sup> Los discípulos fueron consagrados porque

<sup>38</sup> Marvin R. Vincent, *Word Studies in the New Testament (Estudios de palabras del Nuevo Testamento)* (S.I.: Charles Scribner's Sons, 1887; reimp, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1946), 2:266.

<sup>39</sup> Wilbert F. Howard, «The Gospel According to St. John» («El Evangelio según San Juan»), en *The Interpreter's Bible (Biblia del intérprete)*, ed. George Arthur Buttrick

estaban «limpios» (13.10; 15.3); ellos «no [eran] del mundo» (17.16). Los discípulos pertenecían a Dios y Dios se los dio a Jesús (17.6). Así como Jesús fue consagrado para Su misión por el Padre (10.36), Jesús oró por la consagración de Sus discípulos para su misión (17.17). Estar consagrado es estar preparado para una tarea particular. Para los discípulos ser consagrados era estar preparados para su misión.

En el Antiguo Testamento, la consagración se lograba mediante la observancia ritual y ceremonial. Aquí Jesús dejó claro que el instrumento de la consagración de los discípulos era «la verdad». Jesús explicó lo que se entiende por «verdad» en la siguiente cláusula de Su oración: **tu palabra es verdad**. La verdad es la suma de la revelación que Dios hace de Sí mismo, encarnada en Jesús y expresada por Él (vea 17.8, 14). El medio por el cual los discípulos fueron purificados (limpios) era la palabra que Jesús les había hablado (15.3). Por el mismo medio, serían santificados. Más adelante, el Espíritu Santo les proporcionaría a los apóstoles todos los recursos espirituales necesarios para cumplir su misión; pero Jesús dijo que el instrumento de la labor de ellos era la verdad, la misma palabra que proclamarían en Su nombre. Los discípulos de Jesús serían apartados del mundo por Dios para Su servicio en la medida en que creyeran y vivieran en armonía con la verdad, la «palabra» del Padre. Solo aquellos que aceptan la verdad y viven en conformidad con la verdad pueden ser consagrados o dedicados al servicio de Dios.

La oración de Jesús por la consagración de Sus discípulos tenía el propósito de alcanzar el mundo perdido mediante la proclamación de la verdad. Así como Jesús había sido **[enviado] al mundo** por el Padre para cumplir Su misión, también Él **[envió]** [a Sus discípulos] **al mundo** para continuar Su obra. Jesús era Aquel al que «el Padre santificó y envió al mundo» (10.36) para presentar la revelación del Padre al mundo. Jesús oró por la consagración de Sus discípulos para que llevaran a cabo en el futuro la misión para la cual Jesús había venido al mundo. La certeza de la misión de los discípulos se refleja en el tiempo aoristo del verbo en Su declaración «así yo los he enviado [ἀπέστειλας, *apesteilas*] al mundo». Estaba hablando de algo en el futuro como si ya hubiera ocurrido. Su envío propiamente dicho de los apóstoles no se registra hasta después de Su

resurrección (20.21).

**Versículo 19.** El Padre apartó a Jesús para Su servicio exclusivo (10.36), y Jesús resolvió apartarse para ese servicio. Por lo tanto, Él dijo: **yo me santifico a mí mismo**. Esta determinación de consagrarse era **por ellos** (ὐπὲρ αὐτῶν, *huper autōn*). Cuando Jesús dijo que era «por [Sus discípulos]» que se santificaba a Sí mismo, tenía que haber estado refiriéndose a Su muerte. La muerte sacrificial de Jesús es un tema al que Jesús se refirió en otra parte del Evangelio (10.11, 17, 18; 18.11; 19.30), y 17.19 es similar a otros pasajes que se refieren a la expiación (vea Mt 26.26–28; Mr 14.22–24; Lc 22.19, 20; 1ª Co 11.24, 25). Su lenguaje concuerda con el significado del Antiguo Testamento de «consagrar» como sinónimo de «sacrificio» (Dt 15.19, 21). Juan Crisóstomo dijo que el significado de «Yo me santifico a mí mismo» es «Te ofrezco un sacrificio».<sup>40</sup> Cuando Jesús dijo que se santificaba a Sí mismo por los discípulos, se refería a Su doble papel de sacerdote y víctima. Como sacerdote, fue lo que Él hizo en la ofrenda de Sí mismo —no lo que le hicieron Sus enemigos— lo que le santificó. El «yo» de Jesús (ἐγώ, *egō*) es enfático. Nadie más podría decir: «Yo me santifico a mí mismo». Él, por Su propia voluntad, hizo por los discípulos y el mundo entero lo que las personas no podían hacer por sí mismas. A lo largo de Su vida, tomó la determinación de entregarse al servicio de Dios; y este servicio fue consumado cuando voluntariamente dio Su vida por el mundo (6.51). Como víctima, Él era el sacrificio aceptable porque era «un cordero sin mancha y sin contaminación» (1ª P 1.19). Fue excepcionalmente eficaz como el sacrificio perfecto por el pecado. En la adoración en el templo, el sacerdote consagraba el sacrificio; y el sacrificio de Jesús fue Él mismo.

Además, Jesús estaba decidido a consagrarse a Sí mismo para que los discípulos fueran **santificados en la verdad**. A diferencia del uso en 17.17, aquí la palabra «verdad» (ἀλήθεια, *alētheia*) carece del artículo (en el griego): el término no indica «la verdad», sino «verdaderamente» o «realmente». La NIV consigna la frase como «verdaderamente santificado». Jesús se consagró a Sí mismo para llevar la noticia salvadora a un mundo perdido, sin embargo, esta consagración dio como resultado el que los discípulos fueran consagrados o dedicados a la misma tarea.

(Nashville: Abingdon-Cokesbury Press, 1952), 8:749.

<sup>40</sup> Juan Crisóstomo *Homilías sobre el Evangelio de Juan* 82.1.



## LA ORACIÓN DE JESÚS POR SUS FUTUROS DISCÍPULOS (17.20–26)

<sup>20</sup>Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, <sup>21</sup>para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. <sup>22</sup>La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. <sup>23</sup>Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. <sup>24</sup>Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. <sup>25</sup>Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. <sup>26</sup>Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

**Versículos 20, 21.** El versículo 20 presenta la sección final de la oración de consagración de Jesús y desarrolla el tema de la unidad que se presenta en 17.11b. Es la única oración explícita de Jesús por todos los futuros discípulos. Cuando Jesús oró por Sus apóstoles, también miró más allá de la labor de ellos y oró por los que han de creer en [Él] por la palabra de ellos. Estas palabras suponen el éxito de Sus apóstoles. Jesús habló de «los que han de creer» en tiempo presente como si los futuros creyentes ya fueran una realidad. Estos creyentes no podían llegar a creer sin las palabras de los apóstoles, sin embargo, los apóstoles no podían predicar el mensaje salvador hasta después de la muerte y resurrección de Jesús y la venida del Espíritu Santo. Tres veces, Jesús hizo referencia a «tu palabra», es decir, la palabra del Padre (17.6, 14, 17). Dijo que la «palabra» de los discípulos era el medio por el cual aquellos en el futuro creerían en Él (vea Ro 10.14). Esta «palabra» es el mensaje que Jesús les dio (17.14), y se refiere a todo el evangelio de Dios en Cristo.

Al tiempo que Jesús había hecho dos peticiones para Sus discípulos inmediatos, también hizo dos peticiones por Sus futuros discípulos. Primero, oró para que Sus futuros discípulos **todos sean uno** (17.21–23). Luego oró para que Sus futuros discípulos estuvieran con Él (17.24). En cuestión

de horas, Jesús moriría en la cruz; sin embargo, cuando Su obra en la tierra estaba por terminar, Su primer deseo fue la unidad entre Sus discípulos. «Esta unidad por la que oró no era organizativa sino espiritual, y se asemeja a la unidad misma de Dios en la que el Padre y el Hijo comparten una unidad de naturaleza espiritual».<sup>41</sup> Jesús ya había orado para que Sus apóstoles estuvieran unidos, así como el Padre y el Hijo están unidos (17.11). Al repetir esta petición para Sus futuros discípulos, definió más completamente la naturaleza de esa unidad. Jesús deseaba que los futuros creyentes fueran «todos [...] uno», como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti. El Padre está en el Hijo en la medida en que Jesús pudo decirle a Felipe: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (14.9). Las obras que realiza el Hijo son las obras que en sí realiza el Padre (14.10). El Hijo está en el Padre. Es completamente dependiente del Padre, porque el Hijo no puede hacer nada por iniciativa propia, sino solo lo que ve hacer al Padre (vea 5.19–30). El Padre y el Hijo son Personas distintas (vea comentarios sobre 1.1), sin embargo, son uno en mente, propósito, amor y acción (vea comentarios sobre 10.30).

De manera similar, los creyentes, si bien son individuos distintos, han de ser uno como el Padre y el Hijo son uno. Jesús oró para que Sus seguidores tuvieran unidad espiritual. Además, Su oración fue **que también ellos sean uno en nosotros**. Esta es una alusión al lenguaje de «unión» de la metáfora de la vid en Juan 15. Los cristianos están «en» el Padre y su Hijo, tan identificados con Dios y dependientes de Él para la vida y poder dar fruto, que ellos mismos se convierten en el locus [ubicación o posición] de la vida y la obra del Padre *en ellos*.<sup>42</sup> Jesús oró para que esto, a su vez, tuviera la consecuencia de **que el mundo crea que tú me enviaste**. Jesús les había dicho a Sus discípulos que el amor que tuvieran unos por otros sería la prueba de que eran Sus discípulos (13.34, 35). De manera similar, esta demostración de unidad, que Jesús pretendía que fuera observada por todos, sería tan asombrosa y tan diferente de «este mundo» que su inteligibilidad podría explicarse únicamente sobre la base de que Jesús era el enviado del Padre. El efecto de tal unidad es llevar al mundo a creer que Jesús es divino y «el Salvador del mundo» (4.42). La unidad por la cual Jesús oró nunca se

<sup>41</sup> Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan)* (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 191.

<sup>42</sup> Carson, 568.

logra mediante la doctrina y los mandamientos de los hombres, sino solo mediante la adhesión cuidadosa a lo que originalmente predicaron los discípulos de Jesús y se conserva para siempre en los escritos inspirados.

**Versículos 22, 23.** La oración de Jesús por los futuros discípulos comenzó con una oración por la unidad. Luego, desarrolló la naturaleza de esa unidad declarando: **La gloria que me diste**, [“a mí”; el pronombre es enfático] **yo les he dado**. Es difícil de determinar el significado de las palabras de Jesús. Parece que se debe entender que la palabra «les» se refiere no solo a los apóstoles originales de Jesús, sino también a todos los futuros discípulos que llegan a la fe como resultado de la labor de ellos. Jesús ha compartido la gloria que recibió de Su Padre con todos Sus seguidores. Desafortunadamente, la naturaleza de esta gloria no está claramente definida. Después de exponer una serie de puntos de vista diferentes sobre el significado preciso de la «gloria» que dio Jesús, Beasley-Murray hizo la siguiente observación: «... En cualquier interpretación de este tipo, la “gloria” es claramente el *don* del Redentor-Revelador, el Hijo de Dios, quien con Su encarnación, muerte y resurrección trae a la humanidad la soberanía salvadora de Dios». <sup>43</sup> La gloria de Dios puede resumirse, entonces, en la revelación de Jesús y la obra redentora que vino a hacer, culminando en la cruz. En virtud del don de esta gloria, los futuros discípulos podrían [ser] uno, dijo Jesús, **así como nosotros somos uno**.

Jesús no solo oró para que los discípulos fueran uno, también oró **para que sean perfectos en unidad**. La base de la unidad de todos los que vienen a la fe en Jesús es que Jesús está en los creyentes (**Yo en ellos**), pero ellos también están en Él (vea 15.4). Además, el Padre está en el Hijo: (**tú en mí**); pero el Hijo también está en el Padre (vea 14.10). Si el Padre está en Jesús y Jesús está en los creyentes, entonces el Padre también está en los creyentes; consecuentemente, la unidad de los creyentes es como la del Padre y el Hijo. La unidad que une al Padre y al Hijo es una unidad de propósito y amor perfecto, y esta es la meta última que Jesús desea para Sus discípulos: una unidad completa. En 17.21, se dice que el propósito de la unidad de los discípulos es «que el mundo crea que tú me enviaste». Entonces Jesús declaró una meta adicional para el mundo: **que el mundo conozca**

[...] **que los has amado a ellos como también a mí me has amado**. La idea es abrumadora. A medida que los discípulos se perfeccionan en la unidad, el mundo no solo estará convencido de que Dios envió a Jesús para salvar al mundo, sino que la gente también comprenderá que Dios ama a los que creen en Jesús tal como Él ama a Su Hijo y está dispuesto a compartir ese amor con cualquiera y todos los que vengan a Él.

**Versículo 24.** En Su segunda petición, Jesús pidió que Sus discípulos pudieran estar con Él. La cláusula de apertura, **aquellos que me has dado**, se refiere a todos los discípulos (así como «les» en 17.22 se refiere a todos los discípulos), incluidos Sus discípulos originales y aquellos que creerían por Su mensaje. Son los mismos a los que Jesús se refirió en 17.2 con la frase «a todos los que le diste». El versículo 24 también hace eco del contenido del versículo 2, que habla de la autoridad de Jesús para dar vida a todos los que le dio el Padre. En el versículo en discusión, Jesús dijo **quiero**, para expresar Su deseo de que los que le fueron dados estuvieran donde Él está y contemplaran Su **gloria**. La palabra que se traduce como «quiero» es *θέλω* (*thelō*, literalmente, «mi voluntad es»), queriendo decir más que un *deseo*. Como la voluntad de Jesús coincide perfectamente con la de Su Padre (4.34; 5.30; 6.38), puede decir «mi voluntad es».

Jesús había dicho, hablando en tiempo presente pero refiriéndose al futuro, «ya no estoy en el mundo» (17.11). La «gloria» que Jesús quería que vieran los discípulos es la que le dio el Padre **antes de la fundación del mundo**. Esta es una referencia clara a 17.5, donde Jesús oró para que se le restaurara la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo fuese. Los primeros discípulos habían visto físicamente la gloria de Jesús (1.14) tal como era manifestada por medio de Sus señales (vea, por ejemplo, 2.11); y verían Su gloria alcanzar su cenit en la tierra en Su muerte y resurrección. Aún así, no habían visto la gloria que Jesús poseía «antes de la fundación del mundo». Los discípulos de Jesús hoy pueden, hasta cierto punto, contemplar «la gloria del Señor» (2ª Co 3.18); pero un día «cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1ª Jn 3.2). Solo en la vida venidera pueden los discípulos tener la experiencia espiritual de ver a Jesús en la plenitud de Su majestad y esplendor. La gloria de Jesús que verán los discípulos es la gloria que le fue dada a Jesús por el amor del Padre por Él antes de la fundación del mundo. Nuevamente, el versículo

<sup>43</sup> Beasley-Murray, 302.

contiene las ideas de la preexistencia de Jesús (1.1) y el gran amor del Padre por el Hijo (3.35; 5.20). Es porque el Padre ama al Hijo que aquellos que ponen su fe en el Hijo eventualmente podrán estar con Jesús y contemplar Su gloria. Además, los creyentes serán amados por el Padre (17.23) y aparentemente compartirán la gloria que ha sido restaurada a Jesús.

**Versículos 25, 26.** Los dos últimos versículos en el capítulo 17 podrían considerarse como una especie de resumen de toda la oración de Jesús. Jesús no hizo ninguna petición en los versículos 25 y 26, sino que declaró lo que había hecho y los propósitos de Su actuar. Por otro lado, los versículos están conectados con 17.24 por el hecho de que la petición de Jesús continúa con el tema del amor del Padre por Él y Su revelación del Padre. En 17.11, Jesús se dirigió a Dios como «Padre santo», y en 17.25 se dirigió a Él como **Padre justo**. Jesús reconoció que el Padre es «justo» para distinguir entre el mundo que lo rechaza y Jesús y los discípulos que lo aceptan. Jesús vino al mundo para dar a conocer al Padre, sin embargo, la gran mayoría rechazó el gentil ofrecimiento que se les hizo. Aunque Jesús dijo que **el mundo no [...] ha conocido** al Padre, Su misión no había fallado. Jesús conocía al Padre, y un pequeño número de hombres y mujeres habían llegado a reconocer a Jesús como el Enviado de Dios. Algunos habían llegado a conocer al Padre en Jesús. Estos discípulos tenían una relación con Dios y, por lo tanto, eran distintos del mundo.

Jesús había manifestado el **nombre** del Padre (vea comentarios sobre 17.6) y afirmó que continuaría haciéndolo. El objetivo de la obra continua de Jesús era doble: que **el amor [...] que** el Padre tiene por el Hijo **esté en ellos** y que Jesús mismo pueda estar **en ellos**. La oración de Jesús no era que el Padre amara a los discípulos con el mismo amor que tiene por el Hijo, porque los discípulos ya eran objetos del amor de Dios (17.23). En cambio, Jesús estaba pidiendo que el amor del Padre por el Hijo pudiera estar «en ellos». Esta frase podría querer decir «dentro de ellos» (para que los discípulos sean personas amorosas) o «entre ellos» (es decir, el amor de Jesús se mostrara en sus relaciones interpersonales). Dado el doble significado de las palabras a lo largo del Evangelio de Juan, «en ellos» probablemente transmite ambas ideas. Por lo tanto, a medida que Dios les era dado a conocer continuamente, los discípulos se transformarían

tanto que el amor que Dios tiene por el Hijo sería el amor dentro de sus corazones. Sería exhibido unos a otros.

La obra continua de Jesús fue que Él estuviera «en ellos». En 17.23, Jesús había declarado que este era el estado ideal de Sus discípulos. Aquí, como en la cláusula anterior, «en ellos» podría querer decir «dentro de ellos» o «entre ellos». De cualquier manera, a medida que Dios se daba a conocer a los discípulos, aumentaría la comprensión de los discípulos de la presencia permanente de Jesús.

---

### *Jesús como el enviado*

Mientras Jesús hacía Su labor para establecer Su identidad y Su propósito en la mente de Sus oyentes, hizo hincapié en que fue «enviado» por Dios.

1. Jesús aseveró de manera clara que fue enviado del Padre (6.57; 7.29; 8.42; 10.36).
2. Él dijo: «El que me envió; conmigo está» (8.29).
3. Habló las palabras del Padre que le envió (3.34; 7.16; 12.49; 14.24).
4. Hizo la voluntad, o las obras, de Aquel que le envió (4.34; 5.30, 36; 6.38, 39; 9.4).
5. El mundo está llamado a creer en Aquel que fue enviado (6.29; 11.42; 17.8, 21, 23, 25).
6. Jesús dijo: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere» (6.44).
7. Dijo que el Padre que le envió ha dado testimonio de Él (5.37; 8.18).
8. Dijo: «El que me ve, ve al que me envió» (12.45).
9. Aceptar o rechazar a Jesús es aceptar o rechazar a Aquel que le envió (5.23, 38; 12.44; 13.20).
10. Jesús dijo que iría al que le envió (7.33; 16.5).
11. Prometió que la vida eterna vendría por medio del conocimiento de Aquel que fue enviado (5.24; 17.3).
12. Dijo que así como el Padre le envió a Él, estaba enviando a Sus discípulos (17.18; 20.21).
13. Jesús les advirtió a Sus seguidores que serían rechazados por aquellos que no conocen al que le envió (15.21).
14. Dijo que Él y el que le envió son verdaderos (7.18, 28; 8.16, 26).



# Jesús es traicionado y arrestado

## (18.1-12)

Al igual que los registros sinópticos, la narrativa de Juan constituye un relato del Evangelio. Proclama las buenas nuevas de la gracia salvadora de Dios encarnada en la vida y las enseñanzas de Jesús, que culminan en Su muerte, sepultura y resurrección. Los capítulos 18 y 19 constituyen lo que tradicionalmente se ha llamado la «Narración de la Pasión» (es decir, Su sufrimiento y muerte). Aunque algunos estudiosos incluyen la Última Cena y el sepulcro vacío en la Narración de la Pasión, generalmente se dice que comienza con la agonía y el arresto de Jesús en Getsemaní y concluye con Su sepultura. Las secciones de las Escrituras asignadas a estas narraciones son Mateo 26.30—27.66; Marcos 14.26–15.47; Lucas 22.39—23.56; y Juan 18.1—19.42.

Un examen cuidadoso de estos relatos revela que tienen mucho en común. Los cuatro incluyen lo siguiente: 1) la partida de Jesús y Sus discípulos a un lugar en el monte de los Olivos, donde Judas llevó a otros a arrestar a Jesús;<sup>1</sup> 2) el interrogatorio de Jesús ante los judíos y el juicio ante Pilato;<sup>2</sup> y 3) la crucifixión de Jesús junto con otros dos hombres.<sup>3</sup> También están de acuerdo en muchos detalles relativos a estas tres etapas de desarrollo. Sin embargo, cada escritor describió a Jesús de manera diferente en su respectivo Evangelio, y esto es cierto con respecto al sufrimiento y la muerte de Jesús.

Entre las diferencias distintivas de los Evangelios Sinópticos está la presentación que hace Juan del papel de los romanos en la escena del arresto (18.3) y el énfasis dado al papel de Pilato en los

juicios (18.28–38). Juan no contiene ningún registro de la agonía de Jesús en Getsemaní. Mucho se ha escrito en un esfuerzo por explicar esta omisión, pero no se ha llegado a ningún acuerdo.

Como escritor del Evangelio, Juan tenía su propio propósito distintivo: aparentemente no incluyó los eventos en Getsemaní, aunque sí aludió a la agonía de Jesús (vea 12.27; 18.11). En lugar de enfatizar Su sufrimiento, la narración presenta a Jesús como quien tiene el control. De hecho, a lo largo de Su arresto y juicios, se muestra a Jesús con un porte intrépido, seguro y sereno. Como lo refleja el título de este capítulo, Jesús fue el Sereno. Cuando llegaron Sus captores para arrestarlo, Jesús se les acercó (18.4). Su dominio de la situación se evidenció al cuestionar a quienes lo arrestaban (18.4–8). Sus palabras y acciones mostraron Su gloria en la medida en que ellos «retrocedieron, y cayeron a tierra» (18.6). Ningún otro Evangelio muestra la majestad de Jesús como lo hace Juan.

El siguiente material es exclusivo de Juan: la mención del huerto como lugar de reposo frecuente de Jesús y Sus discípulos (18.2); el cuestionamiento por parte de Jesús de Sus captores (18.4–8); el interrogatorio a Jesús de parte de Anás (18.13–24); la respuesta de Jesús al sumo sacerdote y al alguacil que le abofeteó (18.22, 23); la conversación de Jesús con Pilato (18.33–38); la interacción de Pilato con los judíos (18.28–32; 19.4–7, 14–16); Jesús llevando Su propia cruz (19.17);<sup>4</sup> Pilato fue quien escribió la inscripción en la cruz (19.19–22); Jesús confiaba el cuidado de Su madre al discípulo amado (19.26, 27); Jesús clama: «Consumado es» (19.30); el costado de Jesús es traspasado (19.31–37); y Nicodemo ayuda

<sup>1</sup> Vea Mt 26.30, 47; Mr 14.26, 43; Lc 22.39, 47; Jn 18.1, 2.

<sup>2</sup> Vea Mt 26.57–68; 27.1, 2, 11–26; Mr 14.53–65; 15.1–15; Lc 22.54, 63–71; 23.1–25; Jn 18.12–14, 19–24, 28–40; 19.1–16.

<sup>3</sup> Vea Mt 27.33–50; Mr 15.22–37; Lc 23.33–46; Jn 19.17–30.

<sup>4</sup> Los Evangelios Sinópticos registran que Simón de Cirene ayudó a llevar la cruz de Jesús (Mt 27.32; Mr 15.21; Lc 23.26).

a José en la sepultura del cuerpo de Jesús (19.39).

### CAMINO AL HUERTO Y ENFRENTAMIENTO CON SUS ENEMIGOS (18.1-9)

<sup>1</sup>Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con Sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. <sup>2</sup>Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. <sup>3</sup>Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, y con armas. <sup>4</sup>Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? <sup>5</sup>Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. <sup>6</sup>Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra. <sup>7</sup>Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno. <sup>8</sup>Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos; <sup>9</sup>para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno.

**Versículos 1, 2.** Habiendo dicho Jesús estas cosas, probablemente se refiere principalmente a Sus palabras en los capítulos 14 al 17, pero incluye todo desde 13.31, donde comenzó el Discurso de Despedida. Los eventos dramáticos a lo largo del Evangelio estaban llegando a su punto culminante, y la partida de la que Jesús había estado hablando a Sus discípulos estaba cerca. El hecho de que Jesús **salió** quiere decir que Él y **sus discípulos** dejaron el aposento alto en este momento o abandonaron la ciudad, probablemente en la misma ruta como otras veces cuando fue al monte de los Olivos (Mt 26.36; Mr 11.19; Lc 21.37; 22.39). Anteriormente se llegó a la conclusión que Jesús dejó el aposento alto cuando dijo: «Levantaos, vamos de aquí» (vea comentarios sobre 14.30, 31). Por lo tanto, en este versículo, Jesús dejó la ciudad.<sup>5</sup> Volvería solo para

<sup>5</sup> Si bien Jesús dejó la ciudad propiamente dicha, durante la pascua los límites de la ciudad de Jerusalén se expandían a las regiones circundantes para acomodar a la gran cantidad de peregrinos; se suponía que los judíos debían pasar la noche en la ciudad. Estos límites incluyen el monte de los Olivos con Betfagé en sus laderas orientales. (Joachim Jeremías, *The Eucharistic Words of Jesus [Las palabras eucarísticas de Jesús]*, trad. Norman Perrin [Philadelphia: Fortress Press, 1966], 43, 55; vea Mishná *Menahoth* 11.2.)

morir allí.

Jesús y Sus discípulos salieron de la ciudad hacia el este **al otro lado del torrente de Cedrón**. El «torrente de Cedrón no es solo el valle más profundo sino también el más largo de Jerusalén». <sup>6</sup> Hoy, el fondo del valle está a unos 60 metros debajo de la base de lo que una vez fue el atrio exterior del templo. <sup>7</sup> Sin embargo, «la acumulación de escombros en el Cedrón desde la antigüedad mide unos 15 a 30 metros; su profundidad real, por lo tanto, no es fácilmente perceptible ahora». <sup>8</sup> A diferencia de los Evangelios Sinópticos, que afirman que Jesús fue al monte de los Olivos, solo Juan menciona «el torrente de Cedrón». «Cedrón» adopta la ortografía hebrea, sin embargo, Juan (en griego) tiene la ortografía de la LXX, Κεδρών (*Kedrōn*). Algunos copistas confundieron esta palabra con la palabra κέδρος (*kedros*), que quiere decir «cedro». El Cedrón es «un wadi o un curso de agua (seco excepto en la temporada de lluvias)». <sup>9</sup> El término «torrente» (χείμαρος, *cheimarros*) denota «una corriente de agua que fluye abundantemente en el invierno». <sup>10</sup> El wadi se abre paso hacia el sureste hasta que finalmente llega al mar Muerto. Juan probablemente mencionó el Cedrón debido a su importancia histórica; fue sobre el «torrente de Cedrón» que David había cruzado en su huida de Absalón y Ahitofel (2° S 15.23). <sup>11</sup>

Ascendiendo en el lado oriental del Cedrón está el monte de los Olivos. En las laderas de esa monte **había un huerto**, llamado en Mateo 26.36 y Marcos 14.32 «Getsemaní» (literalmente, «prensa de aceite»). Esto sugiere un lugar donde había olivos. Jesús y Sus discípulos [**entraron**] al huerto, suponiendo que estaba cercado; Jesús «se adelantó» fuera del mismo en Juan 18.4. Este «huerto» era un lugar favorito de Jesús y **sus discípulos; muchas**

<sup>6</sup> Richard M. Mackowski, *Jerusalem, City of Jesus: An Exploration of the Traditions, Writings, and Remains of the Holy City from the Time of Christ (Jerusalén, ciudad de Jesús: Una exploración de las tradiciones, escritos y restos de la ciudad santa desde la época de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1980), 35.

<sup>7</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 576.

<sup>8</sup> Mackowski, 35.

<sup>9</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 537.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 1082.

<sup>11</sup> Jesús podría haber usado un puente para cruzar el Cedrón. Veá Mishná *Parah* 3.6; *Shekalim* 4.2.

veces [...] se [habían] reunido allí, y algunos han especulado que el huerto podría haber pertenecido a un amigo. Durante Su última visita a Jerusalén (y tal vez visitas anteriores), Jesús enseñó en el templo durante el día y pasó la noche en el huerto (Lc 21.37), «como solía» (Lc 22.39).

Juan llamó la atención al hecho de que **Judas [...] conocía aquel lugar**. Él, como todos los demás apóstoles, estaba familiarizado con el mismo; y anticipó que Jesús estaría allí. Jesús no estaba tratando de escapar de la detención de manos de Sus captores como acusa el escéptico del siglo segundo Celso, quien dijo que Jesús «fue hallado tratando de ocultarse y buscando cómo escapar de una manera tan vergonzosa».<sup>12</sup> Juan tuvo cuidado de indicar que la rendición de Jesús fue voluntaria. Habiéndose consagrado a Sí mismo para Su inminente sacrificio, Jesús no intentó esconderse. Ya había orado al Padre para que se cumpliera Su voluntad (17.1).

Los cuatro relatos del Evangelio mencionan a Judas por su papel como **el que [...] entregó** a Jesús; el participio en tiempo presente (ὁ παραδιδούς, *ho paradidous*) posiblemente indica que Judas en ese momento estaba en el proceso de traicionar a Jesús. Sabiendo lo que estaba por suceder (18.4), Jesús fue al huerto; en este lugar conocido, Judas podría encontrarlo fácilmente.

**Versículo 3.** Aquí puede verse la independencia de Juan de los escritores sinópticos (vea Mt 26.47; Mr 14.43; Lc 22.47, 52). El presente relato es el único que menciona que, además de la policía del templo, los soldados romanos estuvieron involucrados en el arresto de Jesús. **Judas** funcionó como el «guía» (Hch 1.16) de **una compañía de soldados**. Una «compañía» (σπεῖρα, *speira*) era «la décima parte de una legión» y normalmente consistía en «600 hombres, pero el número variaba».<sup>13</sup> Era comandada por un χιλίαρχος (*chiliarchos*, literalmente, «líder de mil»), a menudo se traduce como «tribuno» o «comandante» (18.12; vea Hch 21.31). Algunos estudiosos señalan que «compañía» a veces se usa para referirse a un «manípulo», que era un tercio de una compañía, que consta de doscientos hombres. Es innecesario suponer que toda la fuerza de la compañía fue convocada en el arresto de Jesús (vea Mr 15.16), sin embargo, la fuerza era un número suficiente para justificar el liderazgo de un oficial al mando (18.12).

<sup>12</sup> Orígenes *Contra Celso* 2.9.

<sup>13</sup> Bauer, 936.

Las tropas romanas estaban acuarteladas en la fortaleza Antonia durante las temporadas de festivales, cuando Jerusalén estaría abarrotada, para asegurar el orden y aplacar cualquier posible disturbio. Esto probablemente explica por qué fueron llamados en apoyo de la policía del templo. Las pasiones se estaban intensificando durante el festival, y el potencial de problemas era real, especialmente dada la popularidad de Jesús y Sus discípulos y la posibilidad de que pudieran resistirse al arresto.

Acompañaban la compañía romana los **alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos**. Dado que se mencionó tanto a los principales sacerdotes como a los fariseos (vea comentarios sobre 7.32, 45, 46; 11.47, 48, 56, 57), estos oficiales eran la policía del templo, probablemente enviados por el Sanedrín. Los principales sacerdotes eran predominantemente saduceos y, en su mayor parte, controlaban el Sanedrín. Los fariseos (vea comentarios sobre 1.24), que tenían más influencia sobre el pueblo, no son mencionados nuevamente en Juan. El hecho de que a la compañía romana se le especifique junto con la policía del templo sugiere que las autoridades religiosas se habían acercado a los romanos e indicaron que esperaban resistencia. Los líderes judíos aparentemente tomaron la iniciativa en todo el proceso; porque después del arresto Jesús fue llevado a Anás, el ex sumo sacerdote. La combinación de autoridades romanas y judías en el arresto de Jesús inculpa tanto a judíos como a gentiles, posiblemente representando al mundo entero en sus malvados planes para destruir al Salvador del mundo (vea 4.42). Los judíos y los romanos se despreciaban grandemente unos a otros, sin embargo, estaban dispuestos a trabajar juntos para lograr su objetivo de prescindir de Jesús.

Aunque había luna llena en esta noche (ya que era pascua), los captores de Jesús llevaban **linternas y antorchas, y [...] armas**. Estaban preparados para cualquier problema que pudiera tener lugar; las luces implican que pensaban que Jesús podría intentar esconderse en los rincones sombríos del huerto. De los escritores del Evangelio, solo Juan llamó la atención a las linternas, un detalle que respalda la idea de que este libro contiene el testimonio de un testigo ocular.

**Versículos 4–6.** El versículo 4 comienza diciendo: **Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir...** El relato de Juan, al igual que los Evangelios Sinópticos, presenta a Jesús con



pleno conocimiento de lo que estaba por suceder (vea 1.47, 48; 2.24, 25; 4.17, 18; 6.61, 64; 11.11). Esta fue la hora ordenada por el Padre; por lo tanto, Jesús **se adelantó**. Salió del huerto cercado (vea 18.1, donde Él y los discípulos entraron al huerto) y preguntó con majestad divina: **¿A quién buscáis?** Probablemente fue entonces cuando Judas traicionó a Jesús con un beso, aunque el acto no se menciona en Juan (vea Mt 26.49; Mr 14.45; Lc 22.47). Las acciones de Judas no son ignoradas porque se le menciona nuevamente en Juan 18.5, que dice que el que estaba traicionando a Jesús **estaba también con ellos**. Judas había completado su tarea de llevar a los alguaciles encargados del arresto al lugar donde estaba Jesús. Con palabras gráficas, Juan dejó claro de qué lado estaba Judas. No le preocupaba contar todo lo que sucedió, pero enfatizó que Jesús tenía el control de la situación y que se entregó voluntariamente.

La respuesta de la multitud a la pregunta de Jesús, «¿A quién buscáis?» fue **A Jesús nazareno**, que quiere decir lo mismo que «Jesús de Nazaret» (1.45). Era el nombre por el cual era conocido Jesús. El hombre poseído por el espíritu de un demonio inmundo se dirigió también a Él como «Jesús nazareno» (Lc 4.34). Al mendigo ciego Bartimeo se le dijo que era «Jesús nazareno» quien pasaba (Mr 10.47; Lc 18.37). Después de Su arresto, Jesús fue identificado de manera similar por la criada en el patio del sumo sacerdote (Mt 26.71; Mr 14.67). Después de la resurrección, el joven en el sepulcro de Jesús dijo a las mujeres: «buscáis a Jesús nazareno» (Mr 16.6). Los dos discípulos en el camino a Emaús hablaron de Jesús de la misma manera (Lc 24.19), al igual que Pedro en Pentecostés (Hch 2.22). Es evidente que a los enviados para arrestar a Jesús se les dio instrucciones para arrestar a «Jesús nazareno», porque así es como se le conocía mejor.

De manera voluntaria, Jesús dijo: **Yo soy** (ἐγώ εἰμι, *egō eimi*). La respuesta de Jesús se puede entender de dos maneras diferentes. Podría ser una identificación normal de Sí mismo: «Soy yo». El hombre nacido ciego se identificó como el que había sido sanado por Jesús cuando dijo: «Yo soy» (9.9). Además, Jesús se identificó a los discípulos de la misma manera en 6.20. Su respuesta en 18.5 podría haber sido pensada como una designación divina. Así es como Jesús usó la expresión en 8.58, cuando dijo: «... antes que Abraham fuese, yo soy». En este sentido, era una asignación de poder que recordaba las palabras que Dios le había mandado a Moisés que le dijera a Israel: «YO SOY me envió

a vosotros» (Ex 3.14). Dado el escenario del arresto de Jesús, parece que esta declaración constituía una declaración de poder divino (vea comentarios sobre 8.22–24, 57, 58).

Al escuchar las palabras de Jesús, **retrocedieron, y cayeron a tierra** (18.6). Algunos ven un evento milagroso en la reacción de la multitud ante las palabras de Jesús, mientras que otros lo ven como una respuesta normal a la majestad y poder de Jesús al acercárseles con valentía. Caer al suelo en medio de la presencia divina se muestra en las Escrituras como una respuesta normal (vea Ez 1.28; Dn 10.9; Lc 5.8; Hch 9.4; Ap 1.17). Si algunos en la multitud estaban escuchando las palabras de Jesús por primera vez, no hay razón para pensar que Su presencia divina los abrumaría. Los que escucharon Su reclamo divino en 8.58 no quedaron impresionados, porque tomaron piedras en un intento por darle muerte (8.59). Sin embargo, algunos de los oficiales que lo arrestaron, especialmente la policía del templo, probablemente habían escuchado las palabras de Jesús y habían sido testigos de Sus obras antes. Después de no lograr arrestar a Jesús en una ocasión anterior, les habían explicado a los principales sacerdotes y a los fariseos, «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (7.46). Si habían sido abrumados y maravillados por Jesús en el pasado, entonces podrían haber sido asombrados por Él durante Su arresto.<sup>14</sup> Si ellos fueron intimidados por las enseñanzas de Jesús en su propio entorno familiar en el recinto del templo, entonces no es de extrañar que, en estos momentos de tensión en la oscuridad de la noche, retrocederían ante Su audacia inesperada en acercárseles a ellos. Es posible que aquellos que habían estado intentando capturar a Jesús por algún tiempo estuvieran al frente de la multitud. Al escuchar Sus palabras, quedaron tan impresionados con Su personalidad, comportamiento, inocencia y majestad que retrocedieron, tropezando con los demás y cayendo unos sobre otros. Lo que es innegable es que quedaron impresionados ante Jesús.

**Versículos 7–9.** Cuando Jesús repitió Su pregunta (**¿A quién buscáis?**), los alguaciles repitieron su respuesta (**A Jesús nazareno**) (18.7; vea 18.4, 5). Al obligar a los alguaciles a decir Su nombre, Jesús llamó la atención a Sí mismo y desvió la atención de Sus discípulos. Nuevamente, **Jesús** declaró Su identidad diciendo: **Os he dicho que yo soy**,

<sup>14</sup> Pilato le tenía un inexplicable temor (19.8).

excepto que esta vez agregó la solicitud **dejad ir a éstos** (18.8). La declaración de Jesús demostró no solo Su reclamo de autoridad divina ante Sus enemigos, sino también Su cuidado por los Suyos como el Buen Pastor. Jesús se entregó para que Sus discípulos pudieran ser liberados.

Jesús había dicho: «el buen pastor su vida da por las ovejas» (10.11). Juan reconoció en esta situación el cumplimiento de las palabras de Jesús **De los que me diste, no perdí ninguno** (18.9). Juan no registró ninguna declaración precisa de estas palabras, pero informó el sentimiento expresado en 17.12. En vista de que Judas estaba en medio de los enemigos de Jesús, no había necesidad de repetir la excepción de Judas en la oración de Jesús: «... ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición». Aquí, así como en 18.32, Juan llamó la atención al cumplimiento de las palabras de Jesús usando la fórmula **para que se cumpliera aquello que había dicho**. En la percepción de Juan, las palabras de Jesús poseían la misma inspiración y autoridad que cualquier lenguaje en el Antiguo Testamento con respecto a eventos futuros. Podría debatirse que las palabras originales de Jesús en 17.12 tenían la intención de ser aplicadas en un sentido *espiritual*, mientras que el cumplimiento inmediato se limitó a la liberación *física* de los discípulos. Claramente, Jesús estaba hablando de una liberación espiritual del pecado; sin embargo, el arresto de Sus discípulos en este momento los habría puesto en una situación muy difícil, en la que podrían estar en peligro espiritual. Si Jesús lograba mantener a Sus discípulos físicamente seguros en esta circunstancia, eso podría ayudarlos a permanecer espiritualmente seguros en el futuro.

### RECHAZANDO LA ESPADA (18.10, 11)

<sup>10</sup>Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. <sup>11</sup>Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?

**Versículos 10, 11.** Si bien el evento descrito aquí está registrado en los Evangelios Sinópticos (Mt 26.51, 52; Mr 14.47; Lc 22.49–51), solo Juan nombra a **Simón Pedro** como el discípulo que desenvainó una **espada** y a **Malco** como el que perdió la **oreja**. La acción de Pedro fue con su naturaleza impulsiva

y demostró su disposición a hacer lo que había dicho, a saber, morir por Jesús (13.37). Su esfuerzo fue en vano; los discípulos solo tenían dos espadas (Lc 22.38) y, por lo tanto, no podrían ser rivales para los soldados entrenados del ejército romano. Si Jesús no hubiera intervenido, los discípulos probablemente habrían sido muertos.

La palabra griega para «espada» usada aquí, μάχαιρα (*machaira*), generalmente se refiere a una espada corta o una daga.<sup>15</sup> Otra palabra griega para «espada», ρομφαία (*rhomphaia*), a menudo indica una espada larga.<sup>16</sup> En la LXX, estos dos términos a veces se usan indistintamente para traducir la misma palabra hebrea. Otras veces, *machaira* se refiere claramente a un arma más corta. El término quiere decir el cuchillo usado por Abraham en la ofrenda de Isaac (Gn 22.6, 10) y la daga usada por Aod para matar a Egló (Jue 3.16). En el relato de Mateo sobre el arresto de Jesús, el término *machaira* se usa no solo para la espada de Pedro, sino también para las del grupo de arresto (Mt 26.47, 51, 52, 55).

De acuerdo con Lucas 22.50, Juan 18.10 dice que fue la oreja **derecha** del hombre la que fue cortada. Este incidente plantea una pregunta: ¿Por qué Pedro le cortó la oreja derecha a Malco? Se ha especulado que Pedro estaba tratando de cortar la cabeza de Malco, y que este último se agachó rápidamente para evitar la decapitación, lo que resultó en la pérdida de su oreja. Esta explicación parece lógica, incluso si lo que Pedro usó fuere una espada corta o una daga.

¿Por qué se nombra a Pedro solo en Juan? La respuesta no es aparente. Puede ser que, dado que Juan fue escrito varias décadas después de los Evangelios Sinópticos y Pedro ya había muerto, no había razón para no identificarlo. El lector no debe pasar por alto el amor de Juan por los detalles. La identificación de Malco como el **siervo del sumo sacerdote** indica que Juan conocía al sumo sacerdote y su familia (vea 18.16). Nada más se sabe de Malco. Según Lucas 22.51, Jesús «tocando su oreja, le sanó». Esta acción, así como el mandamiento de Jesús de guardar la espada, probablemente les permitió a Pedro y a los demás discípulos partir libres.

La instrucción a Pedro fue **Mete tu espada en la vaina**. Según Mateo 26.52, después de dar esta orden, Jesús dijo que «todos los que tomen

<sup>15</sup> Bauer, 622.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, 907.

espada, a espada perecerán». El enfoque en Juan está en el movimiento voluntario de Jesús hacia Su destino: Su muerte. Sus siguientes palabras fueron: **la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?** Pedro podría ser elogiado por su valentía, pero su acto fue inútil y, de hecho, fue una negación de la labor que Jesús vino a hacer (vea Fil 2.8). La referencia a la «copa» sirve como metáfora de la muerte y recuerda las oraciones de Jesús en Getsemaní (Mt 26.39; Mr 14.36; Lc 22.42). También nos recuerda de Juan 12.27, donde Jesús preguntó: «¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?». Luego declaró que era «para esto» que Él había «llegado a esta hora». Jesús estaba decidido a llevar a cabo el plan de Su Padre, y a Pedro no se le podía permitir hacer nada para frustrar ese plan. El Padre le dio la copa a Jesús; fue Su voluntad que Jesús bebiera la copa. Ningún esfuerzo, incluida la acción impulsiva de Pedro, interferiría con la realización de los propósitos de Dios.

#### RINDIÉNDOSE A SUS CAPTORES (18.12)

**<sup>12</sup>Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron.**

**Versículo 12.** A diferencia de Mateo 26.56 y Marcos 14.50, el relato de Juan no dice nada sobre la huida de los discípulos de Jesús después de Su arresto, aunque más temprano en la noche Jesús había anunciado que ellos serían esparcidos y Él quedaría solo (16.32). El texto dice que al menos dos discípulos volvieron a seguir a Jesús después de abandonarle inicialmente (vea 18.15).

La **compañía de soldados**—y, por implicación, **el tribuno**, así como **los alguaciles**— fue primeramente introducida en 18.3. Aquí se les mencionan como **de los judíos** (vea comentarios sobre 1.19), indicando las autoridades judías que formaban el tribunal supremo de los judíos, el Sanedrín (vea 18.14). El hecho de que a los romanos se les mencione primero podría sugerir que tomaron la delantera en el arresto después de la acción de Pedro. De lo contrario, habrían dejado que la policía del templo hiciera el arresto. Solo Juan

dice que a Jesús **le ataron** (vea 18.24; Mt 27.1, 2; Mr 15.1). Como en un arresto típico, Sus manos probablemente fueron atadas a Sus espaldas; sin embargo, esto era de poca importancia, ya que Jesús voluntariamente se sometió al arresto.

### Otras designaciones para Jesús en Juan

Cuando Juan usó la variedad en su elección de palabras, se refirió a Jesús de diferentes maneras en su relato del Evangelio. El libro comienza llamando a Jesús «el Verbo» que «era Dios» (1.1), la «luz verdadera» (1.9) y «el unigénito Hijo» (1.18).

Las declaraciones «Yo soy» registradas en el texto contienen las auto designaciones de Jesús. Se identificó a Sí mismo como «el pan de vida» (6.35, 48), «la luz del mundo» (8.12; 9.5), «la puerta» (10.7, 9), «el buen pastor» (10.11, 14), «la resurrección y la vida» (11.25), «el camino, y la verdad, y la vida» (14.6), y «la vid verdadera» (15.1; vea 15.5).

Las personas se dirigieron a Jesús como «Rabí» (1.38, 49; 3.2; 4.31; 6.25; 9.2; 11.8) y le confesaron como «el Cordero de Dios» (1.29, 36), «el Mesías» (1.41), «el Cristo» (7.41a; 11.27), «el Hijo de Dios» (1.34, 49; 11.27) y «el Rey de Israel» (1.49; 12.13). Juan desafió a los lectores a compartir su fe en Jesús como «el Cristo, el Hijo de Dios» (20.31).

### «Jesús el nazareno»

Jesús creció en «la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliera lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno» (Mt 2.23). Era común identificar a las personas con los nombres de sus tierras natales o sus padres; y así fue con Jesús, conocido como «Jesús, el hijo de José, de Nazaret» (Jn 1.45). Se le conoce como «Jesús el nazareno» en Mateo 26.71 y Marcos 14.67 (vea Mt 21.11). La misma idea se expresa en la frase «Jesús nazareno» que aparece en Marcos 1.24; 10.47; 16.6; Lucas 4.34; 18.37; 24.19 y Juan 18.5, 7.<sup>1</sup> La inscripción en la cruz decía: «JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS» (Jn 19.19).

<sup>1</sup> Esta identificación aparece seis veces en la NLT (Lucas 18.37; Juan 18.5, 7; Hechos 2.22; 22.8; 26.9); «Jesucristo de Nazaret» se usa en Hechos 3.6; 4.10.



---

(Viene de la página 2)

diferentes del mundo. Eran especiales para Él (17.9).

*La naturaleza del mundo.* Si bien Jesús mencionó a Sus discípulos una y otra vez, también habló del «mundo» repetidamente, contrastándolo con Sus apóstoles o discípulos.

La descripción que Jesús hizo del mundo es negativa, y no oró directamente por él (17.9). Puede que nos parezca extraño, ya que sabemos que Dios (y por lo tanto Cristo) amó al mundo (3.16). La implicación es que Cristo no oró por el mundo porque éste se oponía a Él. Jesús estaba hablando de los aspectos pecaminosos del mundo, las personas que están dominadas por Satanás.

El mundo repudiaba a Sus seguidores (17.14). El mundo es contrastado con los apóstoles en 17.16. Los incrédulos son claramente diferentes de los discípulos de Jesús. El mundo pecador no conoce a Dios (17.25).

Sin embargo, Jesús no está en contra del mundo. Desea que el mundo crea (17.21). Desea que todos sepan que Dios le envió a Él y que Dios ama a Sus discípulos, al igual que el Padre lo amaba a Él (17.23). Si bien el mundo en conjunto se opone a Él, Jesús todavía ama al mundo y desea que todos sean salvos.

*La relación de los discípulos con el mundo.* En la tierra, los discípulos de Jesús están en un ambiente extraño, hostil, en el que podrían perderse. Jesús no pidió que fueran sacados de este ambiente (17.15). Más bien, Sus seguidores han sido enviados al mundo (17.18). Jesús jamás abogó por ningún tipo de religión que requiera que los discípulos vivan separados de las personas del mundo.

Jesús había estado «guardando» a Sus seguidores (17.11, 12). Los había «guardado» de Satanás y deseaba que permanecieran a salvo. En otras palabras, deseaba que se mantuvieran fieles, que se mantuvieran salvos. Mientras vivían «en el mundo», necesitaban asegurarse de que «no son del mundo» (17.14, 16). Los discípulos de Jesús no han de ser poseídos por el mundo ni ser de la misma naturaleza que el mundo.

*La necesidad de santificación.* ¿Cómo podrían los discípulos permanecer «en» el mundo sin ser «del» mundo? Siendo santificados (17.17, 19). ¿Qué quiere decir ser «santificados»? Ser hecho santos, ser apartados para el propósito de Dios. Los apóstoles habían sido apartados, diferenciados de todos los demás. Sin embargo, su santificación necesitaba continuar. La santificación no es una ocurrencia

única; es un proceso continuo. Los apóstoles necesitaban apartarse constantemente. Mostraron ser débiles antes de que Jesús llegara al final de Su vida terrenal, e incluso después siguieron siendo débiles. Necesitaban una santificación continua.

*El medio de la santificación.* ¿Podrían ser santificados por medio de la verdad, que es la Palabra de Dios! Jesús oró: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad» (17.17; vea 17.19). Este pasaje a menudo aplica a los no cristianos. Ciertamente, nadie puede ser salvo aparte de la Palabra de Dios; pero Su petición en este contexto fue para los apóstoles, aquellos que ya eran discípulos de Cristo.

*Los resultados de la santificación.* Los versículos 24 y 26 hablan de los posibles resultados de esta santificación. Primero, si los apóstoles eran santificados, cumplirían la esperanza de Jesús de estar con Él (17.24). Además, si eran santificados, el amor de Dios estaría en ellos (17.26).

¿Qué debemos aprender de la oración de Jesús acerca de la santificación de Sus discípulos?

Vivimos en un ambiente foráneo, un mundo pecaminoso. Los valores del mundo nunca han sido los valores de Cristo.

Necesitamos mantenernos alejados del mundo. Si nos permitimos aceptar valores mundanos, estaremos perdidos para Cristo. Necesitamos la ayuda de Dios para mantenernos fieles.

Necesitamos ser santificados, apartados del mundo, listos para ser usados por el Señor para Sus propósitos. La santificación es un proceso continuo para nosotros hoy. Tenemos que esforzarnos por dedicarnos más a Cristo.

Solo podemos ser santificados por medio de la Palabra. Cada cristiano individual tiene que leer y estudiar y constantemente tratar de obedecer la Palabra de Dios para ser más útil en el reino del Señor.

3. En centrarse en la unidad de la iglesia. Otra preocupación en la mente de Jesús, mientras oraba, era la unidad de los discípulos, o la unidad de la iglesia. Los primeros versículos del capítulo 17 son una introducción en la que la oración de Jesús fue para que Dios le ayudara a lograr lo que había venido hacer al mundo (17.1–5). En la mayor parte del resto del capítulo, Jesús oró por Sus discípulos. En 17.20–24, Su enfoque se volvió hacia los creyentes futuros. Jesús oró no solo por Sus apóstoles, sino

también por aquellos que creían en Él por medio de la palabra de ellos. Ese grupo incluía a las personas convertidas en el día de Pentecostés, todas aquellas conversiones de las que leemos en Hechos, y todos los demás que se han convertido desde entonces. ¡Quiere decir que nos incluye a nosotros!

Jesús pidió que todos los creyentes fueran uno:

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado (17.20-23).

Sin duda, podría prever que Sus discípulos tenderían a dividirse. Incluso en los tiempos del Nuevo Testamento, los cristianos se dividieron en diferentes grupos sobre asuntos insignificantes (vea 1ª Co 1.10-12). ¡Jesús quería que Sus discípulos fueran uno para que el mundo creyera en Él (17.21, 23)! Cuando los no creyentes ven divididos a los miembros de la iglesia, es poco probable que se conviertan en creyentes.

La unidad por la que oró Cristo no es una unidad superficial, es decir, la unión de grupos distintos que enseñan diferentes doctrinas y adoran de diferentes maneras y solo comparten una lealtad verbal a Cristo. Cuando la hermandad entra en conflictos por asuntos menores, la gente del mundo se aleja del mensaje de Cristo.

Tampoco Cristo quería una unidad lograda separados de la Palabra de Dios. No oró por «paz a cualquier precio», esto es, una unión obtenida ignorando la enseñanza y las palabras de las Escrituras. En lugar de abogar por tal posición, Jesús oró por aquellos que creían gracias a las enseñanzas de los apóstoles, que habían guardado la palabra de Dios (17.6, 20). El único camino hacia la verdadera unidad es por medio de la Palabra de Dios.

Cuando aquellos de nosotros que aceptamos a Jesús como el Hijo de Dios hacemos nuestro mejor esfuerzo para seguir las instrucciones de Dios, seremos uno. Solo entonces se puede responder la oración de Cristo pidiendo unidad.

4. En trabajar hacia la salvación del mundo. Otro asunto que estaba en la mente de Jesús es al menos insinuado en esta oración, a saber, la salvación del mundo. Jesús oró para que Sus discípulos pudieran ser uno «para que el mundo crea» y que «el mundo conozca» que Dios había enviado a Jesús al mundo. Oró para que las personas supieran del amor de Dios por ellos (17.21-23).

El enfoque de Jesús en la salvación del mundo no debe sorprendernos, ya que leemos que «de tal manera Dios amó al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (3.16). Jesús dijo que Su misión en la tierra era «buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19.10). Naturalmente, la salvación del mundo estaba en la mente de Jesús la noche antes de ser crucificado. Justo antes de ascender, expresó aún más claramente su afán que las naciones perdidas fueran traídas a Él. Les dijo a Sus discípulos que fueran y predicaran el evangelio a personas de todas partes para que pudieran ser salvadas (Mt 28.18-20; Mr 16.15, 16).

La oración del Señor muestra la preocupación de Jesús por salvar a los perdidos, y es necesario que la iglesia hoy comparta esa preocupación. Como cristianos que somos, debemos tratar de permanecer puros y sin manchas del mundo. Deberíamos ser activos en amar a los demás, hacer el bien y defender una sana doctrina. Nuestro propósito siempre debe ser adorar a Dios «en espíritu y en verdad» (4.24). Sin embargo, tenemos que recordar que nuestra principal responsabilidad como la iglesia del Señor que somos es continuar Su misión de buscar y salvar a los perdidos!

*Conclusión.* ¿Qué pensaba Jesús la terrible noche en que fue traicionado y arrestado? ¡Oraba por la gloria de Dios, la santificación de los discípulos, la unidad de la iglesia y la salvación del mundo! Para glorificar a Dios, tenemos que obedecer Su voluntad como se encuentra en Su Palabra. Para ser santificados, tenemos que estudiar constantemente Su Palabra y hacer todo lo posible por obedecerla. Para estar unidos, tenemos que dejar que las enseñanzas de la Palabra de Dios determinen nuestras creencias, guíen nuestras vidas y dirijan nuestras prácticas religiosas. ¡Para salvar al mundo, tenemos que predicar la Palabra!

Coy Roper

---

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

This is part seven of a Spanish translation of "John."  
Truth for Today, 2209 Benton Street, Searcy, Arkansas 72143, USA  
www.biblecourses.com